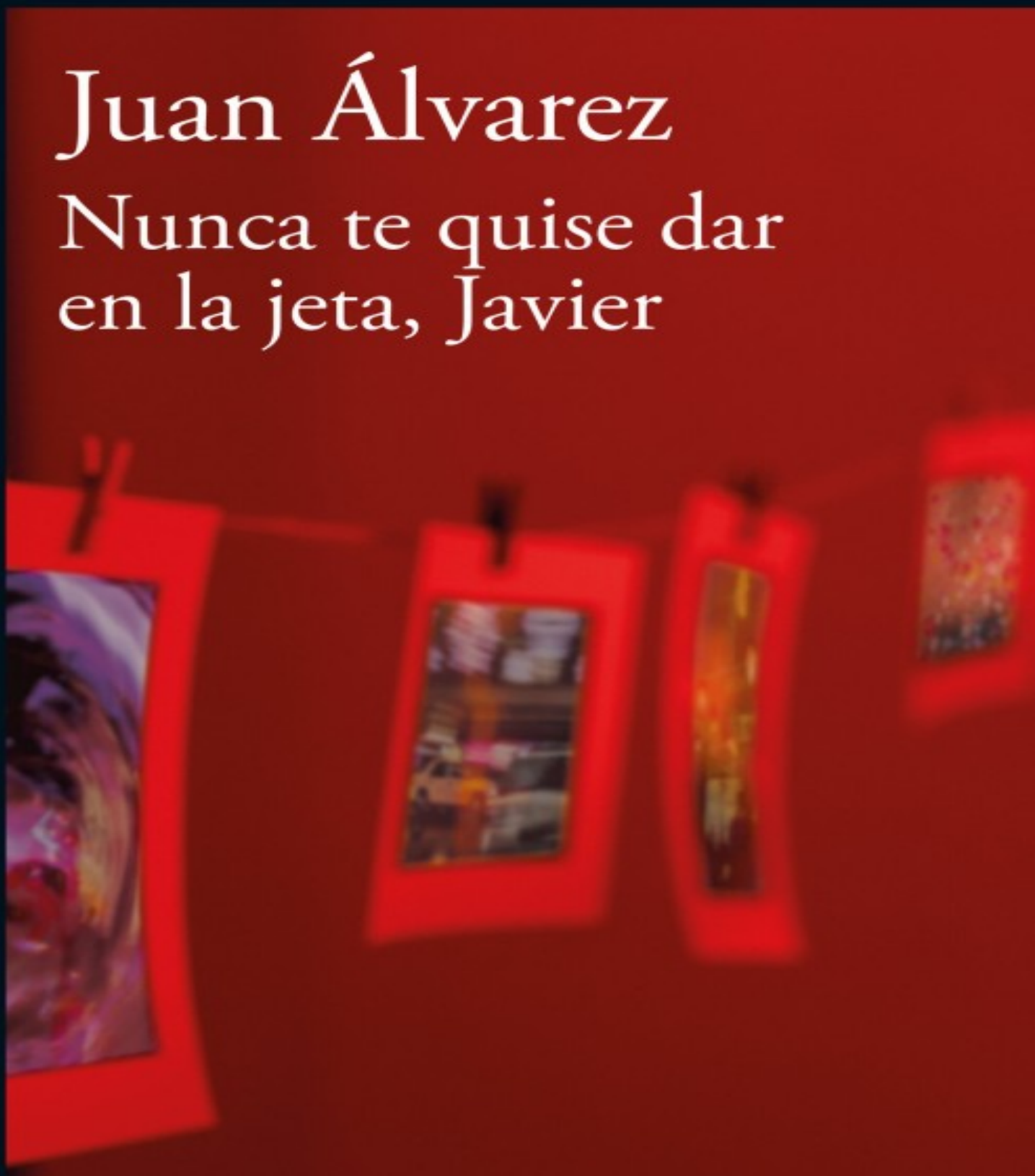
ALFAGUARA

Juan Álvarez

Nunca te quise dar en la jeta, Javier



Narrativa Hispánica EDICIÓN CONMEMORATIVA 20 AÑOS

ALFAGUARA

Juan Álvarez

Nunca te quise dar en la jeta, Javier



Narrativa Hispánica EDICIÓN CONMEMORATIVA 20 AÑOS

Juan Álvarez

Nunca te quise dar en la jeta, Javier

ALFAGUARA

A mis hermanos, Juan Diego y Carmen Álvarez

A la memoria de Jaime Garzón

¿Quién diablos hizo este llano tan grande?

JUAN RULFO

Nota del autor

Este es un viejo nuevo libro.

Viejo, porque hace veinte años recibió el Premio Nacional de Cuento «Ciudad de Bogotá» 2005. Nuevo, porque se trata de la edición definitiva. En ese entonces el libro se llamó *Falsas alarmas* y su cuerpo original tenía tres cuentos más aparte de los ocho ganadores. Esos tres cuentos no hicieron parte del libro enviado al concurso porque antes habían sido publicados en revistas, lo que las bases del premio no permitían. También fue parte del proyecto original un último cuento que en ese momento no cuajó. Años después lo hizo. Aquí aparece: «Las hermanas Pizarro», anverso humorístico y extraviado del penúltimo relato: «Una historia armada».

En 2006, una vez existió la pequeña edición pública del premio —portada verde—, llevé ese libro a la editorial Alfaguara para intentar que allí lo republicaran. Lo rechazaron, mas fue un rechazo lleno de esperanza y un informe de lectura exquisito.

Está aquí, impreso entonces —y de eso se trata esta nota—, el libro de cuentos que siempre intenté, de la mano de la editora con la que siempre quise trabajar.

Su título nuevo es un rebautizo y la concreción de los distintos anhelos: *Nunca te quise dar en la jeta, Javier*.

Nunca te quise dar en la jeta, Javier

¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?
CALDERÓN DE LA BARCA, *La vida es sueño*

Nunca te quise dar en la jeta, Javier, eso que quede claro. Las cosas pasaron como pasaron porque no me dejaste otro camino. Dos y dos son cuatro y cuatro y dos son seis, así de sencillo, y si ahora ando con este malestar eso es otro problema. El abuelo parece de hierro, es cierto, pero también está viejo y aparte tú y tu maldita forma de perder la cabeza, tú y tus resoplidos de buey enojado, loco, no me dejaron alternativa. Cuando entré en la cocina y los vi engarzados y rojos como alacranes en guerra traté de cerrar los puños y no pude. «¡Qué mierda pasa aquí!», grité sin mirarlos a los ojos, dándome tiempo para desacobardarme, como si tu presencia en esa casa, luego de tantos años sin verte, no bastara para entender que algo andaba mal, que la marea de tu corazón enfermo volvía para arremeter y que la salud de mis abuelos pagaría de nuevo. Me quedé parado unos segundos, es cierto, pero no porque dudara. Me quede parado porque supe que una vez diera un paso no iba a haber vuelta atrás entre los dos. ¿Por qué no soltabas al abuelo, maestro? ¿Por qué no, simplemente, cuando entré en la

cocina, lo soltaste? Te fastidió llegar y enterarte que había una cena de despedida para el nieto estrella y que tú, claro, no estabas invitado, ¿verdad? «Qué hay de comer? ¿Quiénes están», me imagino que preguntaste, y luego el viejo mañoso seguro no te respondió con claridad y te invitó a pasar y quiso darte el bocadito, porque ver a un hijo enflaquecido y mugriento no debe ser fácil. Ya en la cocina debiste decir que querías subir al segundo piso a saludar, el viejo debió prohibírtelo, no le hiciste caso y acabaron en las manos. Fue así como comenzó la pelea, ¿verdad? Sí, estoy seguro que fue así, y si quieres mi opinión, tuviste razón en fastidiarte; igual, ya te dije, no podía dejar que una vez más calibraras a mi abuelo. Cuando me abalancé, y mientras te metía puño por donde podía, la campana del terror me apagó los sentidos. Ahí, haciendo fuerza hasta en los dedos de los pies, lleno de una ansiedad ocre rechinándome los dientes, con diecisiete años cumplidos y más cerca que nunca de tu peso venido a menos, tuve la impresión de poder matarte a golpes porque entendí que tú algún día estarías a punto de matar a alguien.

Estoy dispuesto a aceptarte que la vida junto a la terquedad del abuelo no fue fácil. Sé que te entraban ganas de odiarlo y que la prohibición del fútbol no fue todo, que en especial te enfermaba cuando te llamaba burro y te venía con toda la cantaleta del colegio. Pero ¿qué quieres, loco? Alguna vez te lo dije, ¿no? A los viejos también les pesa el rol que tuvieron que asumir. Bien mirado, estoy seguro de que él soñó con que fueras futbolista. El fútbol como tabla de salvación; el aparato que aplacaría ese demonio que te cargabas por dentro. En serio, entre más lo pienso y más reconstruyo las tardes en que los acompañé a los entrenamientos, más me convenzo

de lo lógico que resulta que él cifrara sus esperanzas en el mundo de las patadas, en ese barro que te exprimía las energías y te dejaba dócil y contento, igual que a él, que cuando te veía tirarte a los balones disparados por tipos de más de noventa kilos sin ningún amago de miedo, se le aguaban los ojos y se le llenaba el pecho de orgullo. «Mijo, no sea burro», te decía cuando te costaba concentrarte y conseguir los resultados exigidos en el colegio, y yo sé cuánto te enfurecía eso; créeme, loco, el abuelo sólo quería ayudarte, pasar las horas que hicieran falta camellando en cuanto negocio absurdo asomara, negocios en los que siempre perdió por confiar en la palabra de la gente y a pesar de los cuales siempre consiguió que no les faltara nada, ni a ti ni a mi mamá ni a tus hermanos.

Sabes, un día la abuela me soltó la historia entera de tus conversaciones alucinadas con un personaje que nunca resultaba claro si era alguien a quien recoan desde que eras niño y que con los años la crudeza de estos se había hecho insoportable. Esta confesión me la hizo semanas después de la faena del día de las velitas, ¿te acuerdas?, cuando te sacaron para siempre de la casa. Me lo contó como tratando de darme otro tipo de explicaciones, ella siempre tan preocupada de que la gente no te odiara, de que la gente no te redujera a bestia burda. Los encuentros, me dijo, sucedían en el patio, por lo general en tardes nubladas. Te sentabas a esperar horas, de espaldas a la entrada para que fuera claro que no querías ser interrumpido, y sin ningún ánimo de disimular. Cuando la presencia parecía llegar te levantabas en ademán de saludarla, y luego volvías a sentarte. Así lo describía la abuela. Decía que le hablabas de toda tu tristeza, de la rabia que te producía ver cómo

los demás destinaban buena parte de su atención a observarte con cuidado y a tratarte con pinzas, desde el colegio hasta la peluquería; le contabas de tu comprensión de la necesidad de controlarte para evitar encabronarte y que la cabeza se te calentara, porque, cuando era así, decías, a la sensación de estar a punto de estallar se le sumaba la de no poder resistir a la gente cerca. Por lo general, claro, la gente no ayudaba, se seguía acercando y entonces decías que era tanto el calor que enrojecías y te entraban esas ganas de meterle la mano a cualquiera, al que estuviera más cerca. Sí, loco, la abuela lo escuchó todo, pero nunca fue capaz de interrumpirte. Me dijo que las veces en las que lo pensó las ga nas de llorar la vencieron. Hablabas de la necesidad de alejar a la gente de tu espectro de calor e incluso hablabas de un cierto espectro de mal olor, aunque de este, me dijo la abuela, hablabas menos. Supongo que el espectro de calor era un problema interior. El de mal olor, para serte franco, loco, y sin ánimo de ofenderte, era decididamente paila para todos. Mierda, qué mal podías llegar a oler. Tu cuarto, por ejemplo, había domingos en los que parecía tripería, y cómo le avergonzaba eso a la abuela. Siempre desde la ventana del carro de mi mamá, parqueando al frente de la casa cuando íbamos a almorzar, yo podía ver tu ventana abierta e imaginaba la pelea que había significado. Porque eres terco, maestro, eres tozudo como el burrito que decían que eras y que tanto te enfurecía. La abuela podía permitir que mantuvieras el cuarto encerrado una semana entera, porque ella eso y casi todo lo aguantaba. Sin embargo, cuando llegaba la visita la cosa era diferente. Si quieres que te diga, a mí algo así también puede joderme, porque me parece hipócrita, pero a ti… a ti me da la impresión de que ni siquiera eso era lo que te molestaba. Lo tuyo,

loco, tenía que ver más bien con el rompimiento de ese molde de extrañeza al que parecías atado para sobrevivir.

La imagen del primer palo de escoba que tuve que ver que te rompieran en la cabeza, cuando toda la realidad se me vino encima y descubrí que lo tuyo venía de años atrás, no se me va a borrar nunca. Ese día, lo recuerdo muy bien, todo pasó mientras mi mamá me sacaba de la cdía, Javier, me quede con la idea de que siempre habías vivido rabón conmigo. Enfermo de rabia. No me preguntes por qué, así fue. Como si te hubieras dejado convencer por el falso aliento del nieto estrella, de la vida a naturaleza y el significado de los sistemas religiosos, los orígenes y las funciones que cumplen las religiones, son cuestiones que han interesado a la mayoría de los grandes pensadores que han puesto los cimientos de la teoría social de nuestra época. Hoy el auge de la nuevas religiones ha vuelto a poner de actualidad la importancia del modo de pensamiento y acción religiosos para entender nuestro mundo contemporáneo. La razón hechizada explora las teorías que han tratado de explicar los fenómenos religiosos y establece las relaciones y deudas existent la gente. Es raro, ya sé, qué querías. Ese día me gritabas con los ojos descolocados, enfermos. No te imaginas la desolación que sentí. Cuando dijiste: «¡Qué hace ahí parado mirando, hijueputa!», algo se me fracturó por dentro. Como si el tren de cuerda dejara de existir. Y luego la rabia porque fueras tan zopenco, porque fueras tan bruto a tu manera, esa manera escandalosa y agresiva. Que fueras tan bruto, por ejemplo, como para encargarte de desperdiciar la oportunidad del fútbol con las rabietas que te entraban y que acababan en agresiones a los árbitros. Esa fuerza, loco, ese entusiasmo inagotable, esa forma de alimentarte y de mandarle el

corazón del corazón a cualquier balón, me hacía pensar, por pequeño que estuviera, que lo tuyo era el fútbol. Yo, de pronto igual que el abuelo, pensaba que tenías elección porque tenías un camino.

Lo cierto es que ese día, cuando por fin mi mamá y yo salimos de la casa de los abuelos, una vez te habían montado en la patrulla en un gesto que habría de repetirse, ella trató de darme explicaciones. Me dijo: «Javier no es del todo tu tío». Me puse furioso, loco, furioso. Ella notó mi irritación y trató de seguir con su explicación. A mí me daba la impresión, fíjate si estaría niño entonces, que ella de buenas a primeras *elegía* que no fueras mi tío. Como si toda la historia que me contaba en ese momento acerca de la mujer que había trabajado en la cafetería de los abuelos años atrás, y que te había abandonado una tarde cualquiera, se la estuviera inventando para consolarme. Absurdo, ya sé, qué quieres, maestro, ya te dije que estaba muy pequeño. Como sea, el asunto es que una vez mi mamá acabó de hablar, toda la parafernalia de que no eras hijo natural de los abuelos se me presentó como una oruga estúpida incrustada en mis sienes tratando de andar por donde no había espacio. Aquello no era explicación de nada, y mi madre, por supuesto, era la primera en saberlo. Luego me enteré que visitaste varios médicos, que los abuelos y mi mamá consiguieron los favores a bajo precio de un especialista. ¿A qué especialista te llevaron? ¿Por qué nunca me contaste de esas visitas? Seguro te daba pudor. Pasaron antes de que te sacaran de la casa de los abuelos, ¿verdad? Sí, tuvo que ser antes de que te fueras a la pocilga donde nadie dice que vives pero donde todo el mundo sabe que vives. Debo aclararte que nadie la llama pocilga, por supuesto, nomás así me la imagino yo. La verdad es que no sé dónde vives. Mentiras, sí que sé dónde

vives. Ahora que me acuerdo, luego del altercado del día de mi despedida, el abuelo me lo dijo… Puta, me dan ganas de llorar recordarlo, porque sólo ahora vengo a entender la ironía. Estas viviendo sobre esa diagonal que conecta la 63 y la 57 por detrás del estadio, ¿cierto? Vaya mierda, encarcelado justo a unas cuadras del Campín, como mirando desde la jaula ese estadio que una vez nosotros soñamos para ti.

Qué desorden absurdo. Es increíble, loco; recordarte me altera hasta el temblor de los huesos. ¿Cuántas veces se metieron la mano con mi tío Iván? Él siempre fue quien menos habló de ti, como si te tuviera descifrado y entendiera que no había remedio, que tú, simplemente, tenías que desaparecer. Quizás por eso él siempre prefirió la policía, algo de lo que me di cuenta la noche de las velitas, cuando no sólo la llamó de inmediato, sino que además fue el único que pudo mantener la calma mientras tratábamos de tumbar la puerta del baño. Loco, me parece verlo y escucharlo, así no hayan sido más de cinco minutos y yo estuviera concentrado en todo mi miedo y en la forma de ayudar a mi abuelo y a mi mamá con la puerta. «¡Nunca más, hijueputa; nunca más pondrá este malparido su hocico en esta casa!». Eso gritaba, y se veía pasmado como todos, sí, pero también le afloraba un cierto orgullo en el semblante irritado, un cierto orgullo que le permitía gritar, gritar sin parar, gritar esas palabras una y otra vez, como anunciando que había llegado tu hora, como diciéndole a los abuelos, en realidad, que ahí tenían toda su buena voluntad y su caridad cristiana, que ahora vieran si no había que encarcelar al animal. Cuando por fin la puerta cedió y pudimos sacar a mi abuela sudada y echa lágrimas, todo se convirtió en una retahíla confusa. Controlarte, gritarte, escucharte, soportar la

presencia de la policía golpeándote y la de los paramédicos atendiendo a la abuela… No sé, maestro, en ese momento, y a pesar de mis trece años, supe que todo había reventado, que las cosas habían llegado al punto deseado por mi tío Iván y que en efecto no volverías a casa. Hay territorios sin vuelta atrás. Por eso luchaste hasta la inconsciencia, como un caballo salvaje. De esa golpiza recuerdo tu cara como una mancha triste. Ya ni siquiera apretabas los dientes. Recuerdo los gritos de mi mamá y de mi tío, sí, eso recuerdo también. Mi abuela medio inconsciente, y sin embargo mi mamá y mi tío la reprendían sobre cosas de la vida, sobre andar protegiéndote siendo ya tan viejo y siendo semejante carga. Le decían que vos eras un enfermo y que ya no era hora de venir a explicarte nada, que si tenías que aprender a punta de garrotazos de chupa, que así fuera. Sí, así pasaba: tú le gritabas a mi mamá, a mi tío y a los policías, y ella y mi tío a mi abuela, y luego mi mamá a ti: «Hijo de puta enfermo arruina vidas», eso te decía, en una especie de cadena seca de dolor y hartazgo.

Una vez la policía te sacó nos enteramos de lo que había pasado. La abuela, desde la camilla y mientras pedía que no la llevaran a ninguna clínica (supongo que para que no aumentaran tus problemas con la ley o por lo terca que también es, ya sabes), nos dijo que todo era culpa de ella. Imagínate a la vieja bella. Explicaba llorando, medio avergonzada y como esforzándose para que sólo el abuelo la escuchara, que no había querido empeorar las cosas, que sólo pensó en buscar otro camino, que sentía mucha angustia, que por favor le creyeran. Al parece te escuchó, Javier. Te escucho en el baño, llorando, mientras te duchabas y maldecías a Dios y jurabas que lo matarías. Ella se puso tan nerviosa que por eso abrió la

puerta y trató de seguir escuchando. Acostada en la camilla le agarró la mano al abuelo y le dijo que cuando se dio cuenta de que hablabas de tu propio hermano, de matar a mi tío Iván, se puso tan mal que los músculos la cruzaron y fue entonces cuando cayó al piso. No sé, maestro; me parece que una madre puede tolerar muchas cosas, menos la idea de que dos hijos suyos se maten. «Desparramada en el piso, cuando abrió la cortina de la ducha, traté de explicarle», decía la abuela, imagínate, la pobre vieja ingenua, como si no entender fuera tu desgracia. La abuela, ya sabes, siempre tratando de ganarle a la mala suerte. Debe ser por eso que me da rabia contigo. Porque hasta llegamos a burlarnos de lo burro que podías ser, ¿te acuerdas?, cuando yo trataba de explicarte los elementos básicos de la teoría de conjuntos o el proceso de la fotosíntesis, pero tú no entendías nada y acabábamos convirtiendo a la fotosíntesis y a los conjuntos en futbolistas imaginarios con los que nos íbamos de viaje en busca de canchas de fútbol que nunca encontrábamos... Yo nunca te pedí que entendieras, Javier, a lo sumo que la miraras a los ojos con cuidado. No te hagas el güevón, maestro, que sabes de qué hablo. Mirarla a los ojos y darte cuenta que sufría. Para eso no hay que ser el más listo de la cuadra. Para eso no hay que acabar el colegio o entender la fotosíntesis. No te parió, y qué. Era tu madre, maestro, y eso tú lo sabes bien.

A qué horas, loco, a qué horas nos jodieron y nos dejamos convertir en la promesa afortunada y en la promesa naufragada. No entiendo qué paso. Tú eras mi apuesta por algo más que la inteligencia, la decencia y lo hecho de manera correcta. Me siento miserable y cruel; cargar semejantes expectativas en ti cuando seguramente no has sido más que la víctima de alguna enfermedad

que los médicos deben tener organizada bajo alguna categoría odiosa de cuyo nombre prefiero no enterarme. Aunque, igual, si volviéramos en el tiempo y averiguáramos el nombre de lo que te pasa, seguro nos divertiríamos. Yo me inventaría de dónde han sacado eso de personalidad irascible o tendencias de disociación social, y tú me harías una pregunta tras otra, todo grandote, desde el piso, acostado revolcándote de la risa, con un balón o una pelota de tenis entre las manos que rebotarías de un lado a otro mientras nos llamaban a comer.

¿Cómo sigues de la cara? ¿Cómo pasan tus días? Sólo el abuelo sabe, que me enteré te sigue llevando bocados a tu pocilga, los domingos por la tarde, a riesgo de ser regañado por la familia. Me lo contó él mismo, luego de la pelea, una vez te controlamos, te sacamos a la calle y cerramos la puerta. Pobre viejo. Cuando todo el incidente terminó y la gente volvió al comedor, él y yo nos quedamos sentados en el patio. Estábamos fatigados. Se puso a llorar pasito, para que nadie lo fuera a escuchar. Lo abracé y me quedé en silencio, sin saber qué hacer. «Ya no apuesto a los caballos», me dijo luego de un rato. Pensé entristecido que la batalla se la habían ganado las mujeres, mi mamá y mi abuela y toda la eterna cantaleta por la plata perdida en las apuestas. Pero no, resultó que era otra cosa. Resultó que lo que quería explicarme con esa frase eran muchas más cosas. Todas muy confusas, como su propia alma, porque te cuento que el viejo cree que todo es culpa de él, de la manera como te educó, de los favores que cree que le faltó pedir. Me contó cómo le tenía que anunciar a la abuela que se iba a apostar, a riesgo de enfrentar la cantaleta que fuera, para poder salir solo y llevarte los bocados sobrantes. Me dijo que llevaba ya varios

meses haciéndolo. Que tú igual cada vez estabas más flaco, con los ojos cada vez más grises, entregado a tu suerte. Luego me dijo, como si organizara sus pensamientos en el silencio, que en realidad lo que más le preocupaba era que, recientemente, la abuela ya no le peleaba cuando anunciaba que salía. «Será porque descubrió que sumercé sale es a llevarle comida a Javier», le dije yo, todo inteligente, y luego hasta le expliqué que no era difícil sospecharlo ya que después de todo nadie iba a la oficina de caballos con una fiambrera. La tristeza se le borró de inmediato de la cara, levantó la cabeza y me zarandeó: «!Qué cree, mijo, ¿qué no la escondo antes de salir?! No, no es eso», dijo, y luego de una pausa: «La abuela ya no me bravea porque está cansada, igual que yo… Cansada cansada, ¿me entiende, mijo?».

Pasamos otro rato en silencio. Al final se secó las lágrimas y me pidió que le ayudara a servir los postres. Con dos bandejas llenas de arroces de leche y cuajadas con melado subimos y nos sentamos a la mesa. La familia hablaba de una tía política de la esposa de un tal Enrique, quien conocía a la señora prima de la familia Obregón. Imposible entender la historia. Miré al abuelo. Había elegido arroz con leche y se lo comía despacio. La abuela no quiso postre. Al otro día era mi partida, loco, y yo no podía pensar más que en tu cara ensangrentada y en la estrechez de los caminos.

31 de diciembre de 1999*

1. Los días que me dispongo a recobrar transcurrieron hace algún tiempo en la ciudad de Nueva York, alrededor del 31 de diciembre de 1999. Fue la fecha concreta en la que buena parte de la humanidad celebró el fin del milenio. La fecha en la que la mayoría consideramos que algo importante sucedía y consideramos que hacer parte de eso importante nos haría especiales también. 2. Espacio y tiempo fueron resultado de un hecho sencillo: puedo ser un tipo con suerte. 3. Es importante que ate mi suerte fanfarrona a M, de lo contrario puedo conducir mi recuerdo a equívocos que no me interesan, porque me interesa la claridad, queYork sino en Hasbrouck Heights, Nueva Jersey, y quien en realidad no nos pudo acomodar el mes completo que duró nuestro viaje, porque él a su vez tenía familiares visitándolo y sólo nos pudo recibir una semana después de que llegamos, semana que M y yo nos vimos obligados a pasar en un modesto albergue de la avenida Ámsterdam a la altura de la calle 88, en el Upper West Side. 7. El albergue era una casa vieja y mohosa y en las mañanas siempre nos despertaba una voz de la oficina administrativa anunciando diferentes oportunidades de trabajo para el día, por lo que quien tuviera la necesidad o la voluntad de montarse en unos patines para repartir algún tipo de volante o de tomar un autobús para mezclar algún tipo de cemento, debía levantarse de inmediato y acercarse a la oficina en donde

recibiría instrucciones, decía la voz en un inglés con acento eslavo. 8. M y yo, básicamente por pereza y no porque no nos hiciera falta dinero, nunca nos levantamos a buscar dólares inmediatos. 9. Algo, sin embargo, conseguimos, porque los días pasados en el albergue nos permitieron conocer a un variado grupo de venezolanas y mexicanos y a otro amigable de argentinos de provincia, gente toda que, por supuesto, emparentó de maravilla con M, entre charlas, preparadas de cena y lavadas de platos, pero que a mí, en particular, y quizás debido a la dulzura de mi carácter, apenas si me dirigió la palabra. 10. Cuando nos fuimos del albergue M intercambió correos electrónicos y les dio nuestro número temporal en Nueva Jersey, de ahí que la mayoría de estos latinoamericanos encantadores haya hecho parte de la noche que acá recobro, la del 31 de diciembre de 1999. 11. Luego dseguido tale aquella semana llegamos a casa de Gustavo, como ya dije, amigo de infancia y militancia de mi padre, bogotano al igual que nosotros y de quien yo guardaba un recuerdo remoto marcado por las carcajadas y el desorden, una impresión atada al cuerpo de que mi padre era un hombre más feliz cuando él estaba cerca. 12. Gustavo salió de Colombia a mediados de los ochenta, y per vez por sus propias angustias, acabó por quedarse como ilegal en los Estados Unidos. Luego, tras mucho trabajo honrado, quiero creer, se convirtió en presidente de IACO, una prestigiosa organización no gubernamental encargada de brindar asesoría legal a inmigrantes latinos encarando procesos de normalización de su situación migratoria. 13. La primera noche cenamos junto con su esposa Esperanza, una puertorriqueña que había llegado antes que él, desde finales de los setenta, y con quien había conseguido fundar y desarrollar todos los proyectos implicados

en IACO. 14. Aquella primera noche, dada la hospitalidad de la pareja y la tranquilidad con que parecían asumir cada detalle, M y yo estuvimos algo nerviosos, lo que me hizo formular una serie de preguntas impertinentes que pretendían alimentar la curiosidad que me causaban muchas de las historias que sobre él había escuchado mentar. 15. Fue así como pregunté por las múltiples empresas desquiciadas que, junto con mi padre, habían intentado emprender en medio de una torpe visión de los negocios; pregunté por la leyenda del abuelo de su familia, quien, al parecer, a mediados de los sesenta había matado a tres campesinos que le corrían la cerca de la finca todas las noches, luego de que él mismo con sus manos la regresara a la línea que consideraba *su lugar natural*; pregunté por aquellos días lejanos de finales de los sesenta cuando su familia decidió mandarlo a vivir a México, con diecisiete años, a casa de su hermano mayor, evitando así su inminente huida al monte para unirse a la subversión. 16. Las respuestas de Gustavo estuvieron marcadas en principio por la naturalidad, pero apenas M y yo afinamos nuestra indagatoria exigiendo detalles, cierto desconcierto le apareció en la cara. Quiso saber por qué tanto interés en minucias. Nosotros, siendo honestos, no teníamos una explicación suficiente, con lo que la cosa acabó apagada, como si fuéramos hijos diciendo nuestras primeras palabras a destiempo, cuando ya nadie apostaba a que lo haríamos. 17. Aparte de la pareja anfitriona y de los incidentales conocidos de viaje (todos insufriblemente latinoamericanos, como ya dije), M y yo nos encontramos durante los días previos a la noche del 31 a varios compatriotas, algunos de los cuales eran amigos directos nuestros o amigos de cierto círculo que frecuentábamos en Bogotá. 18. Legamos a conocer, incluso,

amigos de amigos lejanos, gente vinculada por la fatalidad de ser colombianos y por una que otra historia en común que hacía parte de nuestro patrimonio de particularidades. 19. Todo este gentío fiestero hizo parte de la noche que acá recobro, pese a que en los días previos y mientras estuvimos en diferentes lugares y bajo diferentes estados de ánimo, nunca acordamos hacerlo, y no lo hicimos, supongo, porque era tal la variedad de cosas por hacer que nadie se animaba a definirse o a comprometerse, muy en ese espíritu juvenil ridículo nuestro de *mantenernos libres*. 20. En respuesta a semejante espíritu y con motivo de la noche especial, M y yo teníamos un plan estrictamente definido del cual ella era responsable de la definición y yo de lo estricto, porque su elección me parecía infame y la única forma en la que estaba dispuesto a someterme a ella era recubriéndola de una investigación meticulosa que nos permitiera llevarla a cabo con éxito y con un costo corporal mínimo, aunque esto último era más bien un consuelo de tontos, no había que ser muy suspicaz para saber que el costo corporal sería alto. 21. El plan, sencillo, consistía en meternos en el corazón de la fiesta del milenio. Hablo de la esquina esa frenética que uno siempre ha visto por televisión con la inmensa bola cayendo y que una vez un amigo japonés viajero me describió como el lugar más nítido que había visto en su vida, aunque la verdad nunca entendí qué quería decir con eso, porque entonces me dio la impresión de que se estaba burlando de sí mismo, algo que los japoneses hacen muy bien, quién lo creyera. 22. La segunda noche en casa de nuestros anfitriones cenamos de nuevo los cuatro, lo que dio ocasión para que expusiéramos nuestro plan de fiesta, a pocos días de su ejecución y en espera de su opinión o de alguna sugerencia que

pudiera ayudar a refinarlo. 23. Al principio Gustavo y Esperanza no dijeron nada, un silencio que mi natural inclinación paranoica interpretó como respuesta desaprobadora, pero que luego, con el proseguir de la conversación y los detalles de más que M comenzó a dar (ella también nerviosa), se mostró como silencio indiferente. 24. Se trataba, no obstante, de una indiferencia cargada. 25. ¿Cómo precisarla? 26. Para el tipo de generación a la que Gustavo pertenece, hacer un viaje internacional con motivo de *una fiesta* es una idea complicada de asimilar. Si a eso le sumamos como destino los Estados Unidos, la cosa adquiere tintes absurdos. Para esa misma generación, sin embargo, juzgar o desaprobar un comportamiento tal también resulta salido de tono. 27. ¿Resultado? Un silencio indiferente y cargado. 28. Antes de la noche del 31 planeada por M y por mí para estar a solas (lo que es un decir dado que estaríamos estrujados por trescientas mil personas), estuvo la noche del 30, una noche en la que, movidos por nuestro inmenso sentido de unidad latinoamericana, acordamos encontrarnos con varios de los personajes borrosos nombrados antes, es decir, todos los colombianos amigos de amigos, varias de las venezolanas, mexicanos y argentinos, e incluso, a esas alturas, hasta peruanos y chilenos. 29. El encuentro fue acordado en la estación de Canal Street, línea azul, porque ponerse de acuerdo por teléfono sobre lo que cada uno quiere hacer no es fácil para nosotros, no es fácil para nadie, y mucho menos en una ciudad a la que no se pertenece. 30. ¿Hay acaso una ciudad a la que pertenezcamos? 31. ¿Ha habido, alguna vez, una ciudad nuestra? 32. Pese a cualquier pronóstico y al frío, nos encontramos y nos enfiestamos por todas partes. 33. Imagínenselo: éramos una cantidad de latinoamericanos de

pasaporte y otros tantos de bocas para afuera, bebiendo aquí y allá, tratando de ponernos de acuerdo sobre dónde mierdas beber y bebiendo, bebiendo hasta el amanecer cuando, de repente, a M le entró la preocupación por su vida y por el frío en sus orejas y me dijo que nos fuéramos y nos fuimos y una vez llegamos a la estación de metro y entramos, ella se puso enferma y comenzó a sacarse su historia reciente por la boca, a lo que yo respondí haciendo de bastón, aunque luego ya no fue necesario porque ella sin reserva alguna se fue sentando en el borde de la plataforma con sus largas piernas colgando en el abismo mientras yo le decía: «¡Estás loca, M, viene un tren y te va a estripar!», pero ella seguía vomitando sin parar y sobre todo sin dejar de quejarse por sus orejas y por los fantasmas que nos perseguían para quitarnos la vida hasta que zuas, le entró la sensatez y se levantó y me dijo que sería valiente y que con mi ayuda llegaríamos al vagón, y al vagón llegamos y de este a 42 Street y de 42 Street al bus de Nueva Jersey y junto con el sol nos fuimos a dormir. 34. Eran las tres de la tarde cuando abrí los ojos y descubrí, entre otras cosas, que M seguía durmiendo y que la fiesta del milenio había pasado ya en medio mundo. En nuestro caso aún no pasaba (sobra decirlo), aunque para nuestro plan sí, porque las calles de acceso a la gran esquina las cerraban desde el mediodía; había que madrugar, hacía parte de nuestro plan estricto, un plan que entonces entendí arruinado. 35. ¿Quién arruinó el plan? 36. Según Gustavo, y estas son palabras literales pronunciadas otra de las noches que cenamos en su casa, ya entrados en confianza, el plan lo arruinaron tipos como Neruda y Kissinger, cada cual a su manera y según sus capacidades; lo jodió el eventual discurso vacío de la izquierda porque el daño de la derecha se da por sentado; nos

jodimos nosotros mismos, con nuestra manera entre divertida y trágica de entender la libertad y el poder. 37. Gustavo militó en sectores trotskistas hasta el día que disintió de alguna idea y, como a muchos de sus amigos, le patearon la cara; simpatizó con el proyecto de la Unión Patriótica hasta que el desaliento sumado a las fuerzas oscuras de la derecha demencial mataron a sus miembros, uno a uno, con el mirar cansino y culposo de los años ochenta como testigo; participó de la esperanza renacida en las figuras de Lara Bonilla, Galán Sarmiento, Jaramillo Ossa y Pizarro Leongómez, pero junto con sus cadáveres se enterraron también sus últimos alientos. 38. ¿Hijos de la desilusión o hijos del resentimiento? 39. No lo sé. 40. Varios fueron mis esfuerzos durante aquellos días por hacerlo hablar hasta alcanzar respuestas, tanto como alguna vez lo intentara, sin decir una palabra, con mi propio padre, pero supongo que, o bien no las hay, o bien no era hora de escucharlas. 41. ¿Será cierto que hay cosas que simplemente no se pueden contar? 42. El resto de la tarde de ese en principio fracasado 31 de diciembre nos pasó a M y a mí por encima, hasta que por fin a eso de las siete de la noche conseguí levantarla y mostrarle la esperanza en la forma de unos versos, porque tampoco se trataba de aburrirnos. 43. No fue tarea fácil. Aparte de recitar media docena de poemas mamones tuve que hacer gala de recursos de payaso que no poseo, y para colmo de males, acceder a la búsqueda por teléfono de la *raza latinoamericana*. 44. M hizo las llamadas, cada uno se dio una ducha y luego nos dispusimos a salir, con una cita por cumplir una hora después en la entrada del bar Copacabana. En esas estábamos cuando los dueños de casa regresaron provenientes de un lugar que me pareció el último al que un ser humano iría la tarde del 31 de

diciembre de 1999. 45. Venían de jugar bingo. 46. Habían pasado la tarde entre el bourbon y los cartones, y la borrachera plácida que pronto dormirían se les notaba a cada paso que intentaban dar. 47. Con el encuentro frontal ellos se emocionaron tanto que a mí me resultó inevitable incomodarme. Sus ganas de sentarse a hablar con nosotros y de servirnos unos tragos en medio de las preguntas por nuestros cambios de planes causaron una atmósfera de invasión que, quizás fruto de nuestras edades, no supimos controlar. 48. Acabamos por capotearlos con evasivas y con el mal gusto de la prisa tan propio de nuestra generación. 49. Cuando llegamos a Copacabana, luego de haber tenido que correr, eran las ocho y treinta de la noche, una inmensa pancarta daba la bienvenida a la fiesta del milenio y anunciaba la entrada para personas con reserva a partir de las nueve. Nadie de nosotros, desde luego, tenía reservas de nada (ni siquiera de alcohol), el bar era un preámbulo más dentro de todos nuestros preámbulos, por eso buena parte de *la raza* (a esta altura M era dueña y señora de la expresión) nos esperaba en unas bancas adyacentes a las que nos acercamos mientras yo me preguntaba por qué siempre había corrido para llegar a tiempo a citas que en la mayoría de los casos no me importaban. 50. Luego de un rato éramos más de una veintena de almas enguayabadas, cansadas y sin embargo sonrientes, no demasiado preocupadas por el hecho evidente de andar errantes y equivocadas por el mundo, incluso, me atrevería a decir, algo orgullosas de ello. En cualquier caso, a pocas horas del momento culmen y sin nada qué hacer. En Nueva York y sin nada qué hacer la noche del 31 de diciembre de 1999. 51. Entre esperar, beber (algún colombiano, por supuesto, apareció con una botella de aguardiente) y una que otra broma

sobre el desorden de la noche anterior, se nos fue pasando el tiempo, hasta que alguien dijo que se iba a dormir, así sin más, muy a las diez pasadas, cuando la tormenta apenas estaba por desatarse. 52. «Vos qué te vas a ir, mi vida», le respondió una caleña que yo ni su nombre sabía. «Mirá que qué pena acostarse en esta ciudad tan bonita y tan temprano», y completó, justo en un momento en el que todos hicimos silencio: «Yo sé de una fiesta por Soho; no creo que esté muy buena. Es de gente medio mayor y medio gringa. En realidad, no me invitaron a mí sino a una amiga que me dijo que la llamara si quería ir… claro, con la patota que somos, me dio como pena, ¿no? Por eso no había dicho nada, pero si se van a aburrir». 53. El silencio se hizo reino y la voz sensata de alguno de aquellos latinoamericanos apenas se escuchó: «¿Qué es patota?». 54. Patota es esta inmensa cantidad de gente; patota es Latinoamérica, mis amigos, «patota semos y allí estaremos», comenzó a oírse entre risas y otras rimas, mientras yo apenas miraba el rostro contento de M y calculaba la desgracia en la que me estaba metiendo, porque comenzábamos a caminar con rumbo, en medio del frío y de aceras que se quedaban sin gente y que resaltaban ennegrecidas por el trajín. 55. «¿Cómo hacemos?», preguntó antes de timbrar en el número 610 la voz de la caleña invitada (de manera indirecta, ay) a la fiesta, como si de repente hubiera sido poseída por la lucidez y hubiera comprendido que todo aquello era una locura, incluso una locura maleducada, pensaba yo. Llegar así, sin avisar, a la fiesta del fin del milenio de alguien más y tarde, para completar. 56. Pero la noche había hecho eco, y el alma, ya tan cerca de las once, nos bullía. 57. «¿Cómo se llama la amiga que te invitó?», preguntó alguien en auxilio estratégico. «Pues eso, preguntas por Valentina y

una vez baje hablamos con ella a ver qué se puede hacer». 58. Por supuesto, cuando en nuestro inglés pastoso alguien preguntó a través del intercomunicador por Valentina, la única respuesta que recibió fue un «*just a minute*», que sólo duró unos veinte segundos y que fue seguido por un «*there isn't any Velanteena here*», todo lo cual me hizo echarme un trago largo y mirar el horizonte desamparado, porque estábamos en una esquina con aspecto de tierra desatendida por el tiempo, en medio de un frío opresivo como cataplasma sobre la viva carne del corazón, sin un solo sonido a nuestro alrededor, a escasos minutos del cinco pa' las doce. 59. Una especie de magia apareció entonces. 60. Miento, en realidad no fue ninguna magia, porque la magia «no existe» (como decía borracho uno de los argentinos de provincia refiriéndose a Boca), y si va a existir, ojalá no fuera ni melosa ni pro mítica ni redentora. 61. Sin preámbulo alguno, una vez explicamos a través del intercomunicador la razón de nuestra presencia, fuimos invitados a pasar, a compartir la noche de Año Nuevo con una cantidad de extraños que sólo en ese momento asomaron con nitidez en mi cabeza, porque antes, inexplicablemente, yo estaba experimentando ese acercamiento como una imagen indefinida que por su carácter irresoluto no afectaba más que mi sentido de la educación, pero cuando supe que encontraría seres humanos que en mi vida había visto y que en mi vida volvería a ver, un fastidio me cargó, haciéndome transpirar diminutas gotas de alta concentración de sales minerales que resbalaban por todo el centro de mi espalda. 62. Así que allí estábamos, una larga fila de latinoamericanos muchos de los cuales tampoco volveríamos a ver (esto, en cambio, me tranquilizaba), risueños, subiendo las angostas y olorosas escaleras a medio

iluminar de una vivienda del primer mundo, una fila nerviosa y extrañada que me resolví a adelantar en cinco largas zancadas, porque aquello había llegado demasiado lejos y era hora de que alguien le diera final. 63. Varias cosas alcancé a pensar en mi esfuerzo de adelanto. Por ejemplo, que no nos encontraríamos en la puerta con ser humano alguno, y que en caso de serlo, en caso de no mirarnos desde un brillante y apacible ojo en medio de una piel rosada casi transparente de más de trescientos años de vida y sin sistema digestivo, nos miraría igual desde un 1,90, figura atlética, camisa ceñida manga corta y colgándole la infalible piel de cocodrilo patrona de los lofts, porque así, como una sofisticada adaptación del antiguo espíritu fabril, como una gran sala de techos altos y aire descontaminado, me imaginé el lugar al que nos dirigíamos. 64. Buscando la cabeza de la fila de mis congéneres para desde allí contenerlos y explicarles lo absurdo de la situación, acabé por encontrarme de frente con la cara alegre de una hermosa mujer oriental que incluso parecía alegrarse con nuestra presencia exuberante, agarrada de su puerta a medio abrir, esperando una presentación elemental para entregársenos de lleno. 65. Uno a uno desfilamos dándole la mano a Yusiko, anfitriona de la fiesta, como si la inercia fuera la más fuerte de las fuerzas y la suerte nos descubriera una de sus máximas: una ciudad es tuya cuando consigues ser invitado a pasar, a casa de un desconocido, en medio de una noche de fiesta. 66. Durante los primeros quince minutos nadie lo podía creer: una mesa de más de siete metros de largo, atestada de botellas y vasijas que no podían ser más que licores y manjares, cerraba el final de una extensión que costaba encuadrar sin levantar la cabeza. La gente se distribuía parada en grupos

minúsculos de conversación, con un sonido medio de trasfondo que invitaba a cualquier cosa, menos a reventar por la dicha que tendría que causar el final de semejante siglo. 67. Decoración: tres sillones de cuero rojo aislados en la vastedad de un piso de madera impoluta. 68. Todas las paredes, excepto una de color plateado, eran blancas. 69. Muy en contra de mis temores iniciales fuimos recibidos con una tranquilidad que con el tiempo me dan ganas de llamar cariño, lo que desde luego generó reproches inmediatos por parte de M, para quien mi espíritu de poca hermandad era desastroso, prejuicioso, incluso contrario a la «onda latinoamericana» en la que estábamos; *onda*, esa palabra usó, y luego me dijo: «¿A qué le tienes miedo?», y yo, imagínense, no sabía por dónde comenzar, si por los que nos acompañaban o por los que nos recibían, si por el centro o por la periferia, si por el centro de las periferias o la periferia de los centros, que son cosas distintas, como bien lo urdió Gombrowicz. 70. Nunca tuve miedo, M; nunca por mí. 71. Si alguna vez acaso lo tuve fue de la esperanza con que a veces me despertaba, pero de nada más. 72. No gozando de la simpatía de mi solidario parche latinoamericano, me dispuse a desprenderme y comencé a caminar por el lugar, porque necesitaba comprobar que todas esas botellas en la mesa extensa eran en efecto lo que eran, al menos diez tipos de licores; y que todas esas vasijas y platos de colores contenían lo que en efecto contenían: quesos, jamones, animales del mar y vegetales de tierras remotas como iglesias humeantes ofrecidas al saqueo. 73. Si es cierto que la historia universal es la historia de unas cuantas metáforas, tengo una pregunta de estadística: ¿cuánto dinero han ganado aquellos seres humanos que en esta vida han enseñado a otros el arte de bailar?

74. Sospecho que muy poco. 75. Me explico: en esas estaba, pasmado por la extrañeza del lugar en el que habíamos recaído, cuando los compases rabiosos de una salsa (en ese momento no entendí cómo hacía para brillar allí) vinieron a bajarme de la nube, porque su sonido generaba reacciones en la gente, en especial en *mi gente*, la cual, y esta es una acotación exenta de connotaciones políticamente incorrectas, era en su mayoría compañía femenina. 76. Un par de compases más y nuestras mujeres hispanohablantes se desprendieron de cualquier timidez de llegada, porque comenzaron a apoderarse del piso con su baile mientras todos lo que en ese momento eran gringos para mí (luego supe que no todos lo eran, como era fácil de suponer) parecieron alegrarse, junto con Yusiko. 77. Incluso, me temo, yo mismo llegué a ponerme contento (ay). 78. Diez minutos después las cosas parecían resueltas: quien no bailaba hablaba y quien dejaba de bailar lo hacía para hablar, y no porque hablando se entendieran, sino más bien por todo lo contrario; porque deteniéndose para hablar daban pausa a tanta comprensión rítmica. 79. Esa noche, en medio de un ir y venir frenético y de la providencia de algún traductor, M y yo conocimos a Joseph. 80. Desde luego, jamás lo volvimos a ver. 81. Joseph nos contó de su niñez en Alabama, de su madre orgullosa, de su oficio como malabarista de fuego en un circo, de su estatus de veterano. «Joseph, cómo puedes ser veterano, eres muy joven», le dije yo. «Del golfo», me dijo él, con una sonrisa que apenas si pasaría de los treinta, blandiendo el garfio fino que tenía por mano. 82. «Mataste gente, Joseph», le preguntó M en cierto momento, y a mí casi me da un ataque de risa, pero me contuve, porque Joseph hizo una pausa enfermizamente ceremoniosa para luego responder: «Nunca maté a

nadie, M, nunca con mis manos», y a renglón seguido se puso a cantar «*I wanna be a simple man* | *I wanna be a simple man*», coro de la canción «Simple Man» de Lynyrd Skynyrd, información esta última que tuve que conseguir muchos meses después, luego de haberme comenzado a despertar en medio de la noche con el coro de la canción punzándome en los oídos y el refulgir del garfio de Joseph acosándome en las sienes. 83. Los estallidos de los juegos pirotécnicos sobre el río Hudson y las luces de colores duraron más de una hora, trepidando como si en serio despidieran el mundo, como si de allí en adelante no hubiera nada más, sólo el vacío de la historia. 84. Nuestro primer despertar del milenio fue desastroso, y lo fue, en parte, porque sucedió en otro lugar, es decir, en un lugar al que nunca supe cómo fuimos a dar. 85. Al parecer, en algún momento del amanecer, buena parte de la fiesta decidió largarse a casa de una portuguesa. 86. Lo anterior me lo contó M desde sus propias dudas, una vez la desperté con pequeños zarandeos y le pedí explicaciones, mientras la miraba de cerca y descubría que había amanecido pareciéndose a una momia, una momia trapecista o una momia contorsionista, en cualquier caso, una momia subnormal, más amarilla que blanca. 87. Renglón seguido a las explicaciones y a los estiramientos de rigor luego de un sueño incómodo, decidimos comenzar a buscar, entre los cuerpos tirados por el piso, una cara que reconociéramos, uno de nuestros hermanos latinoamericanos, una cara con hambre que quisiera salir de ahí para ir a desayunar. 88. No reconocimos a nadie. 89. ¿Qué nos espanta más? ¿Las fosas de antiguos desollados atestadas de huesos, o la suerte de destino troyano que humea junto a estos? 90. Desde el primer momento que vi la foto que cubría la extensión

completa del cuadernillo portada del *New York Times*, sin una sola palabra como titular y con todas las luces de la noche anterior, quise guardarla y llevársela a mi abuelo. Mientras compraba el periódico me imaginé empacando la hoja, teniendo que doblarla con precaución, incluso me llegué a imaginar las explicaciones que tendría que dar frente a los oficiales norteamericanos de inmigración que abrirían mi maleta y encontrarían un souvenir de ese tipo y me preguntarían: «¿Por qué carga usted un periódico de ayer?», a lo que yo respondería que no era, precisamente, un periódico de ayer, y que tampoco era un periódico completo, sólo su portada. 91. Cuando regresamos a casa de Gustavo eran las once de la mañana. 92. No había nadie. 93. M se recostó en un sofá y volvió a dormirse. Yo busqué refugió en nuestro cuarto, esperando cerrar los ojos y no abrirlos en una semana. 94. Luego de un rato todas las luces del universo me perseguían, así que me levanté a dar vueltas por los cuartos de la casa. 95. En esas estaba cuando escuché la puerta y la voz de Gustavo, una voz apacible que le explicaba algo a su mujer y que, no más verme la cara, pronunció como sorprendido: «Parece que estuvo dura la rumba». «Sí, estuvo dura», dije yo. «¿Qué tal la pasaron?», dijo él. «La pasamos muy bien… ustedes ¿qué hicieron?». 96. Gustavo nunca respondió a mi última pregunta, en parte porque justo en ese momento M despertó, en parte porque la pregunta pareció insignificante, en parte porque nos transamos en una conversación que jalaba fuerte para adelante y no daba lugar a lo que iba quedando atrás. Pero sobre todo, me parece, Gustavo nunca me respondió por un asunto que a falta de un mejor termino voy a llamar generacional, es decir, por el emplazamiento de un abismo oscuro entre los dos. 97. ¿Qué hicieron aquellos que

crecieron creyendo en el paraíso latinoamericano y murieron en el infierno latinoamericano? 98. Hay quienes dicen que ser valientes, gritar y aguantar. 99. Yo creo que es cierto.

* «31 de diciembre de 1999» fue publicado con posterioridad en la antología *Sólo cuento III*. Compilador, Luis Felipe Lomeli. México: Dirección de Literatura UNAM, 2011.

Puntos de arena*

La foto de Aurelio Arturo se ve enfermamente natural en blanco y negro, piensa Antonio Juan Galvareza recostado contra unas maderas clavadas en la arena de una aldea desolada, entre padeciendo y disfrutando del sol que se levanta en el mes de marzo en el desierto de Liberia, un sol avasallador, un sol que parece vengándose pero que a Galvareza le recuerda su infancia, lo que es absurdo dado que Galvareza creció en Bogotá, y allí, cuando él era un niño, el sol era escaso; absurdo o no el sol marca las pautas onduladas del horizonte liberiano mientras Galvareza trata de concentrarse en la foto de Aurelio Arturo y en su corbatín y en el ancho bastón que el poeta apoya contra el piso, trata de concentrarse con paciencia y desde la emoción, porque dicha foto pertenece (como muchas otras más) a un libro que Galvareza sostiene en su regazo y que es el tomo octavo de la *Enciclopedia Anecdótico-Biográfica de Traductores Inmortales,* 1895 páginas, una enciclopedia que más de veinte años atrás, en algún paraje del desierto de Chihuahua alrededor de finales de la primera década del siglo veintiuno, Galvareza recuerda haber deseado conseguir con el tesón con el que la juventud persigue sus mitos y su desperdicio, tesón que a lo mejor acompañaba al poeta el día que le tomaron esa foto que él observa ahora y que encuentra natural en exceso, una cara apacible que esconde las marcas del tiempo, una cara entre

contenta y tranquila y en cualquier caso no demasiado ocupada en el hecho de estar siendo retratada, una especie de *cara extemporal*, se le ocurre pensar a Galvareza para sus adentros mientras suda, bebe un poco de agua y levanta sus ojos del libro y de la foto del poeta y los posa en el horizonte liberiano, una línea ondulada inadmisiblemente pulcra, una línea que, cree él, se mueve de tal manera que lo marea y lo agobia y por eso prefiere regresar al libro para toparse de nuevo con los ojos del poeta Arturo, ojos que parecen mirarlo desde cierta oquedad y que a pesar de alterarlo también, no lo alteran tanto como el horizonte liberiano y su imperceptible movimiento que lo expulsa hacia la pequeña ficha biográfica editada al lado de la foto del poeta, una ficha bastante corta, ¡como casi todas las del libro!, descubre Galvareza, quien lleva ya más de dos horas yendo de una página a otra, concentrado en la dispersión, ahora en el relato de la ficha biográfica que cuenta sobre las escasas pero significativas traducciones de la obra de Kavafis realizadas por Arturo hace más de cien años en medio de aquel público sabanero que Galvareza sólo puede imaginar como mojigato y radical, todo lo cual lo hace recapacitar y decir: Vaya par de güevas las de este tipo, una frase que Galvareza masculla conmovido y sospechando, al tiempo, que detrás del acto de traducción de un obra como la de Kavafis se esconde algún tipo de broma indescifrable y emparentada con la operación mental propia de estos *carteros del espíritu humano*, imagen que Galvareza recuerda de manera involuntaria en medio de una cierta incomodidad y que, ahora, una vez se ha detenido a pensar en ella, está seguro que pertenece a algún intelectual que la usó en referencia a los traductores en alguno de los recurrentes esfuerzos

reflexivos por reconocerlos, esfuerzos que por lo general acababan expresando, más bien, la auténtica imposibilidad epistemológica de pensarlos como sus pares, problemas estos que en realidad a Galvareza ya poco le importan, como si lo recorrieran separados por un tenue cristal, un cristal liviano y con seguridad no transparente, el cristal de los dos mundos, pegado a su piel pero con la virtud de impedir que sintiera el caminar y el peso de estas contrariedades que deben tener un nombre, Un nombre por suerte olvidado, se le ocurre recalcar a Galvareza, quien a pesar de llevar más de dos horas leyendo a saltos el alucinante tomo octavo que vino a encontrarse en la aldea ocre en la que se encuentra voluntariamente perdido, aún no logra comprender del todo el criterio de edición de la enciclopedia, porque las entradas no están en lo absoluto organizadas por el apellido de los traductores y ni siquiera en el orden alfabético de las obras traducidas, posibilidad que, imaginada en ese momento, le parece hermosa e incluso sensata, una especie de *queja tipográfica*, aunque más que una queja, una metáfora de la entrega, del servicio de estos desquiciados; y sigue leyendo mientras especula sobre otras cosas y le parece que la idea que acaba de dejar atrás ya no le gusta: ¿entrega?, ¿pero de qué entrega estoy hablando?, piensa mientras en la lectura sus ojos se cruzan con el nombre La Unión, pueblo natal del poeta Arturo, un lugar que se le antoja pronunciar en voz baja, repasando su ficha biográfica y tratando de recordar si alguna vez puso sus pies en La Unión, un municipio húmedo que imagina en las cercanías de algún río al noroeste del departamento de Nariño y que sospecha amenazado por algún volcán infatigable pero que no consigue visualizar, ni en su suelo ni en su cielo, no lo puede visualizar como sí puede hacerlo en

cambio con las letras de molde del tomo enciclopédico que lo jalan sobre otros traductores sobresalientes de Kavafis a decenas de idiomas, nombres y fichas biográficas que sin embargo no lo sorprenden tanto, que le parecen normales, ¡Si es que la ficha de un traductor puede ser normal!, claro, delibera Galvareza hablando con el viento caliente de la atmósfera liberiana, moviendo las páginas del libro a una velocidad insólita entre sus dedos, como si el papel quemara, sin detenerse a rastrear cuál es la siguiente entrada, si la obra de Kawabata o la versión en versos yámbicos de la novela *Eugenio Oneguin* de Pushkin traducida por Nabokov, lo que no tendría el más mínimo sentido o quizá tendría todo el sentido, eso no lo puede saber Galvareza porque no se detiene y tampoco puede saber cómo ha llegado allí o cómo acabarán sus días, ni siquiera cómo es que los libros pueden ser puentes que mientras se escriben se queman; en cualquier caso, ocupado en las fotos, unas fotos de hombres y mujeres de hierro, de gente toda con aspecto de haber nacido en el mismo suelo amarillo, a excepción de sir Richard Francis Burton, quien más bien parece nacido en un suelo carmesí; entregado a ello, la foto de Constance Garnett vuelve a aparecer ante Galvareza luego de haberlo hecho media hora atrás, cuando sus ojos ciegos lo inquirieron hasta la fatiga que pueden producir los ojos ciegos de quien tradujo casi enteras, al idioma que sea, las obras de Chéjov y Dostoievski, así como volúmenes de ensayos de Tolstói; Tolstói, Dostoievski, Chéjov, ¿En qué orden pudo haberlos traducido?, le pregunta Galvareza al cielo liberiano descubriendo que en realidad lo que habría querido preguntar es si se puede volver a pensar en orden cuando se ha traducido más de cien cuentos de Chéjov, preocupado al mismo tiempo por la salud de Garnett y por

saber quién al final de sus días le habrá gustado más, ¿habrá sido Turguéniev?, un Turguéniev demoníaco cuyo solo nombre hace que Galvareza sospeche que en Garnett, en su figura triste, tras sus ojos ciegos aunque no muy lejos de sus cavidades oculares, se esconde la novelista secreta más importante del siglo veinte, la verdadera maldita pagada por cuartilla, lo que es una exageración evidente o una estupidez, piensa Galvareza, relajándose y autocensurándose: ¿en qué estoy pensando?, este sol me está comiendo el coco, y aprovecha para beber agua y tomarse un respiro, una especie de suspiro apenas corto sin tiempo de nada porque las conexiones de la enciclopedia alrededor de la figura de Garnett (aunque no sólo alrededor de ella, siente por momentos Galvareza) siguen avanzando sin tregua por páginas enteras, pasando por los miles de elogios minúsculos a los que sobrevivió y hasta llegar de sopetón y sin mucho sentido al nombre de un tal Christopher Durang, director compulsivo quien en un montaje de lo que él titulara *The Idiots Karamazov* en el colegio de drama de la Universidad de Yale, en 1973, utilizó en su adaptación a la propia Garnett como personaje, interpretada por Meryl Streep en el papel de lo que parece una especie de viejita regañona insensible, una obra que el propio Durang describe como una *licuadora literaria*, eso es, una porquería de licuadora literaria, piensa Galvareza, descubriendo además una profunda aversión por la figura de Durang, a quien busca en alguna fotografía para odiarlo con más rigor y a quien, por supuesto, no encuentra, ¡Porque esta puede ser una enciclopedia sin sentido pero seria!, grita Galvareza, riendo y pensando en los ojos ciegos de Garnett, unos ojos ciegos y dulces, dulces como la miel y pacientes, ¿pacientes como la miel?, Sí, ¡carajo!, como una miel que acaba

desdoblándose en la figura de Consuelo Berges, traductora de Proust y Flaubert al español, una mujer con un rostro duro y seco que Galvareza necesita mirar alejando un poco el libro, en ademán de enfocarla, aunque en realidad Galvareza la tiene bien enfocada y su problema tiene que ver más bien con el sol que hace en ese desierto al que ha ido a parar sin entender por qué, como si estar en Liberia más de veinte años después de haber vivido en el desierto fronterizo de Chihuahua fuera un ciclo que sólo podía venir a cerrarse allí, siete husos horarios más adelante y décadas después; pensar en tales cosas hace que Galvareza cierre el tomo con la certeza, no obstante, de que sólo lo hará durante tres minutos, porque en tres minutos lo tendrá que volver a abrir y se volverá a perder, y mientras tanto, con el tomo cerrado y el sol hirviente cocinándole el cerebro, Galvareza vuelve y lee en la pasta dura clavada en sus manos: *Enciclopedia Anecdótico-Biográfica de Traductores Inmortales*; Editores: Roberto Bolaño y Ricardo Piglia; Barcelona, 2008, y se pregunta: ¿cuántos tomos?, ¿cuántos tomos habrán editado en esa casa editorial que con seguridad se formó de manera exclusiva para llevar a cabo esta empresa y que tal vez por eso, para mantenerse como una casa editorial fantasma, firmó con un sello y no con un nombre, un sello que es una figurita, aunque, ¡Mucho más que una figurita!, le grita Galvareza al viento caliente para luego seguir pensando en los tentáculos rojos que conforman la figurita y que se desparraman en algún tipo de simetría perturbadora recogida sobre sí misma, imagen que, sin una explicación clara, hace que Galvareza se sobresalte y pregunte, esta vez para sus adentros: pero ¿cómo carajos estar seguro de que estos tipos se atuvieron a seguir una numeración tradicional?, ¿quién me asegura que este tomo marcado con un ocho

romano es el tomo octavo y no el único tomo?, nadie, nadie me lo asegura y quizá por eso estoy acá sin saber en dónde estoy, quizá por eso mismo lo que uno sabe lo deja de saber, así nada más, aunque Galvareza se detiene un momento y piensa: no, este no puede ser el único tomo, una enciclopedia así no puede olvidar los nombres y las batallas de Eduardo Lane y Antoine Galland, aunque quizás los nombres y sobre todo las fotos de Lane y Galland sí están en el tomo octavo, junto con la de Borges, posibilidad dudosa, claro, porque Galvareza cree que a pesar de la prisa con que leyó las pasadas dos horas, una foto de Borges con seguridad lo habría detenido, todo lo cual lo lleva a sospechar (o a desear, nadie puede saberlo muy bien) que una vez vuelva a abrir el tomo, la foto del fantasma enterrado en Ginebra va a aparecérsele y entonces él le dirá: Madre, no seas tan dura conmigo, y luego se echará a reír y mientras tanto pensará en las once mesas simultáneas en las que se cuenta que Burton traducía, como el molino imperial que era; Vaya viejos hijos de puta, repite Galvareza citando la entonación de alguien que no recuerda, sin dejar de pensar en los ancianos políglotas y abriendo de nuevo el libro, repasando la foto de Willard Trask (muerto hace años), quien tiene cara de actor de cine de bajo presupuesto; la de John Felstiner (muerto hace años), con su carota de profesor consagrado; la de León Felipe (muerto hace años), delgada y vívida; la de Alfonso Reyes (muerto hace años), serena; la de Khaled Mattawa (muerto hace años), quien aparece al costado izquierdo dentro de un grupo en donde están a su vez los nombres y los rostros de Annie Finch, Pierre Joris y Tony Barnstone, todos bajo una inscripción que indica que la foto fue tomada en una mesa de discusión que tuvo lugar en Chicago, en la primavera del 2004, y en

la que, al parecer, lee Galvareza, las cosas acabaron en lágrimas y gritos, en golpes y denuncias, con aguas arrojadas y orgasmos mentales, anécdota que Galvareza encuentra exagerada e incomprensible, aunque luego le parece que algo así tuvo que haber sido divertido, y sin saber cómo se pone melancólico, una melancolía gratuita causada por lo que Bradbury llamó *la fuerza de lo no vivido*, una melancolía que lo avergüenza y que prefiere dejar ahí para volver al libro y encontrarse con la foto de Alexander Pope (más muerto que todos los anteriores), con la de Stanisław Barańczak (muerto hace años), quien parece todo un crucigrama; con la de san Lucas el evangelista, que no es una foto, claro, sino un retrato hecho con seguridad por alguno de sus enemigos porque el pobre Lucas sale gordo en exceso, aunque no tan gordo como sale en su foto Clayton Eshleman (muerto hace años), con aspecto de sapo recién complacido, piensa Galvareza antes de encontrarse la foto encuadrada de manera inmaculada de Ben Belitt (muerto hace años); la del poeta desterrado y con cara de bonachón, Robert Fitzgerald (muerto hace años); la de Ortega y Gasset (muerto hace años), quien, para ser francos, parece un marciano; la de Jen Hofer, plagada de anillos colgando por toda su hermosa cara; la de Gregory Rabassa (muerto hace años), foto de muchos amigos; la de Suzanne Jill Levine, Pero ¡¿quién carajos es Suzanne Jill Levine?!, le pregunta Galvareza a las ánimas perdidas de la aldea, deteniéndose en su ficha biográfica, descubriendo que ha traducido *Tres tristes tigres*, una novela que Galvareza ni sabiendo cien veces el español y otras cien veces el inglés se le hubiera ocurrido traducir, por lo que sigue leyendo: traductora de Puig y autora del extenso ensayo reflexivo *The Subversive Scribe*, Pero ¿qué mierda quieren decir con the

subversive scribe?, le pregunta Galvareza al mismo viento acartonado de Liberia mientras vuelve sobre la foto de Levine con su peinado horrible y sus brazos cruzados y su sonrisa tranquila, toda una imagen que consigue que a Galvareza le dé por pensar qué habría sido de su vida de haberla conocido algún vez, la habría invitado a salir y, de darse las cosas, desde la primera noche la habría invitado a coger o a culiar con rabia hasta quedar podridos o hasta que el sol saliera, un sol que al amanecer los dejaría coger por un rato más pero no por mucho más, porque para mucho más necesitarían de la sombra que él necesita ahora, sentado en la arena liberiana, tratando de imaginar qué libro de Puig eligió ella traducir o si le alcanzó la vida para traducirlos todos, y excitado frente a estas ideas, sonriente y convencido de que las mejores cogidas de su vida se las ha metido con traductoras de distintos idiomas y de cuanto género existe, ¡porque las traductoras respetan los géneros!, piensa Galvareza, disperso e intuyendo que los días se acaban, que Liberia oscurecerá sin remedio porque nadie viaja con el sol para siempre, Galvareza decide cerrar el libro, y esta vez no sólo lo cierra y lo deja en su regazo sino que lo cierra y lo hace volar hasta que este acaba estrellándose contra la arena hirviente de una Liberia que resuena junto con su carcajada de dicha, ¡Hijo de puta!, dice Galvareza al viento áspero pensando en Bolaño y en la trinca tan bárbara que junto con Piglia organizaron para hacer pasar por muerto al primero y así poder dedicar todo el tiempo que requerían a la edición de semejante trabajito; ahora entiendo, dice Galvareza sin poder evitar un tono de ceremonia; ahora entiendo, dice de nuevo, y ninguna de las dos veces lo hace para el viento, es decir, lo hace para sus adentros al mismo tiempo que imagina la conversación en la que

aquellos dos resolvieron materializar este tributo y en la que tuvieron que solucionar la bobadita práctica de cuál de los dos iba a morir para conseguirlo, y le dan ganas de llorar pero recuerda que está en Liberia y sin comprender cómo tal certeza se lo impide y lo regresa a la sonrisa, a cierta sonrisa vehemente que en silencio pregunta: ¿cuántos traductores, en la ya de por sí irónica historia de la traducción, se han hecho pasar por muertos para ocuparse de lleno en sus labores?; ninguno, claro, calcula rápido Galvareza, porque qué necesidad de morir va a tener quien en vida ya goza de la tranquilidad de la muerte, del silencio y la desatención propia de lo que nunca se ató al encanto de su propia figura, vanidosa y vulgar, arena de poetas desvalidos, hinchados y repletos, ts… Quién iba a decir, modula Galvareza sin acabar de entender cómo es que le salen las palabras de la boca y pensando que tal vez sea esa misma incomprensión la que le impide detenerse y resolver el acertijo del orden de la enciclopedia, un cúmulo de casos probables a pesar de los cuales su boca sigue articulando palabras mientras él bebe más agua y el viento mueve otras latas desperdigadas: Sí, quién iba a creerlo, ¡son los filisteos!, ¡los putos filisteosi, quienes han tenido que venir a salvar el arte dado que en manos de los artistas y de los sensibles está claro que todo iba a sucumbir, a manos de ellos, que es como decir a manos de sus delicados egos, aunque no es lo mismo, porque nada se equipara a la fibra de esos egos, se le ocurre calcular a Galvareza mientras se sacude de la boca el atosigamiento de la arena, ¡Mierda!, arena hasta en el culo debo tener, y atolondrado con el trasegar de su cabeza, dudando incluso de haber nacido y crecido en Bogotá y sin embargo convencido del recuerdo, de la memoria como pulmón y del infierno de las lenguas extranjeras

encabezadas por la lengua madre, Galvareza cierra los ojos, bebe más agua y busca en las tardes entregadas, en las tardes perdidas, en las tardes en las que estuvo a punto de sucumbir, en las tardes en las que sucumbió, en las tardes incipientes que desperdició y que no habría podido soportar de no haber estado traduciendo, busca y no encuentra nada o lo encuentra todo y vuelve y bebe agua y repite: Quizás la literatura no necesite volver a ser escrita, en cambio, irremediablemente tendrá que volver a ser traducida, lo repite una y otra vez porque luego de horas de calor y lectura es lo único que recuerda, ese epígrafe que es la única presentación plasmada en su indefenso tomo octavo o en su probable único tomo, una duda que ya jamás resolveré, descubre Galvareza entre el sopor y la impavidez, en ademán de levantarse para recoger su libro y marchar hacia una sombra acogedora o hacia un camino que me enrumbe al lugar a donde siempre he ido, piensa al final Antonio Juan Galvareza, mientras escupe uno más de los amasijos de arena que la atmósfera hirviente de Liberia ese día se empeña en hacerle tragar.

* Una versión de «Puntos de arena», traducida al inglés por el poeta Javier O. Huerta, fue leída en el panel «Writing across the Americas», Associated Writing Programs Conference, Chicago, 26 de marzo de 2004.

Nadie iba a venir a jodernos pero llegue yo

Para Juan Carlos Rodríguez

El placer de andar colgados de los picos de las botellas nunca representó un problema para nosotros. No hasta aquella noche en la que, dándoselas de intrépidos machitos, mis tres amigos consiguieron que los acompañara a meterse en la iglesia del padre Reinaldo. ¿Cómo sucedió? Supongo que fue una combinación de vainas. La combinación telúrica entre lo que ellos iban a buscar y esa botella del más barato de los vodkas que traíamos con orgullo puesta en nuestro corazón. Digo traíamos porque, a estas alturas, me parece que yo misma y todo mi recato alcanzamos a emocionarnos. El vodka, lo recuerdo muy bien, se llamaba Galeón. Vodka El Galeón, industrias Boyacá.

El despropósito apareció un mediodía de domingo mientras desayunábamos en la cama de Octavio y veíamos dibujitos en el cable. Es triste reconocerlo, es cierto, qué quieren: a veces veíamos dibujitos en el cable. Ese día el guayabo era de vino barato, así que no andábamos reconciliados con el mundo y los comentarios al margen de los dibujitos terminaron por inclinarse hacia un tema en el que Nicolás y Martín pudieron apaciguar el viejo talento infantil que entonces, acercándose a los treinta, les afloraba de nuevo: el

talento para despotricar de todo el mundo. En ese momento de la conversación, lo recuerdo muy bien, Octavio había bajado a la ciclovía a comprar jugos de naranja.

—Por ahí me enteré que la furcia de Gloria anda diciendo que me la comí —dijo Nicolás, ofendido.

—Espero que sea verdad —le respondió Martín, entre interesado y descuidado. Yo no dije nada.

—¿Por qué pudo haber dicho algo así? —insistió Nicolás.

—Espero que sea verdad —repitió Martín, más interesado en los dibujitos que en cualquier otra cosa.

—Yo creo que esa mujer planea hacerme algo. Con este puto guayabo no puedo pensar.

A veces me sentía privilegiada por tener acceso a este infame mundo varonil. También me cansaba. Los burros y los hombres, los hombres solteros acercándose a los treinta años, suelen ser monotemáticos. En cualquier caso, como gesto de generosidad y para contribuir a la imagen que Nicolás quería fabricar de Gloria, una puta mentirosa que no me caía nada bien, comenté haciéndome la distraída lo último que sabía de ella: quería ser Pop Star y se había presentado al reality que por entonces se encargaba de hacerles el sueñito realidad.

—¡No jodás! —saltó Martín, desde cierto tono enjuiciador—. ¡¿En serio compró formulario para Pop Stars?! Cada cosa que hay que ver. A esa muchachita ni los años han podido desarrollarle un sentido mínimo del ridículo.

El comentario nos hizo carcajear de puro desparche. Luego vino el silencio, y junto con él, calculo ahora, uno de esos espacios donde el aire se tuerce y las cosas comienzan a ocurrir.

—Mierda, deberíamos escribir un programa para la televisión que se llame Porno Stars —dijo Nicolás—. Y en vez de enfocarlo hacia el futuro, que el nuestro mire hacia atrás. Rescatar a las clásicas de la ciudad; las que ahora estén bien viejas. Rescatar a las que le dieron vida a Esmeralda Pussycat y muerte a El Dorado. Y a algunas del rotatorio de la 17. ¿Cómo se llamaba ese teatro...? ¿Se acuerda Martín que ahí vimos por primera vez a Traci Lords? Mierda, sí, ¿cómo se llamaba ese teatro?

Rojo Deep, les recordé, con la esperanza de que eso bastaría para sacarlos del video en el que se estaban pese a mi esfuerzo montando. No tuve éxito. Sus caras repletas de emoción no pudieron desprenderse del recuerdo de sus visitas al Deep, cuando eran adolescentes. Se acordaron, por ejemplo, y desaprobador, de cómo aprovechaban las bolsitas de papel marrón en las que les vendían las galletas o las medias de aguardiente, para correrse dentro de ellas, los muy limpios.

—¡Eso!, Rojo Deep. Las entrevistamos a ellas y a sus familias. Les hacemos un homenaje y lo llamamos Porno Stars. —No parecía poder parar—. Hacemos un contraste con la sim montando. No tuve éxito. Sus caras repletas de emoción no pudieron desprenderse del recuerdo de sus visitas al Deep, cuando eran adolescentes. Se acordaron, por ejemplo, ypleza y poca calidad del porno de hoy en día, con música de fondo que puede ser algo como *Straight to the Top* o el tango ese famoso de Enrique Santos, ¿cómo se llama…? Ese que dice: Sola, fane y descangayada / la vi esta madrugada / salir de un cabaret…

—«Esta noche me emborracho» —dijo Martín.

—Fresco, hermano, luego vemos… ¿Cómo se llama ese tango? —insistió Nicolás.

—Así, marica: «Esta noche me emborracho».

—Ah, pues eso. Un programa así lo comprarían seguro.

Burlándose de Nicolás y de sus ocurrencias, y al tiempo envidioso por no haber tenido aquella idea, Martín trató de hacer su propio aporte. Habló de un set con sillas inmensas de terciopelo blanco adornado con cuadros de un pintor californiano que nadie conocía y que, según él, con colores desbordados y chillantes, trabajaba sobre la necesidad en la pareja contemporánea de tener una referencia visual que montando. No tuve éxito. Sus caras repletas de emoción no pudieron desprenderse del recuerdo de sus visitas al Deep, cuando eran adolescentes. Se acordaron, por ejemplo, ydesinhibiera su instinto sexual, permitiéndoles explorar, así, el fondo de sus posibilidades eróticas.

—No sea marica, Martín, ponemos un par de afiches y ya —dijo Nicolás, desperezándose y haciéndose el relajado, en realidad competitivo, preparando cuerpo y alma para entrar de cabeza y sin retorno en los detalles de ese programa de televisión que le estallaba por dentro.

Las horas acumuladas de amistad me habían enseñado el único camino posible para acabar con tales ocurrencias: na idea pulie en el fascinante mundo de Arthur Schopenhauer con El arte de tener razón, una obra maestra que te enseñará a perfeccionar tus habilidades argumentativas y a ganar debates como nunda de su chispa, podrían descansar y dejarla en paz. Estallar, elaborar y callar. Así había sido siempre. Entonces pregunté:

—¿Y quién sería el entrevistador?

—¡Tendría que ser el padre Reinaldo! —dijo en seguida Nicolás, como asombrado ante su ocurrencia y entendiendo que sólo era cuestión de instantes para que los tres nos cagáramos de la risa.

Párroco de la iglesia de Lourdes, el padre Reinaldo era una especie de mito urbano de los que construyen los viejos barrios de esta ciudad para soportar el clima indeciso y la desocupación. Había mucha historia en torno a su persona, pero a las joyas de mis amigos ninguna había interesado tanto como aquella que decía que el padre tenía una edición personalizada de su libro de oficio en donde, para ponerlo sencillo, intercalaba cada página del texto sagrado con fotos de las antiguas glorias del porno bogotano y quizás hasta internacional.

—¿Ustedes de verdad creen semejantes pendejadas sobre el cura ese? —preguntó Martín, con el final de las risas.

—¿Por qué no? —dijo Nicolás—. Si yo fuera cura me encantaría tener un libro así.

—Sí, claro... Pero me refiero a si de verdad les parece verosímil que el tipo haga todas estas faenas de la misa mientras observa a quién sabe qué diablas en quién sabe qué posiciones. Quiero decir, es demasiado hermoso para ser verdad... ¿Se dan cuenta? Si están ahí, en su libro, en las páginas, es como si se tratara de su misticismo sacramental o qué sé yo.

—Mierda, no lo había pensado así —contestó Nicolás, asumiendo tono de teólogo.

—No sean pendejos —intervino Octavio, quien a pesar de acabar de llegar con los jugos de naranja se enteraba muy bien de la discusión—. La misa la dará con su misal. Su famosa Biblia personalizada la esconderá en algún lado.

Y así llegó el pedazo de ocurrencia, con la pregunta ingenua que el juego acostumbrado de seguirles la corriente me obligaba a hacer. Luego ellos no pararían de llamar a tal ocurrencia «estética» —¡ocurrencia delincuencial estética!, una vaina así decían—, como si con eso le dieran una patada al mundo y lo invirtieran.

* * *

Con algo es y venires (ollas, vasos, ensaladeras, recipientes plásticos para conservar comida), y en un esfuerzo pode desconfianza, y luego del aire de meditación en que los dejó mi pregunta desafortunada, decidí marcharme. Había recogido ya las pertenencias que ellos solían sacar de mi casa durante cada mes de irr poner algo de orden me preparaba para pasar el resto del día en compañía de guantes de oficio y líquidos de limpieza. Neurosis del último domingo del mes. Recuerdo haberme ido caminando porque el sol era acogedor, y porque mi casa, en ese entonces, quedaba a unas cuadras de la de ellos.

En una esquina del trayecto me crucé con un vendedor ambulante de discurso grandilocuente y cantadito. Ofrecía un ungüento que le había sido revelado en las inmediaciones de la Amazonía. Según la comunica no erción precisa de los dioses huitotos, el ungüento estaba llamado a terminar para siempre con el estreñimiento terrícola. Me reí para mis adentros, por supuesto, pero también se me ocurrió pensar, en un gesto no exento de tristeza, que nuestras vidas como aspirantes a artistasan muy diferentes. Creíamos sacarnos algo de bien adentro y tratábamos de venderlo. Venderlo como si fuera importante para los demás, gritando.

En aquella época Martín y Nicolás tenían tres oficinas. Ninguna con los servicios completos ni de más de cuatro por cuatro. En sus propias y desquiciadas palabras, apelaban al sagrado recurso de la variedad. En caso de tiempos difíciles, un escondite hacía la diferencia, decían, mientras Octavio y yo nos mirábamos y entendíamos que se trataba de algo más. Ambos se dedicaban a cualquier vaina que implicara la nada común combinación entre lenguaje y dinero. Publicidad, cortometrajes, guiones para directores menores y pilotos de rancias novelas. Iban y venían, robándole horas a la vida para sus propios proyectos, y entre una estación de lluvia y la otra, sin entender jamás cómo lo lograban, sacaban adelante los gastos de cada mes.

Octavio era bajista en la mitad de las bandas de salsa y jazz de restaurante de la ciudad. En la otra mitad, era mi impresión, hacía de guitarrista. No exagero. Seguía las líneas que fueran necesarias para cuadrarse los buenos pesos y continuar adelante con sus composiciones de música electrónica. Sobre ese género yo sabía dos cosas: podía ser costoso y Octavio daba la vida por él.

Yo me dedicaba a la escultura y había sido novia de dos de los tres en diferentes épocas a pesar de esta corta vida. Semejante condición, más fruto del azar que de algo significativo, me producía cierto orgullo e incluso llegué a aprovecharme de ella porque jugaba con la pequeña envidia que despertaba en sus amigas. Yo era quizás la única —aparte de las escuálidas sin gracia— a la que esos desgraciados no se acercaban ya con sus despiadadas intenciones sexuales. Eso me hacía su amiga cabal y me liberaba del sobresalto que a otras no dejaba de inquietar: el sobresalto de la posibilidad; la secreta paciencia del *a lo mejor un día*. Un día que no llegaba

porque los tres parecían demasiado ocupados en las presencias femeninas como para tomarlas en serio.

Ese domingo, parada escuchando el discurso alucinado del hombre del ungüento, recordé una de las tantas madrugadas de viernes en las que los tres llegaron a mi casa. Ya la forma de timbrar me advirtió que eran ellos. Trabajaba con urgencia en unas piezas para una exposición que iba a tener en pocos días, y me emputé porque sospeché que venían puestos y me darían lata sin parar, los muy desconsiderados.

Tamaña sorpresa. Estaban sobrios y no hacían escándalo. Parecían tranquilos, ni siquiera aburridos o tristes. Pregunté con insistencia si pasaba algo. Nunca parecieron percatarse de mi extrañeza. Pasaron e hicieron café. Me traían aguacates —me encantan, puedo devorar cinco de una sentada— y pan para el desayuno. Hablaron un rato de política y de fútbol. Me abrazaron y trataron de meterme en mi taller, no querían molestar, decían, se sentirían más cómodos si continuaba trabajando y no me interrumpían. Yo no lo podía creer. Había dejado de verlos dos semanas y parecían venir del planeta del buen comportamiento. Recuerdo que me asusté. Me entró el temor de que algo hubiera sucedido. Algo grave. Sólo era cuestión de que encontraran el momento y la noticia acabaría conmigo. Pensé incluso en mi familia. ¿Los imbéciles seguían considerándome tan débil que habían mandado a estos tres inútiles para que aplacaran algo? ¿Acaso no los conocían? ¿Qué podían aplacar ellos? Estuve a punto de llamar. Me contuvo la indiferencia que seguían manteniendo hacia mí.

Media hora después se fueron. Para mi tranquilidad no lavaron los pocillos. Once horas después de haberlos acompañado a la salida mi

obra estaba acabada en sus trazos fundamentales. Los volúmenes eran admirables. Cada detalle estaba en el lugar que había deseado por años. No recordaba ni siquiera el esfuerzo de concentración.

El hombre del ungüento recogió su alfombra y sus menjurjes y siguió su camino. Yo el mío.

* * *

El viernes siguiente me dirigí a su casa. Habíamos quedado en hacer algo.

Cuando llegué los encontré algo más eufóricos que de costumbre. Me explicaron —en su estilo: mucha elocuencia, poca claridad— que Nicolás había conseguido un empresario interesado en financiar buena parte de la producción en la que estaba trabajando, un documental sobre las iglesias La Santa Veracruz y La Teresa Franciscana, ambas sobre la calle 16 a la altura de la séptima. Dos iglesias separadas por menos de cuatro metros peleándose por los mismos fieles impíos desde hace siglos. La noticia los tenía felices. Martín debía ponerse a terminar el guion.

—Este hoy se queda en casa —dijo Nicolás, mientras alcanzó tres vasos con algún tipo de alcohol y dejó a Martín con el brazo a medio estirar.

—¡Pirobo!, tráigame un trago, quiero celebrar. ¿Por qué me hace esto?

—Ya voy, loco, no me cabían cuatro vasos en la mano —se disculpó Nicolás—. Aunque usted sabe que debería ponerse a trabajar.

Un sentido tal de responsabilidad sólo afloraba en Nicolás cuando la acción no tenía que ver con él, y como Martín lo sabía y le ofendía, aulló en el tono que a los desconocidos tanto desconcertaba.

—¡Malparido caradura! ¿Cómo se atreve a insinuarme lo que debo hacer luego de lo que pasó esta mañana? ¿Has oído, Lili?, si será descarado este hijueputa... ¡Octavio, cuéntele a Liliana por favor! —protestó Martín.

Octavio me explicó, mientras buscaba sus llaves porque salía a traer del sótano no sé qué cosas, cómo esa mañana Martín y él habían tenido que efectuar un operativo de salubridad en el cuarto de Nicolás, operativo que había consistido en sacar de la casa el olor apestoso que una toalla estaba propagando. La toalla había sido encontrada debajo de la cama de Nicolás, comprimida, olvidada húmeda hacía quién sabe cuántas semanas, colonizada por microorganismos, un maldito riesgo biológico.

Nicolás reconoció que no era el mejor compañero de casa. Luego peroró para acabar diciendo lo mismo: tal vez ni hoy ni en el fin de semana, pero igual pronto, Martín iba a tener que sentarse a trabajar.

—Tome su trago. —Nicolás peroró mientras fue a la cocina. De regreso le entregó a Martín el trago que hacía falta.

Octavio volvió del sótano y nos largamos en busca de la noche. Íbamos graves de inmensa alegría. Saltábamos bancas, pateábamos latas, reíamos con estridencia.

En la puerta del bar se me torció la barriga. Estaba merodeando el Chulo, un tipo con el que nunca en mi vida había hablado. Del Chulo sabía dos cosas: era uno de los seudodelincuentes del barrio —la

noción *seudodelincuente de barrio* es difícil de explicar—, y una de esas extrañas amistades que estos tipos cultivaban con esmero. Se acercaron a saludarlo mientras yo le compré unos cigarrillos a la doña que siempre se parqueaba a unos metros de la puerta del bar. De lejos noté cómo trataban de convencerlo para que entrara con nosotros. Él les explicó algo, hizo unas señas y desapareció. No tenía por qué haberme asustado o sospechado algo. Al Chulo, como a tantas otras pintas que rellenan la densidad de la atmósfera del Chapinero que existe de la Caracas para abajo, lo veía y lo dejaba de ver como a la plata misma. Me distraje abriendo el paquete de Royal.

Dentro del bar el calor era delicioso. Saludé a un montón de gente y por un momento se me ocurrió que la vida tenía algún sentido —esto también es difícil de explicar, aunque creo que tiene que ver con el volumen—. La noticia del proyecto de Nicolás se propagaba y los abrazos y los brindis de buena suerte iban y venían. Nadie se quedaba en un lugar más de tres frases. Por todas las cabezas parecían rodar los deseos y las estrategias espontáneas para quedarse con algo del sexo que esa noche tuviera por ofrecer. Éramos almas contentas. En un momento dado, Nicolás, Martín y yo salimos al parque de la Universidad de La Salle y prendimos un bareto. No es que no pudiéramos hacerlo en el bar; era que ese frío de la noche, ese rato de silencio, ese pequeño descenso que marcábamos con nuestro acto, era una de nuestras adicciones.

Cuando volvimos, Octavio se había largado. Una nena con la que él había estado conversando explicó algo y dijo que no nos preocupáramos, ya venía.

Fui al baño y cuando regresé me acerqué a un grupo de gente en donde estaba Martín. Habían dejado de bailar y se alejaban de la pista, entrando en una conversación que parecía apasionada.

—Si el porno de esta ciudad fuera decente, una actriz pésima como la Baja Britney estaría modelando para una revista de adolescentes, no de estrella en el cartel principal de Dislovery —decía Martín.

—Martín, ¿de qué está hablando? El porno por definición no es decente —le respondía un amigo de alguien que conocíamos y que en ese momento no recordé quién era, sin sospechar, el pobre, en lo que se metía.

—¿Cómo es su nombre, joven? —volteó a mirarlo Martín, dándole espacio, como diciéndole, oye, tú, muchachito, ¿quieres venir a conversar?

—Iván, loco... Nos conocimos en una fiesta en la casa de María, su vecina en Lourdes —tuvo a bien aclarar el pobre ingenuo.

Martín, por supuesto, había visto a Iván en varios parches. Nicolás se acercó en ese momento. Yo pensé en decir algo. La verdad no hacía falta atizar el fuego. Entre ellos dos, y algunos otros que se hicieron alrededor y que iban y venían como electrocutados por la discusión, construyeron una especie de escena socrática infernal: diez minutos después tenían al «insensible» de Iván arrepintiéndose de sus observaciones sobre la vulgaridad del porno. Porque decencia y buenas costumbres eran para él sinónimos, y vulgaridad, entonces, el antónimo y sustantivo propio de lo obsceno. Te confundiste creyendo que mirabas moral, le decían. Incluso lo hicieron jurar que no volvería a las salas del centro hasta no recibir la instrucción adecuada, es decir, hasta que no supiera quién era Rocco Siffredi o

entendiera que Larry Flynt era algo más que un paralítico con un magazín. El arte del porno mueve el treinta y cinco por ciento del dinero de la industria cinematográfica, eso tienes que saberlo. Cosas de este estilo alcancé a escuchar, en medio del asombro y del esfuerzo que hacía por no reírme.

—La próxima vez que se refiera al género de las actrices que mejor saben fingir desnudas, que incluso ahí conservan la máscara, por favor hágalo con más cuidado —redondeó Martín.

—¿Quiere saber, esta misma noche, lo que es el porno?, ¿eh?, ¿quiere? Yo le digo cómo. En serio, yo le digo cómo —terminó Nicolás, encima de Iván, echándole su aliento curtido.

No cualquiera se adapta con facilidad al tono intenso de estos sujetos, así que comprendí y lamenté el momento en el que el pobre y pinta de Iván apeló a algún recurso de evasión y desapareció hacia otro costado del bar.

Luego de eso, me parece, comenzó el final de la noche.

Acababa de subirse a la consola un nuevo DJ. Duró apenas una hora. El tipo era buenísimo. Los bajos, las pausas, los ritmos energéticos. Bebimos y sudamos. Saltamos. Escuchamos como esperando a que, en un compás de esos, el corazón nos reventara. Y entonces, en pleno embale, con la química cumpliendo e impidiendo que sonara a estupidez, Nicolás soltó lo que debía llevar preparando la semana entera:

—Oe —dijo—: ¿le hacemos a la vuelta en la iglesia?

Yo entendí, por sus ojos y por la emoción con que detuvo su cuerpo, que la Biblia del padre Reinaldo había sido la obsesión de su semana. Y siempre lo supo. Desde que salimos de su casa; desde que entramos en el bar; desde que sacaron corriendo a Iván; desde

el momento en que hice la pegunta una semana atrás. Nicolás siempre lo supo, y quizá Martín también. Esa noche íbamos a meternos en la iglesia del padre Reinaldo.

* * *

—Estás borracho, cariño —atiné a decir, guiada más por el rol de la sensatez que me cabía en el equilibrio de nuestra amistad que por la conciencia que tuviera del delito en el que aquellos malnacidos querían meterme. Claro, mis palabras sólo avivaron la llama ardiente.

—¿Y qué con que estemos borrachos? ¿Le quita eso sentido al acto estético que propone acá el colega Licoras? —terció Martín.

—Supongo que no, pero dificulta el proceso práctico de no hacer ruido, no reírse y no irse de narices cuando estén descolgándose por alguna ventana. ¿O cómo piensan meterse…? ¿Pidiéndole las llaves al padre y explicándole la curiosidad estética que los guía? —pregunté, agarrándome de no sé qué esperanza y con la repentina cara del Chulo apareciendo y desapareciendo como el dolor de un dedo machucado.

—Justamente, corazón. Esta semana estuve estudiando el asunto. Descubrí, por ejemplo, que las iglesias no tienen ventanas —dijo Nicolás.

—Debe tener que ver con la pretensión de no dejar escapar las almas que entran por la puerta... Bueno, no me miren mal, debe haber una razón, ¿no? —se defendió Martín.

Hablaban haciendo un esfuerzo por no gritar y gritando, tratando de escapar del volumen de la música en el bar.

Nunca nos caracterizó un agudo sentido de la sensatez, es cierto. Esta conversación, sin embargo, en aquel momento, me pareció propia de imbéciles y desocupados. Me tranquilicé y traté de echarle la culpa a nuestra edad. Ya saben: las preguntas estúpidas al acercarse a los treinta; a lo que se entiende como plena madurez y hasta se siente vejez, que no está ahí mas comienza a acosar. Huyendo del parir y criar. Y a lo mejor deseando que llegara pronto. Aplazando con rabia, tal vez con el corazón empequeñecido. Sabiendo muy poco.

Buscando ese pretexto que nos salvara me encontré en el frío de la noche, enrumbada ya hacia la iglesia, bajando por calles oscuras que en aquel entonces podía recorrer con los ojos cerrados y silbando. Sin derecho a réplica, y con una creciente rabia que me subía por el esqueleto, descubrí que venía con nosotros otra más de sus obsesiones pasajeras: la botella de vodka El Galeón. Y claro, gracias a la logística ejecutada nada más y nada menos que por Octavio, el Chulo venía también.

Del responsable directo de la elección del Chulo nunca quise enterarme. La culpa de aquel vodka espantoso la tenía Martín. Meses atrás había construido un discurso dramático alrededor de aquella marca, y mientras no apareciera uno mejor, o en su defecto una marca más dramática, estábamos condenados, junto con nuestros hígados, al mal gusto y la solidaridad. Decía que la imagen de un trago que se llamaba El Galeón le recordaba su más «terrible pesadilla». Estar acostado frente al mar y sufrir la insolencia de un niño que pasaba corriendo y le echaba arena hirviendo en los ojos, justo en el momento en que él los estaba abriendo porque oía el ruido de alguien corriendo en su dirección. Decía que había

aparecido en su vida, en el mostrador de la cigarrería de la esquina, para descubrirle el camino. Para limpiarlo por dentro. No como purgación porque él no tenía nada malo que sacarse; más bien como catarsis estética, más bien como desenlace. Imagínense, una mierda así decía.

Parados a unos cincuenta metros de la iglesia descubrí que no había remedio y que no iban a dejar que me abriera. Cogí entonces la botella y le entré al pico, una vez más, con decisión.

* * *

Al Chulo y a su kit de aparaticos no les tomó más de cinco minutos ponernos adentro de la iglesia. Recuerdo que durante el proceso hizo algún chiste sobre sus aptitudes como cerrajero o sobre el bajo riesgo que ofrecía, y aquello me produjo una rabia paranoica que por fortuna detuvo la risa que también me atacaba. Estaba muy nerviosa.

—Hasta acá los acompaño, mis amigos. Tengan mi linterna.

¡¿Cómo?!, pensé, ¿el maldito experto nos va a dejar a la primera lección? Alegué algo. Mi alteración contrastaba de manera ridícula con la maldita calma de ellos tres.

—Mi reina, yo soy un buen cristiano... ¿Cómo se le ocurre que voy a meterme en un templo? Un lance de estos sólo se lo imaginan sus compadritos, que están bieeennn tocaditos —y con esa forma de dilatar palabras yo me iba crispando.

Dijo también que nada se le había perdido ahí adentro y otra serie de proverbios que bien pudieron salir de boca de mi abuela. Entonces se largó. Saldando, claro, la cuenta.

—Llaverías, luego de esto nada de seguir sacándome en cara el favorcito.

Mierda. Aparte de todo, la vuelta les salía gratis.

* * *

Ninguno de nosotros entraba a una iglesia hacía más de quince años. Octavio había estado de vacaciones en Italia y había visitado el Vaticano. Eso no cuenta, es turismo, pensé mientras nos metíamos dando pasos ligeros como queriendo flotar.

Con lentitud neurótica nos dirigimos al altar principal. Ellos iban adelante. Yo veía sus espaldas juntas. Giraban y me miraban. Veía sus ojos brillantes, descolocados. Recuerdo caminar borracha por el corredor de la nave principal. Tambaleábamos. Sin embargo, ahí adentro, ellos se comportaron con cordura. No hubo escándalo. Sabían lo que buscaban y gracias a la comilona de postres —en el café de Doña Petrona, me enteré luego— con que transaron a Carlitos el monaguillo, sabían incluso en dónde encontrarlo. Fuimos de una a la tabla del piso señalada en el cuarto detrás de la parafernalia de vírgenes y santos; el espacio trasero ese donde los padres preparan la misa o donde, en las películas, los matan.

Sacaron el libro de una cantidad de fundas violeta en las que estaba envuelto y lo llevaron con cuidado hasta un atril desocupado que encontraron a un costado. Lo abrieron con devoción. No dijeron nada por un rato. Se limitaron a pasar las hojas apenas tocándolas, a sorprenderse en un silencio respetuoso, a adoptar la rigidez ridícula de los momentos especiales.

Después de un rato protesté y pedí que me dejaran ver. Mis conocimientos del porno eran limitados; no como para no entender lo que me pusieron al frente.

—Mire, Martín: la foto de Linda Lovelace con el bikini este famoso. ¿Se acuerda quién proclamó haber perdido la cabeza por culpa de esta foto? —comentó Nicolás.

—Sí, claro que me acuerdo. Ay… A mí también me deja en la mala.

—No, usted no perdería la cabeza por una foto de estas... Usted es poco fetichista. Sólo la perdería si hablamos de la mujer misma —terció Octavio.

—Es cierto, hermano. Usted es cochino, pero centrado, al fin y al cabo —dijo Nicolás, abrazando a Octavio y sonriéndole de perfil a Martín.

Hablaron de cien cosas más. Evocaron libros, películas, tardes de su vida. Nadie pensaría que estaban cometiendo un delito. A mí apenas si me dirigían una que otra explicación educativa. Recuerdo que traté de presionar para regresarlos a la sensatez. Todo fue en vano.

Luego de un rato acabaron por darle el galardón de mejor foto —¡por unanimidad!, decían— a una que llamaron histórica: Amber Lynn, con unas piernas maquilladas como jamás imaginé pudiera hacerse, y estirándose como sólo a una gata la naturaleza le ha concedido, desanudaba el vestido de baño de otra modelo con los dedos de sus pies.

Hubo un juego de cinco fotos que me impresionó. Eran ángulos diferentes de una misma escena. Fotos en blanco y negro donde el encuadre sólo captaba una boca hermosa a medio abrir pintada con intensidad y la punta de un pene brillante y duro. No se tocaban. Se

acercaban. Estaban repartidas en el libro cubriendo diferentes pasajes del Génesis.

Su conversación dilatada llegó al fin a una especie de conclusión necesaria: la selección era impresionante, lejos incluso del rescate del color local que habían supuesto. Se trataba de un recuento que iba desde lo mejor de la pre-golden age, pasando por los grandes clásicos de finales de los setenta y principios de los ochenta, hasta llegar al encuadre de las divas de la era del video. Brutal, dijeron, poniéndolo en palabras de un tal J. C., a quien le decían maestro y quien, todo indicaba, los había abierto al porno sin imaginar jamás, eso sí, que con ello les abría también la nueva visión de la iglesia que desde entonces iban a tener.

Regresaron la joya a su hueco en el piso y procuraron dejar todo en el mismo sitio. Se trataba de confirmar el chisme, de nada más.

Minutos después salimos de ahí. Ellos iban abrazados y vociferando. Por un momento tuve la sensación de que todo aquello era ridículo. Luego volví a sentirme ebria. Incluso, antes de salir del santuario, recorriendo de nuevo aquel largo corredor por el que suelen atravesar las novias, me eché otro trago.

* * *

Ya en la calle, y quizás porque me hacían saltar de la dicha que decían sentir luego de su cruzada porno-graficadora —¡esa era la palabra que usaban—, vino el malestar. Comenzó sin hacer bulla, como todo lo que trae cola grande. Sentémonos a tomar aire; respiremos profundo; vamos y comemos algo, fueron las

consideraciones iniciales. Luego de un rato sólo pensábamos en salvar la vida, en tomar un taxi, en llegar a un hospital.

A unas cuadras de la iglesia la primera en vomitar fui yo. Luego ellos tres casi en simultáneo. Primero cada uno buscaba su rincón. Luego la desesperación venció al pudor y tratándonos de ayudar mutuamente terminamos vomitando juntos, literal, sin ningún asco.

No podíamos parar. En medio de los enviones del estómago alguien trató de culpar al padre y a su Biblia, pero claro, eso sólo nos produjo risa. Nicolás insinuó la posibilidad de defendernos contando el chisme en caso de que alguien viniera a jodernos, y entendimos, con la siguiente arremetida, que no iba a ser así: nadie iba a venir a jodernos; y sobre todo, la historia del padre no nos interesaba como arma para protegernos.

Vomitamos hasta que nos alcanzó un dolor recio en la garganta. Como si nos hubiéramos sacado un dragón en llamas que ningún daño nos hacía adentro, un animalejo que con su calor nos quemaba pero que igual sólo queríamos tragárnoslo de nuevo. En las pausas que nos permitía el cuerpo varios temas se cruzaron. Hablábamos y vomitábamos, y cada vez nos hacíamos más livianos.

El cuarto oscuro de Natalia*

Un día cualquiera llegué a la casa en la que vivía con su padre. Me agarró de la mano y me contó que pensaba hacer un cuarto oscuro.

—¿Para qué? —le pregunté, con todos mis dieciséis años por delante.

—¿Para qué son los cuartos oscuros?, bobo.

—Qué bien, te vas a tomar en serio la fotografía.

—Te voy a tomar en serio a ti.

Una semana más tarde, no bien entré y sin dejar siquiera que me descolgara la maleta, su mano me llevó directo al cuarto oscuro.

—¿Te gusta?

—Supongo que sí.

—Me falta conseguir recipientes para los químicos. ¿Me acompañas a comprarlos?

—¿Y los ejercicios de física?

—Que se jodan los ejercicios de física.

Acabado el cuarto lo inauguramos haciendo el amor. Fue quizás la tercera vez que sucedía entre los dos.

—Estoy enamorado de tu cuarto oscuro —le dije, como sólo los dieciséis años pueden hacerlo.

—No seas bobo, por favor —me respondió.

Después del cuarto oscuro todos eran lugares comunes. Tinas, cines, parques, murallas, camas; las camas de nuestros padres; la

cama de algún amigo.

—Primero nada. Y después, si ha de llegar, está el amor —citaba yo a veces.

—¿Qué te pasa? —respondía ella.

Un día se me paró al frente. Yo me dirigía, no sé por qué, a su cuarto oscuro.

—¿Para dónde crees que vas?

—A tu cuarto oscuro.

—¿Qué quieres de ahí?

—No sé, ¿tal vez a vos?

—i¿Estás loco?! ¿No ves que mi papá está?

La verdad era que lo habíamos hecho varias veces con su papá en la casa. De hecho, siempre pensé que esa era la idea precisa de aquel cuarto bendito. Y así se lo hice saber.

—Grosero —me dijo, bien cerca de mi cara.

Semanas más tarde fuimos a un concierto. Cuando salimos era visible el estado de conmoción en el que nos había dejado. Ya en la calle, en medio de la gente, ella resolvió preguntarme qué iba a hacer con mi vida.

—¿Cómo así?

—Sí, qué quieres hacer, a qué te vas a dedicar. Yo voy a ser fotógrafa.

—Mmm… no sé —dije.

—¿Cómo que no sabes? Algo tienes que hacer, ¿no?

—Supongo que sí, pero creo que aún no lo sé.

Ambos guardamos silencio. Lo aproveché para repasar los caminos en los que entonces se dividían mis deseos: leía o dea Pessoa, estudiaba algo de solfeo y armonía y trataba de entender, con

Vargas Llosa (¡mucho tiempo después sin él!), a qué hora se jodió mi país. No estaba segur querer ir a la universidad. Incluso había tratado de redactar varias apologías del autodidactismo, todas dirigidas a mi padre, su rival inmediato, porque en ese entonces no conocía aún la existencia de los otros rivales.

—Tal vez no haga nada —dije luego de un rato.

Como no podía ser de otra forma, el cuarto oscuro acabó convertido en sala de revelado. Se revelaban fotografías en blanco y negro para cursos que ella tomaba, fotografías de su familia, de sus amigos, de todo aquel que contribuyera a mantenerlo. Acabaron revelándose secretos, intrigas, trampas y, por último, la mismísima y desnuda naturaleza humana.

—¡Qué significa esto, Natalia! —gritó su padre, ante la visión de su propia hija empelota.

A mí se me ocurrió señalar que no era lo que parecía, que podía explicarlo, porque eran líneas que siempre había querido decir y que requerían del tipo de interlocutor capaz de preguntar de la forma en la que el papá de Natalia acababa de hacerlo. Opté por quedarme callado.

—Mierda, ahora sí la cagamos.

—Sí, Natalia, ahora sí que la cagamos.

Luego de aquel incidente no volvimos a usar el cuarto de fotografía juntos. Buscamos otras alternativas para nuestros encuentros, aunque estos comenzaran a espaciarse en el tiempo.

—Yo creo que tú ya no me quieres tanto —le dije un día.

—No digas güevonadas, por favor.

—¿Por qué entonces cada vez lo hacemos menos? —me aventuré.

—Porque cada vez lo hacemos mejor.

Al día siguiente, con una urgencia que mi madre no desaprovechó para descalificar de infantil, compré el instrumento que había venido estudiando, gastándome hastaamino. No erana muchos, encontrar paz y propósito en el mundo moderno parece una utopía. Las técnicas de desarrollo personal actuales, aunque populares, a menudo se quedan cortas cuando se trata de cambios reales y duraderos. El estrés, la ansiedad, la sensación de vacío muchas las opciones para impresionarla, por lo que desde el primer ensayo fui tajante con mis colegas de banda:

—Bueno, mis perros, a trabajar porque en dos meses vamos a hacer nuestro primer concierto.

Aquellos compañeros,a muchos, encontrar paz y propósito en el mundo moderno parece una utopía. Las técnicas de desarrollo personal actuales, aunque populares, a menudo se quedan cortas cuando se trata de cambios reales y duraderos. El estrés, la ansiedad, la sensación de vacío músicos en prospecto también, pero bastante más serios que yo, no estuvieron de acuerdo:

—Paila, man. A trabajar, sí; de toques nada antes de un año.

Ensayábamos cuatro tardes a la semana. La mayoría del tiempo nos divertíamos. También podíamos llegar a acabar exhaustos. A Natalia la seguí viendo por ahí, porque la vida es un corral pequeño. Cada vez eran menos los caracteres usados en nuestra comunicación.

—¿Y qué has estado haciendo?

—No mucho, ¿y vos?

—Me contaron que tienes una banda.

—Sí.

—¿Cuándo tocan?

—Como en un año.

Nunca nos presentamos. Una tarde cualquiera dos de la banda llegaron al ensayo con la noticia de que se iban a estudiar fuera del país. Nos alegramos y nos fuimos a celnte. Recuerdo que una vez cerrado me quedé mirándolo con cuidado, como si tal gesto no jugara en lo evidente, como intuyendo lo que es para siempre.

* «El cuarto oscuro de Natalia» fue publicado en la revista *Cambio*, No. 600-601, diciembre de 2004.

Retén*

Para Juan Pablo Balcazar

De madrugada, por la carrera treinta, en medio de una borrachera de proporciones ilustres, regresaban a la casa después de la juerga cuando se encontraron de frente con un retén de la policía. Ser detenido por la policía en un Lada modelo 77, acompañado de tronchos que no paran de retorcerse y droga en los bolsillos y en la conciencia, genera un sentimiento que embiste con la fuerza de un alud de tierra: miedo.

Al joven conductor del Lada 77, del puro susto, le pareció más apropiado enfrentar la situación con los dos pies en la tierra. Después del saludo cabeceado con el policía, y una vez entregó los documentos reglamentarios, dijo: «Agente, muy bacano que hagan estos retenes a estas horas de la madrugada. Hay mucho loco por ahí».

«¡¿Pero qué le pasa?!», reaccionó el policía, mientras trastabillaba dando un paso atrás y se alejaba del apestoso olor proyectado por la boca del joven. «Sópleme un ojo», ordenó, y se señaló su propio ojo derecho.

El joven se acercó con lentitud. Pensó que de hacerlo normal el policía podía imaginar algo malo. No quería malentendidos. A esa

altura, la placa lustrosa colgada de la solapa izquierda del uniforme le había puesto nombre: «Oficial Ordóñez, no se extrañe usted, por favor», dijo el joven.

«Le repito, muchacho, ¡¿en qué está pensando?! ¿Es que no se da cuenta de su estado?».

«Sí, créame que me doy cuenta. En este momento tengo miedo. Porque usted es la autoridad y puede hacer conmigo lo que quiera. Estoy borracho; sobre todo tengo miedo».

El policía tomó distancia y lo miró con detenimiento. Su rostro perdió rigidez por un segundo imperceptible. Luego la recuperó con afán.

«No me mire así, agente. No se sorprenda. ¿Ya le dije que esto de los retenes me parece bacano? Siente uno la presencia del Estado. Muy bien organizados».

«Se está metiendo en problemas, muchacho», sentenció el policía. Parecía cansado. Y como con una creciente angustia en el semblante.

«Sí… Estoy borracho y aparte tengo hierba ahí adentro en el carro. ¿Ve a mis amigos? Están peor».

El tránsito de placa Ordóñez se inclinó y echó una mirada. El joven pudo ver cómo sus amigas Natalia y Violeta, y su amigo Eduardo, desde la oscuridad del interior del Lada, movían sus manos en un intento por saludarlos.

«Ordóñez, yo no soy un malparido. No trato de burlarme de usted, créame, puede dejar de fruncir el ceño. ¿Quiere un trago?». Justo al hacer el ofrecimliento el susto lo timbró. Pensó que de aceptarlo él también tendría que tomarse uno, y eso ya sería invocar vómito. Tuvo incluso la sensación simultánea de que el policía, por trago, se

había imaginado algo distinto. Algo como sobornarlo, lo que no podía estar más lejos de la reaidad. Entre él y sus amigos no habrían reunido para un jugo.

«Oficial, ¿me permite hacerle una pregunta? Permítame y luego le soplo los ojos que quiera. No es por joder, en serio… No, de verdad. Yo tal vez esté borracho, pero siento respeto por usted; respeto por su trabajo. Y miedo… Usted en este momento puede hacer conmigo lo que le dé la gana. Usted tiene, ahora mismo, mucho poder sobre mí, ¿me entiende?».

Un buen pedazo de la cara del policía se relajó al tiempo que aspiró aire. Cuando exhaló, sus facciones volvieron a contraerse, severas. También tan urgentes que parecieron fingidas.

Mientras la conversación con el policía avanzaba, la atención del joven rasguñó en la pañoleta azul que cubría buena parte de la cabeza de Violeta, la amiga de por los que esto había sucedido, y recordó, por supuNatalia que había conocido esa noche y que ahora mismo le hacía el milagro de acompañarlo a su casa. Recordó el aspaviento educado con el que ella había rechazado el primer trago que alguien le ofreció. Recordó sus propias y tortuosas especulaciones acerca de los motivos esto que lo hizo, el esfuerzo y el susto de andar aguantando, atento, por el momento justo de entrar a charlarle. Lo demás era historia, su historia, ¿por qué iban a quitársela?

«Bueno, muchacho, que no tengo toda la noche... ¿Cuál era la bendita pregunta?», dijo el policía, en el tono recio correspondiente a su cara y a su placa.

«Ah sí, la pregunta, fundamental», balbuceó el joven volviendo del aturdimiento. «¿Usted sabe, agente, qué carga el doctor Chapatín en

la bolsa de papel?».

«¡¿El doctor Chapatín?!», replicó el policía, al tiempo que echó una mirada hacia atrás y confirmó que las patrullas de sus compañeros seguían ahí, cerca.

«Sí, el doctor Chapatín. El personaje de Chespirito. ¿Ha visto el programa?».

«Por supuesto que he visto el programa», contestó el policía, otra vez con rayas en la frente.

Ahí, en el puro susto, en lo que pudo ser bondad o la máscara de la cólera, Ordóñez se apuró a seguir: «¿Qué mierda carga el doctor Chapatín en la bolsa de papel?».

«Media botella de ron, Ordóñez», dijo el joven, con absoluta seriedad.

«¿Ron?».

«Ron. Media botella».

Eduardo, el te «Sí, mi Ordóñezrcero de los acompañantes, había estado siguiendo desde la ventana trasera del Lada 77 toda la conversación de su amigo con la ley. Ahí, en el puro susto, sin poder quitarse la risa de la cara, interpeló al policía:, ¡ron! ¡¿Y por qué carga ron?!».

El tránsito de placa Ordóñez titubeó en la boca. Iba a titubear en los ojos, pero titubeó en la boca. Luego echó otro par de miradas alrededor, con control.

Eduardo, asomado en la puerta entreabierta, nomás pronunció rápido y cansado: «a lo mejor porque es latinoamericano».

Los documentos reglamentarios del joven conductor del Lada 77 estaban todos organizados en un plegable que los protegía y a la vez

permitía observarlos sin s ya mismo de aquí si no quiere tener problemas», dijo, subiéndose el pantalón y ajustándose el cinturón.

Eduardo volvió a su asiento; Natalia cerró los ojos y metió aire hondo; Violeta sacó un chicle y mordió la mitad. Todo esto sucedió al mismo tiempo.

«Noches», respondió el joven, pronunciando despacio.

De madrugada, mientras se alejaban del retén, las luces eléctricas de la ciudad flaqueaban. En medio de los cuatro silencios entorpecidos únicamente por el tronar del motor, el joven encendió la radio y escuchó una voz que saludaba la llegada de un *nuevo y espléndido día*. Pensó que era muy temprano para que estuvieran habacarlos de sus pequeñas fundas transparentes. Ordóñez recogió los pliegues y le entregó las fundas del tamaño de un documento. «Váyase, muchacho. Váyasetonizar otra emisora. Se escuchó contando lo sucedido. Hablaba y la gente se divertía. *Hubieran visto la cara del agente*, decía. Escuchaba sus propias exageraciones, las carcajadas de la gente ante la descripción de la borrachera, las preguntas por detalles. Pensó en una muy buena pregunta y en cómo no debía exagerar al responderla.

* «Retén» fue publicado con posterioridad en el diario *El Tiempo*, 25 de marzo de 2013.

Idiota*

A y su zorra han sostenido una relación exitosa por más de cinco años. Con altas y bajas, como es natural, han conseguido superar distancias, diferencias culturales y periodos de tiempo en donde (en sentido figurado) alguno de los dos ha querido matar al otro. Ambos son norteamericanos. Él de padres mexicanos; ella de padres libaneses. Se conocieron en la universidad, en la ciudad de Austin. Ella asistía a la escuela de derecho; él se licenciaba en lingüística.

Desde hace más de diez meses, como resultado de los caminos laboraor la fresca combinación de bosque y leve humedad costera. Cada cierto tiempo se visitan mutuamente. En términos generales, y pese a la precariedad de su situación económica, él viaja más que ella, movido por una fuerza que no puede precisar y que imagina tiene que ver con la asfixia propia de la aridez desértica.

La oferta inicial que lo atrajo consistió en convertirse en traductor de cabecera de una editorial de tamaño medio. Un trabajo que bien pudo ejercer desde cualquier otra ciudad de la Unión Americana y que optó por llevar desierto, e a cabo desde la ciudad fronteriza sede de la editorial. Lo movió el entusiasmo de lo que en su momento sólo pudo reconocer como el legítimo deseo de reencontrarse con sus raíces mexicanas. Pero «¡pinches raíces mexicanas!», tuvo que decirse un día, luego de entrever la relación entre asfixia yntre asfixia y raíces mexicanas, entre desierto y

alergia, demasiado tarde para hacer otro gasto inmediato de mudanza.

Según sus planes acordados, aquella distancia que los separa, a la que A culpa de sus reveses, o más que de sus reveses, de lo que él mismo se apresura en aclarar como «malos vientos», deberá terminar en poco tiempo. Luego de más de cinco años de colaboraciones voluntarias y de simpatías que rayaron en sus momentos más difíciles con el peligro, la novia de A está a la espera de una respuesta de la Autoridad Nacional Palestina. Aspira a convertirse en abogada de sus causas. A, por su parte, y para no desperdiciar el pago de los gastos de mudanza incluidos en el eventual contrato, espera acompañarla en su travesía por la ciudad de Ramala, centro de operaciones del caso en el que ella entraría a trabajar.

Un día, por fin, la noticia aterriza sobre sus existencias:

—Ellos contrataron me. Nosotros debemos estar allí por el principio de Febrero —dice ella, apenas con aliento.

A agarra el auricular con fuerza, lo cambia de mano y se deja caer en el sofá. Gastos de mudanza pagos, servicios consulares, una nueva ciudad, eso que le relampaguea en la nuca en cognado falso: a nueva cultura. Una ruta de escape, «cómo no», una opción, procesa, pero igual el miedo no deja de metérsele espina dorsal arriba.

—Felicitaciones, miel —dice, y luego agrega, en un tono de absoluta conciliación—: Nena… tú sabes yo te soporto; yo sólo quiero tú estés completamente segura acerca de lo que estás haciendo. Tú con alta probabilidad no podrás volver a trabajar acá como abogada por el resto de tu vida.

—i¿Qué?! ¿Vamos nosotros a ir a través de esto una vez más? —dice ella, forzando la pronunciación de las consonantes dentales y palatales de la lengua inglrnaciesa que tanto trabajo le dieron a sus padres, que tanto trabajo le han dado a los inmigrantes del Medio Oriente, unas consonantes que en ella despiertan la alerta, encaones del enfado, torres de una altura que sabe que no puede comprender.

—Okey, Okey… yo estoy lo siento. Yo adivino estoy nervioso —dice A.

—¿Nervioso? i¿Estás *tú* nervioso?! i¿Podemos nosotros costear en este punto el lujo de estar nerviosos?! —dice ella, sin espacio a una respuesta.

Su voz es segura, fuerte, pero también cariñosa. Fiel reflejo de un entrenamiento en retórica del que, luego de aquella noticia, sus vidas dependerán.

Corren los primeros días de octubre, es decir, cuentan con cuatro meses para planearlo todo.

Los conocimientos que A tiene del árabe son casi nulos, de ahí que su preocupación central, a los ojos del mundo, se concentre en ello: en el idioma, en el puesto de tacos con el que planea ganarse la vida en Ramala, y en las crónicas que, una vez redacte, está seguro se van a pelear los contactos que tiene en periódicos mexicanos.

«A poco te vas para Ramala», le dicen sus amigos mirándolo con esa compasión presta con que se mira a los locos inofensivos. «Neta sí», responde él, orgulloso, y pasa a contarles de todos los planes que tiene. «Güey, confiesa que tienes miedo… no chingues más con lo del idioma». Pero A de miedos no quiere oír hablar. Por el contrario, apenas siente grietas en su talante, porque aquel viaje se

avecina a pasos de gigante, alguna otra historia sobre la lengua que estudia a diario y en medio de la prisa salta para salvarlo. Ha hecho, asimismo, averiguaciones sobre los pocos y malos restaurantes de comida mexicana que hay en Ramala. Tiene pensados, incluso, algunos nombres para el suyo. «Mis tacos van a ser poca madre, igual que las crónicas que desde allá me voy a fajar», se le escucha decir.

Cuando se cumple el primer mes de la cuenta regresiva, la novia de A ha firmado contrato y ha concretado fecha de viaje. Ha tenido tiempo, incluso, de mirar a través de un catálogo, y de un servicio del cuerpo diplomático palestino, ciertos departamentos en la zona céntrica de la ciudad. El grupo de abogados del que hará parte recién será conformado. Estarán a cargo de un nuevo y delicado caso: «a mareas nuevas rompeolas nuevos», le han dicho los viejos dirigentes cuando han sentido la necesidad de sintetizar la política que los mueve. Ni ella ni A entienden del todo lo que semejante frase acuosa quiere decir, pero tampoco creen que allí se cifre el quid de sus existencias.

—Tres años —repite la novia de A en sus sueños.

Tres años es el margen aproximado con que cuentan para presentar el caso ante la Corte Penal Internacional.

—Suertemente algunas cosas cambiarán entonces —se le escucha decir con frecuencia, mientras A guarda silencio.

Los días pasan. Hay cosas que se cuelan. Hay otras que se quedan por fuera.

Justo un mes antes de la fecha definitiva para escapar de aquel desierto, encontrarse con su novia en la capital y partir junto con ella rumbo a la ciudad de Ramala, A es invitado a una fiesta. Se

resiste a ir. Sabe que será incipiente, que nada que valga la pena podrá suceder allí. Así y todo decide levantarse de la cama, tomar una ducha y manejar los diez minutos que lo separan del lugar. Contrario a sus cálculos, en la fiesta varias cosas están sucediendo. La más importante, a sus ojos, irradia del cuerpo entusiasta y bien tonificado de una joven que, se entera entonces, acaba de llegar a la frontera proveniente de Buenos Aires. La joven viene como becaria a la universidad pública de la ciudad, una universidad frente a la que A siente antipatía. Al principio, A sólo sentía la antipatía que todo hombre inteligente siente por lo que considera mediocre. Con el tiempo, su antipatía por aquella institución sobrepasó cualquier cauce normal. Había días, incluso, en que A guardaba la impresión de que allí, en las aulas de aquel campus, se gestaba la más temible de las trampas en su contra. Esa razón, entre otras, despertaba en él el deseo de no asistir a la fiesta. «Debe estar cabrón en Argentina para que una italiana de estas tenga que venirse hasta acá», se dice A para sus adentros, antes de acercarse a la joven y entablar conversación.

Aquella noche, luego de la fiesta, A vuelve a su casa y no consigue dormir. Imagina mil formas de averiguar el teléfono de la argentina. En medio de su insomnio se levanta, va al baño, abre una revista y busca con urgencia el anuncio en la sección de clasificados en donde ella pudo haber dejado cifrada la forma de contactarla. «A lo mejor se trata de un código que cuando lo vea se me aclarará», especula, pero luego se le ocurre que, por qué no, «de plano puede tratarse del teléfono mismo». Al día siguiente, cuando despierta, no sin cierta sensación de ridículo encima, marca al departamento de lenguas de

la universidad y averigua el número de la oficina en donde la argentina trabaja. Quince minutos después se atreve a llamar.

Los días pasan. Esta vez son menos y son apremiantes.

Una cena, dos citas y siete cogidas después (en sentido literal), A se encuentra a sí mismo acariciando el pelo de la argentina, mirándola a los ojos, mirándose en el espejo, recurriendo a miles de formas de mirarlo todo y siendo conducido al mismo e irreductible descubrimiento: no será capaz de mudarse a Ramala. «Ahora tengo que encontrar la forma de decírselo», piensa, y al tiempo un fogonazo de calor le corta la cara: «Pero ¡a quién es que debo decírselo!», trata de gritar, y puede escuchar cómo la voz le cruje por dentro. Respira profundo y comienza a hacer cálculos para salir de allí. Luego de un rato no puede librarse de la sensación de mal tino. «Hay algo que estoy olvidando en mis cálculos», se dice, al tiempo que se prohíbe echarse a llorar hasta no descubrirlo.

Durante las dos noches siguientes tampoco puede dormir. Al amanecer del tercer día, fastidiado, toma una maleta, la llena con todo lo que está a su alcance, se monta en un taxi camino al aeropuerto y compra un pasaje para el siguiente vuelo a la capital de la Unión Americana. Una hora antes de abordar levanta un teléfono público y duda antes de marcar. Al final se decide por llamar a la argentina. Le dice que tiene que viajar y que estará de vuelta en unos días. Ella parece ponerse triste y guarda silencio. «¿Por qué has venido a este rincón del mundo?», le pregunta A, finalmente, sin entender de dónde le salen las palabras, apenas para romper con la incomodidad. La argentina se asusta al principio. Después tiene la impresión de que, quizás, la pregunta está formulada para distender el momento, por lo que resuelve apelar a su sentido del humor o a

su sentido de la ironía, no sabe muy bien, y responde: «Qué se yo, es la historia de la diáspora judía, ¿no?». La respuesta es incomprensible para A, como si ya estuviera montado en el avión, motores encendidos, y aquella frase proviniera de alguien al otro lado de la ventana.

Se despide, cuelga y deja pasar unos minutos. No sabe qué hacer: si ir al baño, si caminar, si fumar, si cambiar su pasaje con destino a la capital, si usar los cinco minutos de crédito que le quedan en la tarjeta de llamadas. Al final decide comprar dulces de limón, meterse dos a la boca y sentarse a reposar. Diez minutos después se dirige al teléfono, llama a su novia, a la que aún trata de imaginar como su novia, y le dice, de buenas a primeras, que por favor lo entienda, mucha presión, repite de manera constante, mucha presión, preciosura, yo estoy dejando hacia casa de mi amigo Joseph, sí, eso es correcto, mucha presión, en Nueva Orleans, una temporada, pensar las cosas al través, sí, tomando un avión, por supuesto hay una explicación, no que yo sea un hijo de perra, no no no, no puedo ir contigo, por favor trata de entender, mucha presión, estoy arrollado, yo iba para tu casa pero tuve segundos pensamientos y no puedo, sí, voy a cambiar mi tiquete, yo quiero decir yo ya lo hice, no te enloquezcas a mí, sí, hacia Joseph su casa, ¿nuevas olas?, ¿rompeolas?, no puedo moverme contigo, el crédito está a punto de expirar, no, sí, espera, estás sobrerreaccionando, ¿qué?, no pronuncies de esa forma, no de esa forma, por favor, miel, mucha presión, no olas, mucha presión.

* «Idioma» fue publicado con posterioridad en la antología *El corazón habitado. Últimos cuentos de amor en Colombia*. Compilador, José Manuel García Gil. Cádiz: Editorial Algaida, 2010.

TINTROcción*

Luego de un largo viaje desde una ciudad del sur de los Estados Unidos, B llega a una ciudad del norte de España para ver a uno de sus amigos de infancia. Se try que deberá durar cinco semanas. B se quedará esas cinco semanas en el diminuto apartamento que su amigo comparte con otra persona. Es verano. Todo está arreglado. B y su amigo se vieron por última vez cuatro años atrás, en Colombia, en su ciudad natal, bajo circunstancias pata de una visita vacacional planeada con bastante tiempo de antelación ersonales que en ambos casos se asemejaban más a un circo en llamas que a la tranquilidad material promedio de inmigrantes con trabajos legales.

La noche en que B aterriza su amigo se encuentra trabajando, por lo que no puede ir a recogerlo. B averigua en un dos por tres lo poco que hay que averiguar para salir del aeropuerto en dirección al metro. Una hora después llega al edificio correcto. El más viejo de la calle, recuerda de las indicaciones. El compañero de piso le abre la puerta y le señala con amabilidad uno de los dos catres en el cuarto de su amigo. B se quita los zapatos y se tumba, extenuado. Más tarde, en medio de lo que reconoce como un sueño intranquilo, alguien entra en la habitación cargada de humedad y le dice:

—Tos qué, pirobo.

B sigue tan cansado que se confunde: cree que está durmiendo y por eso no responde al particular saludo que reconoce como de su

ciudad y de su tiempo. Trata, eso sí, en medio de su atolondramiento, de permanecer atento, con los ojos cerrados, a la espera de lo que pueda pasar con aquella voz difusa.

—Qué gordo que estás, joder —escucha que dicen de nuevo.

Entonces lo entiende todo, se levanta, abraza al bulto que en la oscuridad asume como su amigo, y entra con él en una conversación torpe que al día siguidicho ha estado afectado por el acento de la madre patria. Voltea a mirarlo, sonriente, para escucharlo hablar de nuevo ente cuando despierta apenas si recuerda. Lo que sí retiene en su cabeza es el carácter novedoso del tono y el léxico de su amigo. A excepción del saludo, piensa B, todo lo demás que ha a ver si es cierta su impresión, pero su amigo duerme.

Ese día, luego de almorzar, salen a pasear.

Es la primera vez que B está en aquella ciudad. De hecho, es la primera vez que B está en Europa, por lo que le resulta complicado caminar y conversar al mismo tiempo, asombrado por todo lo que observa. Su amigo, quien parece entender y hasta simpatizar con esta circunstancia, guarda extensos silencios que sólo interrumpe para indicar nombres: el de una calle, el de una iglesia, el de un museo.

A cierta altura del paseo deciden entrar en un café. Toman asiento en una terraza abierta que permite observar la plaza entera a donde han ido a parar. Al entrar, B nota cómo su amigo saluda con familiaridad a dos de las meseras que atienden el lugar. Más que nunca ahí el acento español.

—¿Parcha mucho por acá? —le pregunta.

—Bueno, sí… Se come de puta madre y no es nada costoso.

Ellos ya han comido, así que piden cervezas, se acomodan en sus sillas y comienzan a hablar. Luego de tres horas B siente que por fin ha aterrizado. Han repasadoado de manera abrupta. Pasan un los últimos acontecimientos de su lejana ciudad de origen, se han burlado de manera compasiva de sus familias y han hecho recuento de las últimas y mutuas desventuras amorosas. Una tarde redonda, piensa B, antes de la quinta cerveza, porque una vez esta llega su amigo resuelve quedarse callpar de minutos tras los cuales B pregunta si todo está bien. Sí que lo está, le responde su amigo, y luego dice:

—¿Y qué tal allá? ¿Siguen sin enterarse?

Al principio B no entiende nada. Luego se hace una idea veloz: *allá* tal vez se refiera a los Estados Unidos. Inseguro de su cálculo, prefiere hacer cara de no enterado.

—Los gringos, men, quiero decir, ¿cómo manejáis eso? —le aclara su amigo.

Había acertado, piensa B, y renglón seguido entra a hacer una extensa construcción que luego de un rato no lo satisface en lo más mínimo. Habla de «sectores críticos», de «varios países dentro de un país»; habla de cierta evidencia que entiende como probatoria del espíritu manipulador de la prensa sin conseguir hilar tales hechos con las consecuencias en la sociedad civil; habla de «los administradores títere», de «las sospechas fundadas respecto al valor de la libertad», de la sutil y al tiempo vulgar coronación del ánimo consumista. Pero nada es con exactitud la respuesta que quiere darle a su amigo. Ni siquiera son atinadas las descripciones del lugar insólito en el que vivo, piensa B, al tiempo que se asombra y se asusta porque escucha cómo su voz desprendida sigue

hablando. Es la primera vez que entre los dos tocamos este tipo de temas, dice al final, resignado, cuando su amigo ya parece distraído en otra cosa.

Luego de un rato salen del café y van a un bar que no está a más de cuatro calles. Ahí continúan bebiendo hasta que se encuentran con ciertas personas que su amigo le presenta con nombres propios y que después pasa a llamar «la peña». Cuando salen del bar, hacia las cuatro de la madrugada, el cuerpo de B está agotado. Nadie, cae en la cuenta con alegría, piensa siquiera en la posibilidad de irse a dormir.

Antes de ponerse a caminar la peña acuerda ir en busca del Azul reproche. B abre los ojos. Le explican que sí, que es pacto de ir hasta el amanecer, jajaja, pero también, le explican, es el nombre del bar de un peruano conocido. B los sigue, gozoso, y de pronto por eso, a poco pasos del breve trayecto total, resulta solitario a la cabeza del grupo. Llevan una dirección que él no reconoce (no puede reconocer) y que curiosamente parece dirigir. Entonces alguien grita a su espalda:

—¡Cuidado, gringo!

B alcanza a percibir el ademán de su propio acto reflejo. Está tan vencido por el cansancio y el alcohol que tiene que seguir concentrado en caminar. Un instante después cae en la cuenta de que nada ha pasado. Se detiene y se voltea. Al frente están las caras sonrientes de la peña que sigue su camino hacia él.

—¡Es que hay que traducirle! —escucha que dice el inconfundible nuevo tono españolizado de su amigo—. ¡Watch out, gringo!

Y de inmediato sueltan carcajadas seguidas de palabras en inglés, palabras que B apenas si puede precisar y que leticipara en el

tiempo. B levanta la cabeza y descubre que las palabras están dirigidas a él. También descubre que son traducciones de letreros que cuelgan en los negocios qu parece haber escuchado un instante antes de que fueran pronunciadas, como si existiera una vida paralela que, con ligereza, se ane los rodean: el nombre de un bar, el nombre de una aseguradora. Luego ya no el nombre particular sino el genérico, cosas como «a butcher», «the post office». Ellos señalan los lugares o los letreros, los lanzan en inglés, le apuntan con el dedo y se echan a reír.

Después de un rato la broma se agota. Siguen el camino hasta doblar en una esquina y entrar en Azul reproche. A B, ahí dentro, todas las voces le resultan salidas de la última gruta de las cavernas.

Alrededor de las nueve de la mañana, y luego de desayunar cada uno dos grasientas shawarmas, B y su amigo regresan a casa y se tumban a dormir.

Cuando el sol está a punto de caer B despierta sintiéndose enfermo. Es una irritación que arranca en el estómago y que parece abrasarlo hasta la garganta. Su amigo, tirado en el otro catre a su lado, sigue durmiendo. De acá en adelante tendré que enfiestarme menos o de lo contrario el cuerpo no me va a aguantar, se dice a sí mismo, inseguro de estar artaleza. Luego, sentado,tinando a protegerse con aquel pensamiento. Apoya las manos, arrastra el tronco hacia arriba y se recuesta contra la cabecera de aquella cama angosta que, calcula, en adelante será su fo en el resoplido de su agarrarse y apretarse la barriga con las yemas, B reconstruye la endiablada escena de burla de la noche anterior, y sin desearlo ni esperarlo, descubre que repetirse aquellas palabras del inglés le aliviana el ardor de panza.

Cinco semanas, calcula, five long weeks.

* «Traducción» fue publicado en la revista *Lucero* del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Berkeley, Vol. 16, mayo de 2005.

Noches caras CON PUTAS

Esta noche de viernes no parece noche de fiesta. Son casi las once. Luego de algunas llamadas inútiles a los amigos parece que tendré que dormirme temprano. Un par de cervezas en el bar de al lado y me devolveré al sobre. Hace poco me mudé. Vivo con otro amigo en un apartamento en La Merced, un antiguo barrio de casas inglesas, la mayoría de ellas venidas a menos, convertidas en concesionarios, en pulcras fachadas de aseguradoras, en escombros. La Merced que camino rodea el costado sur del parque Nacional. Por el parque han pasado todas las formas de crueldad que la necesidad y el desamparo obligan: prostitución, drogadicción, deportismo. Tráfico de órganos.

El edificio al que nos trasteamos es una belleza. Fue construido por un arquitecto italiano en los años cincuentido me pidió que dejara de decirle al edificio *portento del espacio*. Creo que le haré caso. Dejar de decirle morada, en cambio, me tomará más tiempo. Varias de las nenas que han caído a parchar en estas primeras semanas han quedado deslumbradas. Cuando acaban el tour de rigor repiten con insistencia lo fascinantea. Gracias a un golpe de suerte, el número 410 de este portento del espacio es nuestra nueva morada. Hace poco un conoc que les resultaría vivir en un lugar como este. Yo, por supuesto, no hago parte de sus planes. No por ahora, me consuelo a mí mismo en voz baja.

Salgo a cumplir mi cometido cervecero. En el corredor hacia el ascensor me encuentro con Felipe acompañado de una preciosura a quien nunca en mi vida había visto. Felipe es el amigo con el que me mudé. Nos conocemos desde el jardín infantil. En las noches de alcohol parejo lo observo, y aunque suene exagerado, recuerdo al mocoso cagón con el que tomaba onces y festejaba piñatas y felices cumpleaños. Los de sorpresas y payasos. Es alto y grueso, aunque nunca diría que es fornido. Más de diez años atrás, cuando chiquitos y pese a que ya entonces me sacaba dos cabezas, Felipe me acomodó un puño en la cara. Los motivos no los recuerdo. Seguro fue mi culpa. El cachete derecho se me puso algo rojo, pero no me dolió. El episodio no prueba su flacidez. Prueba las dimensiones de su amistad.

Una vez enterados mutuamente de los planes inmediatos, Felipe y su amiga me ofrecen regresar al apartamento y acompañarlos a tomarnos el vino que traen. La invitación me incomoda. No entiendo para qué me la hacen si todo indica que están en plan de velada romántica. Igual acepto.

Ambos se sientan en lo poco que tenemos por sala mientras me encargo de las copas y del sacacorchos. Una e un fotograma de Ian Fleming. Espero el momento indicado y anuncio mi bajada al bar vecino. Mientras lo hago me levanto, para darle inminencia al asunto. Ellos parecen atraídos por la idea y quieren acompañarme.

Lo mejor de este edificio al que nos trasteamos es el ascensor. Pese a su inutilidad, eso sí. Tenemos suerte y está funcionando. A veces, cuando me subo en él, siento pena de que no esté retirado ya. No sé, puesto en algún lugar donde sólo lo puedan admirar.

Bajamos y salimos del edificio. Cuatro pasos y estamos en el bar. En el lugar están dos conocidos, uno de ellos con su novia. Vaya sorpresa. El saludo es efusivo. Creo que se respira buen ambiente. Pese a llevar variose pasan en los bares en Bogotá, esta cercanía puede resultar una ventaja no despreciable. Trato de imaginarme una de esas cosas y su ventaja asociada, pero la verdad es que, aparte de una trifulca con escapatoria corta, ninguna otra se me ocurre. A lo mejor en los bares de Bogotá no pasan todas las cosas que creo que pasan. Felipe me ofrece la primera cerveza. Lo tomo del brazo, le doy las gracias y le hago cara de «me alegra verte».

Ya estamos todos acomodados: Felipe y su amiga, los dos que nos encontramos y la novia de uno de ellos. La conversación va de un lado a otro: nuestra llegada al edificio; las elecciones presidenciales que se acercan; una costilla que le duele a la novia del conocido; la muerte del padre de otra persona que ellos conocen y de quien yo apenas he oído hablar. Todos parecen afligirse al llegar a este punto. No es la muerte. Los aflige el recuerdo de las palabras del hijo del muerto, el amigo de ellos. Muy dolorosas, dicen. Hicieron reír a todo el mundo en la misa, pero eran dolorosas. Algo sobre la comedia que es la vida y la forma como su padre les había enseñado eso y cómo entonces no debían responderle con algo salido de lo estético, de lo cómico. Así que el hijo pidió un aplauso antes que un llanto, y todos aplaudieron con fuerza, y también lloraron, lloraron mucho. Porque su acto había terminado. Yo me aterré al principio. Luego me distraje.

Comienzo a perder interés en estar aquí. Me levanto y doy una vuelta por el bar. Es una casa grande, llena de salones separados aunque unidos por la música y su decoración. Predomina la madera.

Creo que más que un bar para bailar es un elegante pasadero de penas. Hay otro piso. Varias veces he visto subir gente que nunca baja. Al menos no por la misma escalera. Más que curiosidad, que en realidad no tengo, lo que me impulsa a subir es el aburrimiento. No son ellos ni su compañía. Son amigos y conocidos y se está bien en estas conversaciones. Es la noche misma, su tibieza, su indecisión. Me molestan las noches sin carácter. Me molesta, sobre todo, no poder darles uno. Antes de subir decido pedir otro trago para justificar el esfuerzo de haberme puesto los zapatos. Habrá que pasar de la cerveza a algo más fuerte. Ginebra con Bretaña y limón, por favor, digo.

Mi encuentro con el piso de arriba resulta a la altura de la ginebra: cancha de futbolín de proporciones oficiales en salón elegante. ¿¡Un futbolín de medidas profesionales, al lado de la casa y con cervezas de precio razonablei? La noche mejora. El barrio me abre sus brazos. Siento una dicha diminuta: a lo mejor otras cosas se componen. A lo mejor no es tan tarde para la fiesta. Bajo las escaleras de dos en dos para comentar mi hallazgo con Felipe. Controlo la agitación infantil que me agarra y digo: ¡Hay un futbolín de proporciones oficiales en el bar de nuestra casa! Felipe comparte mi emoción, agarra su cerveza y me propone que vayamos a estrenarlo.

Jugamos un buen rato. Es tan grande que debe usarse en parejas. Hay cierta cantidad de gente y entonces nos turnamos. Quisiera que se fueran. En especial la primera pareja que enfrentamos. Creo que no hacen otra cosa que jugar al futbolín. Son amos y señores de la técnica, lo que hace que puedan jugar más, porque el que gana se queda, como en tantas otras odiosidades de la vida. Pedimos otras ginebras y comienzo a maquinar mis horas de entrenamiento. Para

ser honestos, los cálculos no son alentadores. Alcanzar un nivel competitivo puede tomarme tres meses.

Debe haber pasado una hora. Felipe y su amiga han regresado a la mesa. Se han aburrido, supongo. Yo también comienzo a marearme y ya no me gusta seguir con la mirada la jodida pelotica. Regresar a la mesa es aceptar el final de la noche, y capacidad para ese tipo de cosas. Creo que me emborracho. Creo que me siento bien. Como cuando descubrí el futbolín. Me entra la pensadera y quisiera subir y seguir jugando, pero las piernas ya no me dan. Además estoy de salida. Estoy de salida desde hace rato.

¡Qué ven mis ojos! Esta noche de viernes se guarda sus sorpresas. Justo cuando me decido a acabar con su tibieza y regresar para tirarme en mi colchón, aparecen estas mujeres de bellas mejillas. Verlas como mujeres de bellas mejillas es una imagen que a estas alturas sólo se le puede ocurrir a un borracho o a un observador ingenuo, así que me avergüenzo por el destello de conciencia que alcanzo de ambas cosas. Apare, se aprovechan de esta circunstancia como si de ello dependiera la existencia de todos los seres vivos que respiran a cien kilómetros a la redonda. Por eso se me ocurre que la percepción de la belleza es un problema de circunstancias, y es mejor no combinar una de esas circunstancias con un destello de amor. Porque cuando uno se enamora así, como me enamoro ahora (exagero, se entiende), de su gesto elemental para tomar el vaso y llevarlo a la boca, cuando uno se enamora así, de esa belleza cen como si existieran desde hace siglos y fueran dueñas del bar. Se trata de Carolina y sus dos amigas de siempre: Catalina y Piedad. Se sientan y saludan. Saben que son el centro de las miradas. Las mujeres hermosas, o las que trabajan en serlocircunstancial, está

perdido. Entera y despiadadamente perdido. Porque vivirá buscando el gesto en ella y en todas, y no comprenderá, hasta que muchas tristezas pasen, que no eran ni ella ni el gesto, sino las circunstancias, las crueles e irrepetibles circunstancias. (Mierda, las cosas que uno puede llegar a rumiar.) Me echo un trago más, largo para sacudirme la pensadera; vuelvo a la mesa, que se mueve con la nueva compañía entre saludos y cruces de abrazos.

Felipe y yo conocemos a Carolina desde hace tiempos. Estudiamos juntos en el colegio. Nos vimos crecer. Para mí siempre fue una figura distante, con seguridad más amiga de Felipe. Catalina y Piedad son sus íntimas dequí y por allá, un día cualquiera, en cualquier fiesta. Algo como lo que está pasando esta noche: pura coincidencia de aceras.

Acomodados en la mesa, Felipe comienza a discutir acerca de cosas que él sabe que me interesan y sobre las que bien podría yo hablar la noche entera sin parar. Quiere que entre en la conversación. Me está dando espacio para lsí que mi amigo incansable trata de hacerme notar lo güevón que soy. Lo miro y se lo agradezco, tanto que me entran ganas de pararme y abrazarlo. Por fortuna me contengo y me evito una burla mañanera o una inmediata. Catalina descubre que Felipe y yo nos miramos y algo nos traemos. Catalina descubre, me temo, que estoy borrachucirme porque ve que estoy conmovido con la presencia de Catalina. Pero debo parecer más una mata esperando por agua que alguien normal, ao, que no hablo y que, más bien, me dan estas ganas silenciosas de abrazar a mi amigo. Ojalá no me descubra los nervios. Ojalá no se le ocurra dirigirme la palabra porque tendría que pararme e ir el baño.

Qué tal, Augusto, ¿cómo van las cosas?, dice Catalina como si nada, como si hubiéramos pasado juntos la vida entera. Y está justo al lado mío, en la silla que alguien de repente ha dejado libre sin darme tiempo para conjeturar la posibilidad de esta tortura. Mueve esos labios hacia mí. Vuelve y los mueve: Augusto, ¿estás bien? Mujer de mejillas claras y de labios carnosos, ¿cómo me vas a preguntar si estoy bien? ¿No ves que las piernas se me han cruzado de un lado a otro siete veces en los quince segundos que llevas ahí? Me repongo y digo: ¿Ah?, sí, bien, estoy bien… y usted ¿qué tal?

De acá en adelante las cosas se ponen peludas. Felipe se burla con disimulo. Se alegra por mí, por las posibilidades que quiere vislumbrar. Se alegra porque debe estar cansado de desayunar los domingos con alguna de sus novias y el violín de Augusto y su soledad. Pienso en su cara en una mañana de modorra y despreocupación. Su cara en mi almohada dándole sentido al acto de abrir los ojos. Y esos ojos, miel profunda, perturbadores, capaces de asaltar a los hombres tranquilos. Hablo, pero en realidad me concentro en su forma de hablar, en la facilidad impetuosa con que combina la poética de Medem y su última película, *que fui a ver ayer con mi amiga Piedad*, con mis malestares estomacales, de los que por alguna razón le estoy hablando y sobre los que ella se preocupa con amabilidad: *¿ya te sientes mejor?* No, Catalina, no me siento mejor. Me jode la conciencia de que pronto partirás, *yo para esos malestares tomo mucha agua*. Agua, claro, ustedes los organismos puros arreglan las cosas con sencillez, *anímate que eso debe ser psicosomático*. Acá lo único psicosomático eres tú. Pero claro, mi parlamento no sale de la boca. Si algo he aprendido cuando me emborracho es a quedarme callado.

El bar está por cerrar. En un movimiento generado por Felipe, su entonamiento alcohólico y su entusiasmo, todos quedamos en subir al apartamento a rematar la noche, a no dejarla morir temprano. Es una obligación empezar a aprovechar la ventaja de las porterías colindantes, ventaja que mi estado actual agradece y aprovecha con serenidad.

En la primera tanda del ascensor, la más eufórica y escandalosa de las dos que parecen necesarias, van Felipe, su preciosura, los dos conocidos del principio de la noche (uno se llama Eduardo, por fin me acuerdo) con la novia de uno de ellos, y Carolina. Me quedo esperando junto con Catalina, Piedad, y dos personajes más que van para nuestra casa y que nunca en mi vida había visto. Creo que son amigos de uno de los conocidos. No recuerdo en qué momento aparecieron. El regreso del ascensor se hace eterno. No tengo ganas de decir nada. Esos silencios de corredor de edificio a las dos de la mañana parecen obligados, y los respetamos. Todos los que estamos.

En casa la cosa se siente bien. Son nuestros primeros invitados espontáneos y nos encargamos de atenderlos, de mostrarles los corredores y los cuartos. Nos encargamos de servir tragos, de escuchar sus sugerencias en materia de decorado y de contar la historia que fue la faena de estar ahí, recién salidos del hotel mamá y cagados del susto ante los malabares de la independencia.

Busco a Catalina. Su coraza se mantiene firme. La presencia constante de sus amigas me intimida. En realidad no me intimida, sólo me desacelera. Me echo otro trago y entonces me acerco y le ofrezco un whisky. Está bebiendo poco por no sé qué cantidad de excusas acolitadas por sus secuaces de calle. Yo en cambio cada vez

me pierdo más. En lo único que pienso, como pensando en mortecino, es en la posibilidad de ponerme pesado. No quiero hablar de más pero al tiempo tengo las agallas abiertas, y siento que si no es hoy, no será nunca. Catalina debe enterarse ahora, y no mañana, de que puedo enloquecer por ella (no exagero, se entiende).

Mientras tanto, la gente va de un lado a otro. Gritan y conversan y bailan, y Felipe que abre la puerta del baño y otros que la cierran. El baño se convierte en centro: ahí vamos y de ahí venimos. Cuando zuas, me viene un mal recuerdo: alguna vez algo importante se me perdió en el baño. No puedo ponerle nombre; lo que fuera quiero recordarlo como estúpido y vulgar. La memoria y el estómago conspiran contra mis órganos menos nobles y parece que me quieren tirar al piso. Justo ahora ella me toma del brazo y me ofrece que continuemos hablando. Se anticipa por segundos y me saca del dolor del recuerdo porque parece que aún tiene palabras para mí. Palabras confusas, alentadoras, indiferentes: *esta es una ciudad nítida*; su rostro, sus labios, *el centro*, dice. El pliegue de tu ceja izquierda, digo. Ella no alcanza a escuchar. En silencio, y tambaleándome, le agradezco haberme jalado. La escucho complacido, sin querer imaginar lo que vendrá y pendiente al tiempo del verso salsero de Ismael Rivera que retumba en nuestra sala convertida en baile: Cuándo yo saldré / de esta prisión / que me tortura / me tortura mi corazón.

Un par de horas después del coro de Rivera y con la misma gracia conservada a lo largo de la noche (con esa sonrisa que imagino habrá hecho estallar en llanto a varios de los hombres y mujeres que se habrán jodido detrás de ella), Catalina se despide, me da un beso en la mejilla y desaparece, junto con sus amigas, por el corredor que

conduce desde la inmensa puerta blanca de mi apartamento hasta el ascensor. En ese momento, un vecino neurótico que descubro tener al frente abre su puerta y comienza a vociferar. Alguien a mis espaldas (estoy casi seguro de que se trata del valiente Eduardo) le grita que se tome un Valium, mientras yo escojo cerrar la puerta y siento que me quedo, únicamente, con los problemas que su presencia ha generado. La presencia de Catalina, no la de mi vecino. Me quedo entorpecido y tranquilo, pensando en que necesitaré de un plomero para desatascar la cañería del baño.

Toda la gente, como asumiendo que Catalina era la llama que avivaba la noche, decide irse también. La sala es de repente un gran silencio, como un monstruo cansado de espantar y tirado a dormir. Levanto la cabeza y encuentro a Felipe tumbado en una esquina, borracho y desentendido del mundo. No hay un solo rastro de la nena con la que llegó. Seguro le habló del misterio encerrado en la reproducción del cigoto. Lo muevo y siento el peso de un obelisco. El esfuerzo de llevarlo a su cama, y de acomodarlo de tal modo que pueda vomitar sin ahogarse, acaba con lo poco que Catalina dejó de mí, así que salgo de su cuarto en busca del mío y del colchón tirado en el piso al que insisto en llamar cama.

Antes de tumbarme miro por la ventana y me desvisto. Los cerros están cubiertos. Podría decir que los envuelve la neblina, pero la verdad es que a aquel plomo volátil le son indiferentes. Acostado descubro que los ojos se me hunden, mientras una de esas certezas crueles se atora entre mi mentón y la línea de los hombros: Catalina nunca será mía. De mi casa tal vez; de mi cama, jamás. No es grave. Va a amanecer y todo empieza a desplomarse.

Falsas alarmas

Cierta mañana C despierta en casa de su amigo del corazón. Es sábado. La noche anterior se reconstruye en su cabeza. El malestar de la deshidratación cerebral y la sevicia en la boca lo fastidian. C sabe que algo pasa ese día. Pero ¿qué es? De inmediato lo recuerda. Esa tarde está invitado a un asado que pinta muy bien en casa de una joven de apellido Echeverri. C conoce a Echeverri. Nunca la llamaría su amiga del corazón. El asado lo entusiasma porque sabe que la comida será suculenta: carne asada, chorizos, arepas, morcillas. Sobre todo, fina morcilla, si algo así es posible, piensa C, mientras se le despierta el apetito. Unas por otras, a C le entra una profunda pereza, la idea de bañarse o ir a su casa, manejar su moto, cambiarse y recoger el segundo ego los primeros trozos de carne, rojos, a punto de caerles la sal. El efecto de las imágenes le produce un desespero breve del que se sacude categórico: en el fondo, se dice, de lo único que se trata es de una comilona que luego será fiesta en casa de una muchachita rica de la que, por un día, no estará mal aprovecharse. Y sonríe.

Cuando sólo han pasado cinco minutos en casa de la joven Echeverri, el amigo del corazón de C cree enfermarse. Le da rabia estar ahí pese a haber compartido el entusiasmo de este por la

comida con la que esperan encontrarse. Aunque la sensación de malestar físico, y la incomodidad ante la idea de pasar horas en un lugar donde no conoce a nadie, son dos cosas diferentes, el amigo de C piensa que son la misma. La llamada de C a Echeverri en busca del permiso protocolario, antes de confirmarle la invitación, habría tenido que ser señal suficiente, recuerda, molesto consigo mismo. Pero es demasiado tarde. Sus ojos tímidos enfrentan ya muchos otros ojos. Caras fuertes y saludables, no como la suya, piensa, y se va a buscar una cerveza. En el camino lo inquieta la posibilidad de encontrarse con la anfitriona o con sus parientes, unos parientes que está seguro le van a preguntar por sus apellidos, él va a olvidar hasta la dirección de su casa y así, agobiado por la paranoia, prefiere volver a la entrada en busca de C, quien ha desaparecido.

C tiene un temperamento muy diferente al de su amigo, quien además de tímido es algo hosco y reservado. C es la apertura al mundo en pasta. Diez minutos después de llegar a cualquier lugar ha hecho conocidos que de inmediato son generosos con él. Un tipo con una suerte anómala en lo que a las relaciones sociales se refiere. Para bien y para mal. Las mujeres, por ejemplo, le llueven de forma vulgar, desmedida, incomprensible, aunque también pueden odiarlo de manera disparatada. Desde el momento de entrada al asado, C procesa dos cálculos importantes. Uno, tendrá que encontrarse con una persona con quien sostiene una relación de mutua antipatía pese a que apenas se conocen de años atrás en el Liceo, y a que, en realidad, no comparten el mismo círculo social. Dos, la mayoría de las amigas de Echeverri, en principio, es extraño,

han ido al asado sin pareja visible, esas cosas que les cuelgan a los costados y a las que ellas mismas se refieren como *llaveros*, es decir, sus novios. Este último dato, extraído del análisis de los carros parqueados a la entrada, lo conduce a dirigirle a su amigo un tipo de frase que es usual entre los dos. Sin importar la entonación o los colores que adquiera, la frase es, palabras más palabras menos, una invitación flagrante a que levante. Pilas pues, es lo que, esta vez, C dice.

El aire de arrogancia de semejantes palabras regresa a la cabeza del amigo de C. Lo hace porque está buscando a C y está incómodo y no tiene todavía una cerveza en la mano. Lo hace en la forma de un tren de asociaciones verbales que no para. ¡Mierda!, dice con energía disimulada, mientras busca una forma de escapar al baño. El camino al baño le parece intermiene la intención de disfrazar el baño casero de estilizado baño de bar. Mientras entra y observa la simetría de las cenefas paradisíacas, la figura de D aparece de refilón, saliendo inable. Es una casa gigante. El malestar con que entró no lo había dejado percatarse del tamaño. Un corredor que dobla cuarenta y cinco grados y se extiende lo lleva hasta una puerta pintada con una figura extraña que el amigo de C no sabe cómo describir. Cree entender que la figura tde una habitación contigua, una habitación que al amigo de C le parece oscura. No oscura por carecer de iluminación. Oscura por abismal, porque desde allí refulgen los ojos de una presencia que, como la de D, lo incomoda. Junto con D, saliendo también de aquel cuarto, se encuentra su hermano menor.

Aunque nunca ha sido cercano a la joven Echeverri, C sabe de todo el dinero que acumula su familia. Es su primera visita a aquella casa. Una casa cargada, llena de detalles que no quiere considerar. A diferencia de su amigo, y sin vergüenza o paranoia alguna, C visita la cocina e incluso se plantea varias posibilidades de bebida para la tarde. Tomar cerveza le parece vulgar teniendo en cuenta las opciones que hay, así que se decide por la ginebra. Después se asoma al patio. Ahí descubre a varias personas ocupándose ya de la parrilla. Cerca de esta, aunque distante de quienes se encargan del tejemaneje de la comida, ve a su amigo. Al verlo tan metido en medio de la z y se encuentra con D, a quien saluda con absoluta naturalidad, sin dejar entrever el más mínimo indicio de reconocer en él al oponente antipático con el que temió tener que encontrarse. Al hermano menor de D apenas le concede un levantar de cejas. Luego le repite a su amigo: ¿Qué vas a tomar?

El resto de la tarde transcurre entre el sopor y la astucia, que es como transcurren los asados comunes y corrientes de las clases pudientes latinoamericanas en las ciudades capitales.

El amigo de C no tiene mayor ocasión de intercambiar palabra con otros invitados. C, el único con quien se siente a gusto, va y viene procurando concretar las posibilidades sexuales ofrecidas por el círculo. Pese a su parquedad, una de las personas con quien sí llega a hablar es una mujer de apellido Londoño. Cuando se presentan no

entiende por qué ella le dice su apellido y no su nombre. Luego lo olvida. Al poco rato, agotados los lugares comunes de conversación, ambos se quedan callados. Con notoria incomodidad ella le pregunta si ha visto alguna buena obra de teatro en los últimos días. Al amigo de C la pregunta le parece tan absurda que se pone nervioso y recuerda una obra de teatro. La obra no la vio hace poco. Quiere salir corriendo y sin embargo empieza a contarle a Londoño los detalles de la trama. Al tiempo que menciona las particularidades que recuerda, el amigo de C percibe una posibilidad impropia de similitud entre la historia linajuda que con torpeza trata de reconstruir y el asado en el que ella y él han venido a encontrarse. La posibilidad del paralelismo casual lo hace cortar la narración, con lo que Londoño se extraña y se aleja. Para su propia sorpresa, el hecho no lo hace sentirse apocado. Luego opta por moverse. Camina en medio de la gente yo cuarta vez que se cruzaban en la vida. Entonces, en medio de su deambular, el amigo de C lo entiende todo: D considera ese asado un lugar especial, y a la gente que está allí, por una suerte de extensión, especial también.

Una noche estática comienza a apoderarse de las cloacas de la ciudad. La temperatura desciende sobre la planicie de la sabana sin que nadie en la casa Echeverri lo advierta. Los relámpagos de una lluvia lejana y amenazante que jamás llegará pintan los altos ventanales de la casa. Nadie tampoco los ve.

En un minuto de descuido, tal y como llegó a preverlo, a C le ofrecen cierta mercancía. Lejos de no interesarle, la razón por la que en un primer momento la rechaza es estratégica. Resulta que le es convidada por una mujer influyente que lo ha perseguido en distintos momentos de la tarde, y de recibírsela, calcula C, estaría enviando una señal equívoca que bien podría desanimar su verdadera esperanza: delgada y altiva, hay en el lugar una joven de pantalones anchos a quien C observa sin recato. Cuando decide acercarse a la joven Altiva, la Influyente y su mercancía se presentan a estorbar de nuevo. Esta segunda vez de forma nada sensata, aunque inteligente, rejea hasta obligarlo a aceptar la pastilla. Todo con la esperanza, supone C, de que una vez aceptada la mercancía, y gracias al poder de la química, él se dejará perder. Así que C accede a tomarse el regalo de laconoce C. La Influyente quiere decir: C, a mí nadie me desprecia, así que toma esta pastillita, lindo. Pero no es eso lo que dice o lo que sucede, porque lo que la Influyente hace es valerse del peso de la anfitriona. Echeverri es quien va encima de C y lo chanta Influyente, pero la parte en su boca y se traga sólo la mitad con tres enormes vasos de agua, un recurso de conocedor que le permite posponer varios minutos el reventón del efecto. Esos minutos ganados son el tiempo que le queda, calcula él, para conquistar la noche, para dirigirse a su Altiva, pasarle la otra media pastilla y salir de ahí con ella agarrados de la mano. Antes de ejecutar el plan que imagina desde su inmensa pasión por las aventuras sexuales, C sufre. Y sufre porque tiene que escuchar a Echeverri por más de quince minutos, padeciendo el hastío que le producen las amenazas en clave de broma de las que ella es capaz.

Cuando la gente empieza a dejar el patio y su asador exhausto, y se instala de manera definitiva en la sala en un renovado espíritu de fiesta, aparece en casa Echeverri un último personaje. Se trata de un periodista deportivo que dirige y presenta un prestigioso programa de televisión en un canal privado de la ciudad. Es un periodista deportivo atípico. Parcial como el carajo y declarado hincha de uno de los dos equipos de la ciudad. Al amigo de C, pese a no conocerlo en persona, le parece un gran tipo. Le gusta su honesta parcialidad, lo que él considera honesta parcialidad. Sobre sus rasgos físicos le impresiona descubrir que es mucho mayor de lo que imaginaba. No alcanza a precisar, en su primera mirada, si el tipo viene acompañado. No le intriga saber con quién viene. Le intriga saber con qué tipo de personas van los periodistas afamados a los asados especiales. Algunas personas abordan al periodista y lo saludan. Él se ve contento y tranquilo, muytinguir, el periodista camina hacia un rincón de la gran sala. Entonces el amigo de C decide acercársele. Como si nada, casi como si se tratara de un colega cualquiera, se para a su lado y le pregunta por los avances de una investigación que sabe que el periodista adelanta. Se trero no se pierda al depositarlo, un enigmático motociclista lo ha estado recogiendo en las noches de juego. Es un hecho grave. Podría derivar en el destape de cosas peores. La conversación es ágil e inteligente. El amigo de C maneja el lenguaje deportiata de las desapariciones recientes del dinero de las taquillas del equipo que ellos siguen. La teoría del periodista responsabiliza a la propia presidencia del club. Los bancos están a punto de embargar las cuentas del equipo, por lo que, para

que el dinvo a un nivel que parece sorprender al periodista. A los pocos minutos, sin razón aparente, están hablando de ciclismo, en particular de una vieja gloria que emociona al periodista: Patrocinio Jiménez, un tipo al que le tiraban flores en vez de agua cuando arribaba exhausto a los pueblos en los finales de etapa, dice el periodista.

Mientras eso sucede, Echeverri habla y habla y nada parece poderla callar. C la escucha al tiempo que define los detalles de su falsa entrega. Necesita tener acceso inmediato a los tres vasos de agua. Necesita tener ubicada a su Altiva y haberse llenado de valor para, con dos frases y un gesto, ofrecerle la media pastilla, tomarla de la mano y convencerla de que, aunque no lo conoce, es buena idea salir de ahí. Como si fuera poco, también le queda despedirse de su amigo. Tanto cálculo le hace hervir la cabeza. La insistencia de Echeverri le hace hervir la cabeza. Primero insiste con razones. Luego recurre a sonidos casi infantiles. Por momentos sube tanto la voz que la gente voltea a mirarlos. C siente crecer una repulsión vulgar que no le colabora. Varias veces repite que sí, que ya se la va a tomar, que le dé un segundo, que sólo necesita encontrar su momento. Vamos, te sirvo agua si quieres, le responde Echeverri. Sí, dame un segundo, que quiero tener un buen viaje, dice él. A mí no me vas a engañar. Te la tomas delante mío o no dejo de molestarte, termina ella. Igual lo harás el resto de la noche, piensa C, apenas torciendo la jeta, mientras quién sabe qué fuerza hace que Echeverri se ponga a hablar del peligro de comerse una mala pastilla, del peligro de juntarse con un *dealer* traicionero, del peligro de andar

por la calle así sea en su carro y de la necesidad de subir la ventana; del peligro de la carne vencida, del peligro de la carne buena, del peligro de las vergas sucias, del peligro de la guerra política. El peligro, en general, de esta ciudad cruenta, acaba diciendo ella, a lo que C, ofendido, aunque no sabe muy bien por qué, responde: Tú ni sabes deletrear *cruenta*, Echeverri. ¿Echeverri?, dice ella, y luego: ¿Por qué me dices por mi apellido?

La conversación sobre las glorias ciclísticas se extiende varios minutos hasta que son interrumpidos. Un grupo de cinco personas, entre ellos D y su hermano menor, se acomoda alrededor de las sillas que el periodista y el amigo de C han estado ocupando. Al amigo de C le toma un instante notar el fastidio de la escena. Lo descubre en un gesto del el periodista. Parecen querer intimidarlo, y sin embargo algo retienen. No es un golpe inminente. Es más bien la duda del malandrín sin experiencia, acosado por la voluptuosidad de su grupo e incapaz en el fondo de tirarse al abismo, piensa el amigo de C. Atraído justo por lo que parece aire de camorra inminente, C se acerca sin decir una palabra y mira con urgencia a su amigo. Este descubre, entonces, que no es él, sino el propio C, quien va a escapar. Y así sucede. En medio de los movimientos generales que se dan por toda la casa y que anticipan algún tipo de fin o principio, C le pone la mano en el hombro a su amigo y le dice, Me voy; con la nena que te mostré cuando llegamos, ¿te acuerdas? Claro que me acuerdo, responde el amigo de C. ¿Todo está bien?, pregunta C, y sin mediar respuesta desaparece. El tiem desconocida, llena de muebles lujosos, habiendo bebido tan poco. Trama un movimiento para servirse otro trago, pero entonces descubre que el aire del lugar ha cambiado radicalmente. La gente se mueve y hace señales

a figuras o espacios que él sólo capta como formas vacías. Quizás todo responda a una lógica que en el fondo yo no entiendo. De pronto por eso tampoco nos rompieron la crisma, piensa. En esas, el periodista le dice con disimulo que salgan de ahí. El amigo de C, sin soltar palabra, asiente y camina detrás. En el camino se cruzan a una mujer, y el periodista, dirigiéndose a ella, dice: Nos vamos. Los tres comienzan a abrirse paso en medio de la gente que queda y que se agolpa en la inmensa salida, en la inmensa noche, en la inmensa ciudad.

Cerca de 24 horas después, domingo de noche, C levanta el teléfono y llama a su amigo. Le cuenta todo lo que ha sucedido desde su despedida intempestiva. Habla del buen viaje de la Altiva, del par de horas que estuvieron en el bar al que casi toda la fiesta se movió y de cómo, al amanecer, cuando este cerró, los dos se fueron a montar en moto por la ciudad, despacio, con los cascos desajustados, parando en las bancas de los parques para sentarse a reír. Le cuenta también del cansancio que les entró y de la invitación que ella le hizo de ir a su casa. Cuando lleilla que ella comenzó a llenar sin quitarse el casco y sin el más mínimo titubeo. Pasaron media hora en la tina, calcula C, y luego se metieron a la cama, en toalla, medio empapados, y tiraron una y otra vez. Hacia el mediodía ella lo despertó y le dijo que se vistiera para bajar a desayunar. C se vistió y bajó. En la mesa, frente a un plato de frutas y vasijas con olores que le resultaron apetecibles, la Altiva extendió su mano y le presentó a su mamá. Una mujer hermosa, con la boca entreabierta y apenas maquillada, en un gesto de cesión y tristeza profunda, lo

saludó en silencio. Dijo mamá, ¿me entiendes? Dijo: T e p r e s e n t o a m i m a m á. Yo no sabía dónde estaba, loco, esta ciudad es peligrosa.

El amigo de C escucha atento hasta el final del relato. Un relato que sin vuelta atrás va detallando cada rigor de una misma y tenaz obsesión por el peligro de la ciudad. Al final es claro para el amigo de C cómo nada de lo que conteste tendrá sentido. Su amigo, C el extrovertido, C apertura en pasta, está desplomado, y aun así no hay forma ni necesidad de ha, que todo iba a estar bien. En el momento en que sintió esa urgencia, porque no podía ser de otra manera, el amigo de C no entendió ni el sentido ni las razones de lo que sólo pudo juzgar como una ocurrencia absurda. Ahora, domingo de noche, recordando aquella ansiedad abrupta al tiempo que las horas enteras en la casa de la joven Echeverri, con el auricular del teléfono apretado a la oreja, el amigo de C tiene la seguridad de que una oportunidad tal de comunicación, entre él y C, jamás volvería a ocurrir.

Anticiparse a lo que parece precipicio. Enroscarse. Curarse en miedo. Rendido también, y en medio del silencio telefónico, el amigo de C sigue recordando: ya en el carro, el periodista, la mujer y él acordaron, con alegría, no arrancar hasta no encontrar la canción apropiada para hacerlo. Se trataba de un bolero sin título. También estaba seguro de la felicidad que sintió cuando descubrió que la búsqueda era en serio, porque lo único que tenían eran casetes sin

marcar. Luego de media hora de ensayo y error, de meter y sacar cintas en medio de risas y de sorbos a una botella de aguardiente que apareció com ese fuera su destino. Ts, dijo, yo pasé parte de mi infancia viniendo a este lugar; tenía una amiga que vivía en el piso octavo. Yo vivo en el piso octavo, dijo el periodista, mientras entraban en el parqueadero subterráneo. Allí abajo, quizás por la penumbra del sótano, o por la fuerza y la inercia de la noche, o por la urgencia preventiva que había asociado con su amigo ido cuando él mismo abandonó junto con el periodista y la mujer aquella casa Echeverri (¡quien puede saberlo!), allí abajo, el amigo de C sintió un frío en la calva que le venía de las tripas y entró en alarma. El periodista apagó el carro y sacó los seguros de las puertas. Los tres bajaron. Ustedes dos, ¿para qué fueron a ese asado?, les preguntó el amigo de C. Si alguno de los dos le contestó él no alcanzó a escucharlos, porque unos segundos después se había alejado tanto en dirección a las escaleras del sótano que no dejó lugar a nada. Ni a una respuesta ni a una reacción. Mucho menos a la insondable materialización del peligro. Subió las escaleras en dos saltos y fue a dar a la portería. El celador se sorprendió y lo miró con cuidado. Entre dormido y molesto, sin embargo, se limitó a preguntarle si iba a salir. Sí, por favor, dijo el amigo de C a punto de quebrarse.

Pero tal remate de la noche quedó sin contar, reducido a rayones rojizos diminutos en los nudillos de sus manos, marcas del helaje que lo golpeó una vez le abrieron la puerta del edificio y salió apresurado al frío de la ciudad. Y quedó sin contar porque C, al otro lado de la línea, había roto el silencio y se despedía ya, acordando

futuros detalles de una vida que, por entonces, para ninguno de los dos iba a cambiar.

Una historia DESPATARRADA

Más allá de este verso que me mata en secreto
está la vejez —la muerte— el tiempo inacabable
cuando los dos recuerdos: el de mi madre y el mío
sean sólo un recuerdo solo: este verso.
RAÚL GÓMEZ JATTIN, *Lola Jattin*

Ana José Pizarro Barón nació el 7 de noviembre de 1979. Lo hizo hacia las nueve y treinta de la mañana, saludable, pesando dos kilos y medio, bajo la alta y seca temperatura propia de la cuenca del alto Magdalena, en el municipio de Algeciras, frontera entre los departamentos del Huila y Caquetá, al sur de Colombia. Su madre, Laura Barón, corrió esa mañana desde el campamento hasta el puesto de salud arrastrando el dolor punzante de unas contracciones de bajo abdomen, a la expectativa resignada de nuevos y constantes fogonazos insoportables que no se hicieron presentes.

Las contracciones dolieron, cómo pensar lo contrario. Dolieron incluso de manera violenta, pero nunca de manera insoportable.

Laura Barón corrió, entonces, aunque se trate de un decir, porque quienes en rigor corrieron fueron otros, compañeros de la lucha armada que la auxiliaron y quienes estaban tan preparados como es posible en un campamento guerrillero de selva. Tenían empacadas

mudas de ropa para bebé y biberones esterilizados. No así un verdadero dispositivo como para que, por ejemplo, alguno de los tres transportes del move bien brindaba el campamento. Con tan mala suerte que aquella mañana no hubo transporte. Las dos camionetas se encontraban en labores de carga de alimentos, el carro partmejores amigos del padre, luego de una breve comunicación por radio. ¡Carajo!, gritó cuando identificó el punto del trayecto en el que se encontraban. ¿Y la del comandante?, ¿la ubicación de él y de su transporte? Aquello no podía preguntarse por radio. ¿Y la del padre?, ¿la ubicación del padre de la niña? Cumpliendo condena por el delito de rebelión en la cárcel La Picota de Bogotá.

Ana José pasó los primeros meses de su vida entre aquel campamento, conocido con el nombre de Frente Sur, y la casa de una señora de nombre Carmela.

El Frente Sur era resultado de una estrategia de repliegue y concentración de fuerzas que la organización subversiva había tenido que ejecutar luego de sendos reveses militares ocurridos entre los años dien con el nombre de *desvirgamiento revolucionario*, y que, en uno y otro caso, consistía en descubrir dos cosas. Una: que eran tan mortales como el enemigo; y dos: que más que una extensión de la política por las armas, la guerra era un escupitajo abusivo a la boca abierta de un leproso cuyas pústulas faciales le impiden cerrar la boca para tragar.

La casa de doña Carmela era resultado de la constancia. Divorciada en una ocasión y viuda en dos, Laura la conoció

temprano una mañana y la consideró su amiga para el mediodía. La tropa guerrillera acababa de llegar a la zona y las mujeres cumplían la primera etapa de acercamiento a la población civil para explicar los motivos de su presencia y la naturapromiso y la fiel pasión por la revolución democrática que todos los compañeros compartían, pero que igual, si algo así llegaba a presentarse, la regla en el movimiento leza del movimiento insurgente. Y ustedes, mi niña, le dijo doña Carmela una vez comenzaron a conversar frente al portón de la casa, ¿qué hacen cuando les entra la espinita de la familia o las ganas de volverse a otro lugar? Laura trató de explicarle que en principio aquello era poco frecuente dado el profundo comera muy clara: allí se había llegado por voluntad y por voluntad se podía partir también. Haciendo salvedad de la traición, dijo Laura. Porque la traición, me perdonará doña Carmela, la traición es otra cosa. La señora, contrario a lo que Laura calculó en ese momento, no estuvo interesada en repuntar sobre la traición. Contrajo la cara y dijo: ¿Y cómo es eso de revolución democrática? ¿Ustedes no son acaso comunistas? Jíjole, pensó Laura, que había pasado algunos de sus años de juventud en México, estudiando y preparándose, sin saberlo, para la vida guerrillera. Esas preguntas suyas, doña Carmela, dijo, y siguieron hablando por horas.

Desde entonces la matrona invitaba a Laura a su casa, y tras el nacimiento de Ana José, con mayor razón, decía la propia doña Carmela. Durante los primeros meses las visitas llegaron a extenderse por días, de tal modo que Laura pudiera descansar y realizar las múltiples labores maternas de forma cómoda. No es difícil imaginar las dificultades que acarrea el cuidado de un bebé en medio del monte, y aunque en rigor el campamento del Frente Sur

no estaba tan lejos de los linderos del pueblo, con un acceso sencillo a provisiones de comida y medicina, de cualquier manera las tablas para cambiar los pañales y el control de las temperaturas para calentar los teteros no eran estables. Hubo días en los que incluso doña Carmela llegó a encargarse de la niña, una vez esta había cumplido los seis meses, ocasiones en las que, por ejemplo, la madre necesitaba visitar la ciudad con motivos tan variados como consultas médicas propias, la compra de antojitos o el transporte de propaganda beligerante.

Ana José no fue la única criatura nacida en la insurgencia bajo el ala de la comadre. En realidad, la casa de doña Carmela acabó convertida en parvulario.

Usted no tiene para qué ser tan buena con nosotros, le dijo Laura un día. Detrás de su declaración se escondía una honesta curiosidad: quería saber por qué lo hacía. Antes de responder, la vieja se encarmás quiere que yo haga?, terminó doña Carmela, y agachó la cabeza. Laura se sintió estúpida, miserable, incluso fea. Guardó silencio, terminó su café y se despidió.

Así transcurrieron los primeros meses de vida de Ana José, sin muchos sobresaltos porque los sobresaltos por lo general de sucedían a una distancia considerable de donde ella y otros niños jugaban, bien porque las operacionesl grupo guerrillero se topaban con el ejército nacional y se veían obligados a trenzarse en tiroteos escandalosos que podían llegar a durar días, bien porque se trataba de audaces y lejanos golpes urbanos de los que apenas si llegaban noticias por radio, o bien porque las acaloradas discusiones políticas siempre procuraban hacerse a puerta cerrada, incluyendo a la

mayoría de compañeros posibles y guardando siempre un alto sentido de la discreción.

Acercándose a su primer cumpleaños, Ana José hizo el primero de una larga lista de viajes internacionales a los que la vida, de ahí en más, la enfrentaría. El destino fue Ciudad de Panamá.

En aquella estadía Ana José compartió con su madre y otros hijos de militantes que vivían allí o que estaban de paso o que se preparaban para el regreso a Colombia por medio de alguna operación especial, un ambiente que, quizás por la tranquilidad del anonimato o por la cantidad de gente, consiguió hacer que el viaje se pareciera más a una ocasión festiva que a la temible faena en que todo acabó convertido una vez tuvieron que volver. Y es que, cumplidos cuatro meses, tres noticias al hilo vinieron a sembrar el estupor y el nerviosismo.

Dos comandos especiales, de alrededor de setenta hombres cada uno, habían regresado a Colombia a través de precarias embarcaciones que hicieron navegar desde Panamá hasta la frontera con Ecuador, armados y preparados para llegar a los departamentos de Nariño y Cauca. En menos de una semana ambos frentes fueron diezmados. Las noticias internas del movimiento sólo reportaban capturas, muertes y torturas. Una semana después, cuando el aire aún cortaba al respirar, los medios masivos de comunicación hicieron eco de una serie de volantes lanzados desde una avioneta. Los volantes habían estado cayendo desde el día anterior por toda la ciudad de Cali. En ellos, un grupo desconocido que firmaba con la sigla MAS (Muerte a Secuestradores) declaraba la guerra a

«secuestradores comunes o secuestradores subversivos». En realidad, lo desconocido era la alianza, porque los componentes del grupo fueron identificados de inmediato: mafias nacientes de narcotraficantes a quienes, en operativos recientes, la guerrilla había presionado secuestrándoles familia cercana para pedirles dinero. Tampoco era cierto entonces que la guerra estuviera declarada tanto a secuestradores comunes como a secuestradores subversivos. Se trataba, tan claro como canta un gallo, del precio puesto a las cabezas insurgentes. La tercera noticia que acabó de sacudir los ánimos de los militantes colombianos refugiados en Panamá, y en general los ánimos de todas las guerrillas latinoamericanas que entonces llevaban ya varios años pululando y poblando el continente, fue la muerte del expresidente golpista de aquel país, general Omar Torrijos.

Con tal panorama enfrente, madre e hija viajaron a la ciudad de La Habana, por orden expresa del padre y de la comandancia obligada a proteger a las familias. Allí permanecieron cinco días, tras los cuales regresaron a Colombia vía Cali para terminar en Manizales. Era más fácil protegerlas si estaban dentro del país, al menos en esos momentos en los que el dinero escaseaba.

Más de veinte años después una pregunta volvería de manera inquietante a la mente de Ana José: ¿cómo era posible que, en aquel inicio de los ochenta, el movimiento de sus padres se hubiera enredado en la locura de secuestrar familiares de peligrosos mafiosos, y no, por ejemplo, tíos o primos o hijos de la oligarquía, a quienes les costaría más trabajo protegerse dado que se encontraban bajo el chaleco de fuerza que representa el estricto cauce de la ley?

Ana, a los tíos, primos o hijos de la oligarquía también intentamos hacerlos pagar su cuota, le respondería un día un viejo amigo de batallas de su padre, sentados en el balcón de su piso en Sarrià-Sant Gervasi, al norte de Barcelona. Pero además, en la historia de este país es difícil saber si las mafias han sido más peligrosas que los estrictos cmar la guerrillaauces de la ley. Y mirando el horizonte cortado por los bordes irreales de las montañas, el amigo de su padre seguiría: No fue fácil, Ana, no fue nada fácil… Imagínate, transfor desde la guerrilla misma. Cometimos locuras, cientos que ahora mismo yo no sabría cómo explicar. Con decirte que llegamos a robar los restos, las cenizas, Ana, de Juan Agustín Agualongo Cisneros. ¿Sabes quién fue Agualongo Cisneros?

Ana José creció y su infancia se tiñó de momentos apacibles. También de una que otra tensión.

En los primeros meses de 1984, recién cumplidos sus cuatro años, Ana José conoció a su padre. ¿Momento apacible o momento de tensión?, difícil decirlo. Este había salido de la cárcel hacía más de un año. Su salida, sin embargo, en nada había estado atada al cumplimiento del tiempo de condena y más bien había tenido que ver con terrenos ganados por el movimiento a punta de golpes militares y golpes de opinión, lo que había hecho que la reincorporación inmediata a la lucha armada fuera indispensable, y el encuentro padre e hija obligatoriamente postergado. Laura, por su parte, desde el nacimiento de la niña había tenido la suerte de verlo en dos oportunidades. En ambas la maniobra significó un riesgo al que no les pareció acertado someter a su hija. La segunda de esas

maniobras fue, de hecho, una especie de visita antesala para evaluar el terreno y decidir si era posible que madre e hija pasaran una temporada en los campamentos en los que el padre se encontraba entonces, en la vereda de Yarumales, municipio de Corinto, nororiente del departamento del Cauca.

En rigor, la decisión no estuvo tan atada a la evaluación del terreno como a la realidad del país. Ciertas negociaciones de paz, bandera política que el movimiento había enarbolado desde años atrás, estaban siendo adelantadas con el Gobierno, y aunque la posibilidad de una tregua armada era una opción distante e ilusoria, no por ello dejaba de estar en consideración. Madre y padre se encontraron, pues, y tras abrazarse y besarse en lo que fue un cruce afectuoso de saludos, la pareja se puso a hablar de su hija y de su futuro, del futuro de ellos como pareja, una forma de decir que se pusieron a hablar de los últimos avances en la lucha armada, de las escasas transformaciones en la realidad política del país.

Ana José pasó los días de reencuentro de sus padres en Bogotá, en casa de María Arango, amiga entrañable del movimiento y quien desde su apartamento en el barrio La Perseverancia adelantaba labores de inteligencia para el movimiento y las juventudes comunistas. Sus labores eran tan variopintas como peligrosas: transmitía información desde un radio de onda corta escondido en su azotea, hacía llegar misivas de un lado a otro y prestaba su casa como hospedaje para aquellos insurgentes que se encontraran de tránsito.

La tercera noche que Ana José pasó en casa de María Arango, dos de los comandantes del movimiento llegaron a reposar, camino a la ciudad de Cali, en donde actuarían como negociadores. Los dos

comandantes, como es fácil suponer, eran muy buenos amigos del padre de Ana José, de ahí que, una vez María Arango les explicó quién era la niña, ambos sonrieran, se arrodillaran y la levantaran del suelo haciendo comentarios que celebraban lo grande y buenamoza que estaba.

A Ana José el gesto de cariño de los comandantes no sólo le pareció exagerado, sino incluso aterrador. Aquellos hombres olían a monte, a sudor, a una amarga mezcla sin nombre para la niña y en donde la adrenalina de la muerte tenía su cuota. Como si fuera poco, la hacían volar por el aire y en realidad no parecían concentrados en volver a recibirla. En cualquier caso, una mala experiencia, tanto que estuvo a punto de echarse a llorar. Pero no lo hizo. No pudo, y no por falta de ganas. Se contuvo por algo que, considerando su corta edad, bien podríamos llamar instinto, una fuerza que le dijo que ese no era lugar para subir la voz.

Instinto entumecido en el caso de sus padres, quienes, a medida que avanzaban en su conversación de reencuentro, perdían el control sobre el volumen de la voz. Laura quería vivir en el campamen? ¡Desgraciado! Cómo se te ocurre, decía el padre, pero la verdad parcial era que sí. Parcial porque no era el motivo principal por el que no estaba de acuerdo con la mudanza al monte de su mujer y de su hija, y verdad porque era verdad.

La chica se llamaba Estela. Era mucho más joven que él. Se había educado, como Laura, y dentro de la organización estaba encargada de labores de instrucción y propaganda entre los campesinos del municipio de Corinto.

Luego de dos horas más de discusión el raciocinio fatalista de la madre acabó por triunfar. Según ella, a esas alturas del juego, no

acceder a que la niña pasara una temporada en el campamento insurgente era arriesgarse a que no pudiera construir memoria alguna del padre. El padre al principio se asustó, luego se ofendió, luego pasó por otra serie de matices entre el miedo y la indignación. Al final acabó pensando en responder desde las implicaciones que la tesis de la madre permitía: ¿Quieres decir que crees que pronto me van a matar, que los sueños de esta organización de poder participar en una vida política demo en adelante ycrática amplia, en donde no sólo las ideas de la oligarquía muevan los goznes de la sociedad, van a fracasar?, estuvo a punto de decir, pero se contuvo. Demasiado voltaje, pensó. Respiró hondo, y cuando sintió que la sangre volvía a circularle con facilidad por el cerebro, dijo: entre que mi hija tenga memoria y esté viva, yo prefiero que esté viva. La frase, claro, por más que naciera de la serenidad y el control, transportó el calor al cerebro de la madre, quien de ahí durante la siguiente media hora no paró de tachar al comandante de insensible y manipulador.

Al final el padre acabó accediendo. Los arreglos se hicieron y en un abrir y cerrar de ojos la pequeña Ana José se encontró caminando por el espesor de los montes, luego de un viaje en carro de tres horas desde la ciudad de Cali y otro de una hora en campero desde el pueblo de Yarumales, a escasos minutos de un atajo que pronto la sacaría a la última cuchilla que resguardaba la seguridad del campamento, muy cerca de los brazos de su padre.

La primera semana de estadía en el campamento transcurrió dentro de los límites de la normalidad: jugaba con sus padres, tomaba cortas siestas luego del almuerzo e invariablemente conseguía que le leyeran algo a la hora de dormir. Su padre había elegido una edición animada de las aventuras de Robin Hood, y

aunque le divertía la entonación que utilizaba al momento de los diálogos socarrones e irreverentes del arquero inglés, la verdad era que la trama de las acciones la fulminaba de aburrimiento. Durante esos primeros días Ana José tuvo también que aprender a montar a caballo. Utilizaban dos yeguas enflaquecidas y mansas hasta lo ridículo. Al principio, los paseos, aunque cortos, la asustaban. A la semana de práctica y tras percatarse del lugar exacto en el que su padre siempre tiraba de las riendas para girar e ir de regreso, Ana José decidió pedir que el paseo continuara y ponerse a llorar cuando descubrió que no iba a hacerse su voluntad. Con las primeras lágrimas el padre guardó silencio, pero una vez la niña tomó impulso para soltar un grito y subir el volumen del llanto, su voz serena y fuerte soltó un ¡No más, Ana José!, que la dejó de una pieza y apenas en sollozos.

Para infortunio del optimismo materno, poco tiempo después del anhelado encuentro, y como si algún tipo de alineamiento cósmico hubiera tenido lugar, la densidad copó el aire, y a partir de entonces tanto a la familia Pizarro Barón como a la familia Pizarro García o a la familia Barón Leyva o a la familia Pizarro Leongómez, no les quedó más remedio que estremecerse ante lo que iba sucediendo.

Primero había sido, varios meses atrás y en circunstancias nunca esclarecidas, la caída del helicóptero en que se movilizaba hacia Panamá el comandante máximo del movimiento, Jaime Bateman Cayón. Con su muerte y la de los demás ocupantes el desconcierto estaba sembrado. Desde entonces la organización no había tenido ocasión de redefinir su cuadro de comandancia, en parte por un

sereno y respetuoso luto, en parte por falta de oportunidad. Esta circunstancia, sin embargo, y en una lógica no exenta de curiosidad y valentía, había revitalizado las fuerzas del movimiento. El desconcierto, aunque palpable, estaba controlado.

Luego vino el asesinato de Carlos Toledo Plata, uno de los negociadores del movimiento y quien se encontraba como civil en la ciudad capital. Toledo Plata, por supuesto, no fue el primero ni el último de los militantes muertos. Fue sí un punto de no retorno. El Poder Ejecutivo, por intermedio de sus fuerzas del orden, le había otorgado a él y a los otros negociadora al hotel elegido por los organismos de inteligencia de la policía, una ráfaga proveniente de uno de los techos le descargó quince balas, tres de ellas en la cabeza. Toledo Plata murió al instante. La misma suerte tuvo uno de sus escoltas.

Un día después de cruzado el no retorno, las tropas de la Tercera Brigada del ejército, al mando del general Hernando Díaz, dieron pasos significativos en el cierre del cerco que desde hacía varias semanas tendían sobre la zona de concentración de los guerrilleros. Las cartas y los buenos oficios de unos y otros no eran atendidos por el Gobierno, que se limitaba a retrasar sus respuestas y a darlas de manera confusa cuando lo hacía. Padre y madre no entraron a cruzarse acusaciones de responsabilidad por la presencia de la niña en el campamento asediado. Comenzaron a planear, eso sí, un operativo para sacarlas de ahí, junto con otros niños y sus respectivas madres.

Con el campamento comenzando a hervir, pareciéndose más a una sala de espera de hospital que a una sala de espera de aeropuerto, una cuarta y última noticia salió del t la niña de apenas cuatro años.

No es que Ana José haya entendido con exactitud lo que la noticia significaba y a quiénes involucraba. Entendía más bien el sentimiento de ofensa que pelevisor instalado en el comedor central donde los guerrilleros se juntaban cada noche. Salió para clarearse en los ojos de Laura, y, a través de su brillo, poder ser comprendida porrimero se fue plantando en todos los semblantes, el sentimiento de indignación y rabia rodando luego junto a las lágrimas de su madre, el sentimiento de ultraje en los ojos entristecidos de su padre.

La voz del noticiero comenzó dando de manera sentenciosa el cómo cuándo dónde y quién. Luego, con menos solemnidad, la noticia misma: en rueda de prensa llevada a cabo en las oficinas centrales de la Procuraduría General de la Nación, siendo las cinco y veinticinco de la tarde de aquel 10 de agosto de 1984, el señor Carlos Jiménez Gómez, procurador general de la nación, daba a conocer un riguroso informe resultado de investigaciones adelantadas por más de un año. El colaboración que involucran a todas las esferas de la jerarquía militar, decía la voz del procurador, que al tiempo alzaba su dedo índice derecho.

Como habría de descubrir Ana José varios años después, Carlos Jiménez Gómez no corrió con la suerte de otros procuradores generales colombianos o ministros de defensa colombianos o precandidatos presidenciales colombianos que denunciaron relaciones cómplices de este tipo, abusos de poder o soluciones primitivas. En otras palabras, Carlos Jiménez Gómez murió de muerte natural, a la edad de setenta y ocho años. Un milagro nacional.

Con el hormigueo de una traición evidente haciendo llaga en la garganta de todos los acuartelados y el acoso de los efectivos del ejército engrosando hasta la sangre del más templado, Ana José, de cincuenta y siete meses de nacida y sin haber podido pasar más de seis con su padre, tuvo que decirle adiós. Madre e hija fueron montadas en uno de los siete camperos que llegaron al auxilio, trayendo provisiones de alimento, pertrechos y dos valijas atestadas de billetes, estas últimas en caso de que la presión se agudizara y urgiera sobornar el cerco militar.

En medio de los sinsabores de la noche su padre la despidió con un largo beso en la frente, y aunque los demás recuerdos de aquel primer adiós se diluyeron en sombras que de vez en cuando resurgían de manera intermitente, Ana José se las arregló para burlar la memoria y conservar viva aquella imagen.

El campero que las transportó era de color rojo oscuro, parecía recién pintado o al menos recién retocado. Lo conducían dos tipos de espaldas anchas y vestidos de manera informal aunque elegantes, silenciosos como predadores y cargados hasta los dientes con ametralladoras, revólveres y granadas. Ana José y su madre ocuparon la parte de atrás. En medio del aburrimiento la niña se reacomodaba por pasajes del viaje de tal modo que, arrodillada y encarando el ventanal trasero del campero, se divertía con la oscuridad y el polvo levantado que iban dejando colgado con cada curva recortada, todo en medio de un camino operoso que atravesaban a una velocidad inverosímil.

Luego de dos horas de viaje a Ana José le dieron ganas de orinar. Una vez el campero se detuvo bajó con su madre, que la llevó de la mano hasta uno de los árboles que se levantaban en la cuneta a

centímetros del camino. informe, con pruebas no sólo en la forma de testigos, sino incluso de carácter científico, denunciaba vínculos entre las organizaciones paramilitares nacientes, tales como el MAS, y miembros de las fuerzas militares regulares. Pero no sólo miembros, advertía el señor Carlos Jiménez, también circuitos de Acomodada en medio de la densa vegetación, con su pantaloncito y su calzón abajo y el frío de la noche calando por todas partes, la niña escuchó a su madre vomitar a escasos metros, de manera incontrolable, mezclando las embestidas del estómago con gemidos como de autocompasión. Los tipos del campero se acercaron y quisieron saber si todo estaba bien. Sí, no es nada, respondió la madre. Tres minutos después las dos volvieron de la oscuridad, pálidas, se montaron de nuevo en el vehículo y continuaron con el trayecto a más de cien kilómetros por hora, levantando de nuevo el polvo ligeramente humedecido y apostado en los flancos de la carretera estrecha.

Nueve horas más tarde y tras haber cambiado de vehículo en un paraje cercano al pueblo de La Mesa, los dos hombres terminaron por llevarlas a un pequeño apartamento acondicionado, en el barrio Fontibón, al occidente de Bogotá. Los cuatro permanecieron encerrados ahí una semana, incomunicados, controlando el exterior desde los resquicios de las persianas y en el más absurdo de los silencios, un silencio sólo interrumpido por las dos horas de radio que escuchaban a diario, de siete a nueve de la noche.

Cumplida la semana, madre e hija se despidieron de los dos tipos. La madre les agradeció casi en lágrimas llamándolos por sus nombres, y sin más preámbulo, montó a su hija en un taxi que las

llevó al terminal de transportes. Allí Laura compró dos pasajes sin regreso con destino a la ciudad de Bucaramanga.

El ciclo de los siguientes doce meses no llegó a parecerse a una ladera de inclinación pronunciada o a un desbarrancadero peligroso. Su trayecto fue, de plano, una cascada atroz. Paros cívicos hechos golpizas, golpizas hechas torturas, dirigentes cívicos hechos muñecos agujereados, abusos y detenciones masivas convertidas en infiernos privados, palacios ardiendo y hasta el mismísimo arrojo de la mismísima naturaleza clamando por sangre y convirtiendo en mugre lo que se atravesaba al paso de sus tentáculos de lava despierta.

Para colmo de males, durante los últimos días de 1985 comenzaron a aparecer, en fosas comunes, los cadáveres de decenas de hombres y mujeres pertenecientes al Frente Ricardo Franco, una fracción disidente de las Farc con menos de cinco años de existencia. Como habría de hacerse público con el propio testimonio escrito de su comandante, el señor Javier Delgado, cada uno de los allí enterrados había sido considerado infiltrado del ejército o de grupos de izquierda interesados, según él, en acabar con su proyecto de guerrilla. Una infiltración masiva, decía, y luego, en tono de indignación, agregaba: ¡imagínense!, ciento sesenta de un total de ciento noventa hombres que tenía a mi mando. No tuve más remedio. De no haberlos matado habría sido menos que un traidor o un incapaz.

Lo que siguió en la infancia de Ana José fueron días dilatados. Sus preguntas por el padre ponían horriblemente nerviosa a la madre, y

sus silencios nos y a hablar más; aprendió a comprender a su madre, a descifrar su tristeza. Aprendió del color cobrizo de la realidad.

Una mañana, con menos de seis meses por delante para que Ana José cumpliera diez años, la madre llenó una maleta con casi toda la ropa de la niña mientras esta la miraba atónita; la llenó con tres libros para colorear mientras esta daba vueltas a su alrededor sin parar de mirarla; la llenó con tres pares de zapatos, dos deportivos y unos formales, mientras esta la hacía caer en la cuenta de que estaba descalza y de que si, como parecía, iban a salir, más valía dejar afuera uno de los pares, Los amarillos, mami, por favor.

Madre e hija salieron a la calle y tomaron un taxi que las esperaba con dirección al aeropuerto. Por la 63, pero no tome la 30 sino siga bajando hasta la 68, le dijo Laura al taxista. Luego se dejó caer de lleno en al asiento del carro y de inmediato se incorporó. Acarició las manos de la niña y mirándola a los ojos le pidió que la perdonara por la prisa con que habían salido. Ahora sí te explico, corazón, dijo, y tomó una bocanada de aire.

La explicación consistió en todo un discurso.

Veintisiete minutos de trayecto que empezaron en el amor filial y su significado dentro de la sociedad, y ne consideraba los picos altos de la expresión de ese amor filial. No de tu expresión de ese amor sino de nuestra expresión de él hacia ti, tuvo a bien aclarar. Veintisiete minutos de escenas frente a las que Ana José se sintió ingrata porque, o su madre estaba confundida, o ella tenía muy mala memoria. Tal vez es la velocidad con la que todo esto está pasando, pensó la niña en un momento dado, un segundo de desatención que le costó porque al regreso su madre lloraba y le preguntaba si

estaba de acuerdo, lloraba y sin esperar su respuesta o tal vez ante la duda para poder dar una respuesta, la madre seguía adelante, esta vez mezclando en su monólogo una bibliografía emadre, y esta vez Ana José, sorprendida porque podría jurar que no había desatendido ni un instante las palabras de su madre, tenía que preguntarle qué era lo que quería que le prometiera. Que lo vas a leer cuando tengas edad para hacerlo u oportunidad, por favor, mi amor, le respondió la madre. Leer a quién, mami, dijo Ana José, visiblemente nerviosa. Pues a quién va a ser, Ana José, ¡por Dios!, a Fucik, el tipo del que te he estado hablando. ¿Es que no me has puesto atención o qué? ¿Se te va a olvidar también saludar de mi parte a doña Carmela?

En el aeropuerto de Popayán, tal y como su madre lo había anticipado en su discurso de veintisiete minutos, tres tipos la recibieron. A dos de ellos no los había visto en su vida. En la cara del tercero, tal y como se lo había advertido su madre, Ana José pudo identificar un aire familiar. La azafata que bajó junto a ella le pidió al del aire familiar su identificación, y tras cerciorarse de su nomde la mano para salir a la calle y montarla en la camioneta Ford que los esperaba. ¿Para dónde vamos?, preguntó. Cómo, ¿no sabes?, dijo uno de los desconocidos. A ver a mi papá, sí, pero ¿cómo se llama el lugar? Santo Domingo, es un pueblo. Por ahí nos echaremos cinco horas de carretera, le respondió el del aire familiar.

Lo que Ana José se encontró al llegar al caserío de Santo Domingo, vereda del corregimiento de Tacueyó, occidente del dbre y de su número de cédula, le entregó la maleta de la niña. Ana José siguió a los tres hombres por los pasillos del aeropuerto, correspondiendo a sus sonrisas nerviosas, frecuentes al principio y

controladas desde cuando la tomaron epartamento del Cauca, estaba muy lejos de cualquier cosa que hubiera podido imaginar.

El lugar, para empezar, estaba repleto de gente. No repleto de insurgentes cargados con fusiles sino de periodistas, monjas, albañiles, campesinos y otra cantidad de civiles que no pudo identificar por su atuendo. Apenas bajó de la camioneta varias cámaras y brazos con micrófonos y grabadoras se abalanzaron sobre ella. Es sólo una niña, por favor, escuchó que decía uno de los tipos con quien había viajado. De inmediato, el del aire familiar la tomó del brazo y le susurró que se dejara llevar.

Lo que Ana José se encontró una vez flanquearon aquel cerco de curiosos y periodistas fue la cara de una señora sonriente. Mi amor, cómo estás de bella. Yo soy Carmela, ¿te acuerdas de mí…? No, qué te vas a acordar, si eras una bebé. Ana José recordó las palabras de su madre y la saludó con afecto contenido. Luego le confesó que no la recordaba, pero que su mamá le mandaba abrazos fuertes. Gracias, ve qué tan bella tu mamá ¿no? ¿Cómo está ella? Años sin verla. Bien, respondió Ana José. ¿Tienes hambre?, ven que te voy a dar de comer. Luego te llevo a conocer a otros niños. Ana José la siguió. No tenía hambre. Tampoco ganas de explicárselo a nadie.

A su padre no pudo verlo sino hasta bien entrada la noche. Está en reuniones importantes, le explicó doña Carmela, antes de llevarla a una carpa y acostarla en una enclenque cama semidoble acomodada en un rincón. Pasaron alrededor de dos horas. Cuando la niña estaba a punto de caer vencida por el cansancio, una figura enflaquecida apareció en la rendija de acceso a la carpa. El interior del lugar lo alumbraban los tenues chorros de luz de dos lámparas eléctricas Coleman. Hija de mi alma, escuchó que alguien decía.

¡Papi!, grito ella, y luego de abrazarlo inclinó la cabeza y le espetó sin espera: ¿Qué pasa acá? El padre soltó una risa. Luego, al alzar a su hija y mirarla de frente a los ojos, pudo ver que la pregunta iba en serio. Su explicación también acabó convertida en discurso. Esta vez, sin embargo, Ana José estaba tan cansada que no hubo ocasión para que entendiera una sola palabra o para que alcanzara a ponerse nerviosa.

Su padre se acostó junto a ella y comenzó a hablarle de la historia política y económica del país, de la abyección, de los fraudes electorales y de la bajeza con que las oligarquías liberales y conservadoras lo habían transado todo. Habló de nombres de hombres y mujeres valientes muertos a manos de cobardes, de la capacidad de la palabra para apasionar a la gente, de sectarismos pusilánimes, de fracciones de la izquierda obtusa entrenadas en lo monolítico. Desde la primera línea Ana José se adormeció con el hilo de su voz.

Quiero que conozcas a alguien, fue lo primero que escuchó cuando abrió los ojos a la mañana siguiente. Su padre acababa de acostar a su lado a un bulto de carne rechoncho que sollozaba y balbuceaba quejidos. Es tu hermana, le dijo. Apenas tiene seis meses. Hay que tener mucho cuidado con ella. Ana José lo miró, inquisidora, sin entender qué quería decir con lo último. Es tu hermana, repitió su padre. Detrás de la figura del padre apareció una mujer con el pelo recogido, vistiendo un pantalón verde estrecho y una camisa que no se ajustaba a su talla. Te presento a Estela, la madre de María. Hola, le dijo Ana José a la mujer. Y luego preguntó: ¿María qué se llama ella? María del Mar, respondió Estela. ¡¿María del Mar?!, dijo Ana José, entre sorprendida por la sonoridad

de lo que le pareció una hermosa combinación y preocupada porque a su hermana, en la vida, no la fueran a tomar en serio.

A medida que pasaron los meses Ana José se fue acostumbrando a la rutina establecida en el campamento de negociaciones. Los periodistas cada vez eran menos y con su retirada crecían las posibilidades de jugar sin vigilancia por un perímetro más amplio. Sus días pasaban entre un paseo al río y otro a la montaña, entre juegos de ronda y noches de fogata, entre visitas regulares a la escuela del municipio y lecturas de libros de aventuras, entre compras de verduras y la asistencia en el aseo de su hermana.

Dentro de aquellas rutinas había una por la que esperaba la semana entera. Un grupo de campesinos simpatizantes del movimiento guerrillero, recogedores de caña de la región y quienes no vivían muy lejos de aquel caserío de Santo Domingo, pasaban a veces por el campamento desa de los padres y luego del adelanto de ciertas indagaciones consistentes en preguntarles de dónde habían sacado eso, descubrieron que su enriquecimiento léxico provenía de las tardes de cuentos con los amables y dicharacheros campesinos. Doña Carmela fue entonces comisionada en calidad de censuradora, un papel que ejercía de manera discreta aunque firme.

Aquel periodo flotante en el campamento de tregua también habría de acabar. Para Ana José y para todo el país. Las noticias, tras meses de muertos y de sacrificios silenciados, comenzaban a revelar avances en las mesas de trabajo y razones para sentir confianza. En las caras cada vez era más difícil aparentar serenidad.

Uno de los últimos días de aquel año de 1989, las cosas se desataron: firma del preacuerdo de paz; firma del indulto por crímenes políticos; firma del acuerdo de reforma política; convocatoria de los tres encuentros de dejación de armas en las tres zonas del país donde el movimiento concentraba sus fuerzas; prensa, hacer este acto simbólico y real de dejación de las armas, que cualquiera de los combates que hemos tenido en el pasado», leyó el padre de Ana José en su primer discurso desde la legalidad. Ella prestó cuidado a la primera frase. Para la segunda, como habría de percatarse años más tarde, su atención había decaído en las arrugas del rostro y los pliegues carnosos del cuello del presidente.

Varias semanas después del regreso eufórico y definitivo a Bogotá, los niños fueron comunicados del importante rol que habrían de desempeñar en el último evento simbólico del movimiento en su proceso de reinserción a la sociedad. Van a representar una especie de obra de teatro, les dijo doña Carmela cuando los tuvo reunidos y consiguió que hicieran silencio. ¿Qué obra?, preguntó Ana José. Una obra en donde se entrega una espada, contestó doña Carmela. ¿Una espada?, resopló la niña, desanimada, encontrando eco a sus protestas en las voces de otros niños. ¿Al menos será importante la bendita espada?, quiso saber la niña, pero otro de los desilusionados se adelantó e hizo la misma pregunta. ¡Importantísima!, contestó doña Carmela, y se lanzó a explicar.

Dicho y hecho. Con el caserío de Santo Domingo como parte del pasado, convertido en lodazal desangelado, ni siquiera condenado a ruina con algo de gloria, Ana José y una veintena más de niños se encontraron de sobrio espectáculo de una Quinta de Bolívar ocupada

por los estamentos de la sociedad, frase de uno de los pocos reporteros de radio presentes.

Ana José regresó a vivir con su madre mientras las ideas dsfilando con la pesada espada del libertador entre sus brazos, envuelta esta en la bandera tricolor y en medio dele su padre y las ideas de los compañeros del movimiento y las ideas heredadas de los que habían muerto se adueñaban de la escena política con vértigo y entusiasmo.

Algunas mañanas despertaba pensando en su hermana, en los ojos profundos que compartían, no preocupada por ella pero sí sufriendo de una leve ansiedad. Otras veces no despertaba y el rostro de su hermana aparecía más bien mediado por las convenciones de los sueños, unos sueños plagados de azul de metileno, sin ambages. Semanas después su madre entró en unos de esos sueños al tiempo que al espacio físico de su cuarto, se arrodilló a un lado de su cama y se tapó la cara con las dos manos. No encontraba las palabras. Acababan de asesinar a su padre.

En 1995, luego de haber sido expulsada de dos prestigiosos colegios en Bogotá por razones que iban desde la indisciplina hasta la condición de exguerrilleros de sus padres, de uno en Cali por falta de pago y de un par de años vividos con su madre bajo el empalagoso sol de La Habana, Ana José entró al noveno grado de bachillerato en el Liceo J. R. J., llena de escepticismo frente a lo que su mamá insistía en llamar *una nueva etapa*, dispuesta, eso sí, a encontrar la forma de pasar inadvertida y obtener su título sin un sobresalto más.

La recibieron en su primer día de clases las zancadas y el halo tabaquero de un mal afeitado profesor de Historia. El libro que el tipo cargaba bajo su brazo enclenque venía con la contraportada

expuesta, por lo que Ana José, pese a su intento, no pudo identificar el título. El tipo se sentó, cruzó las piernas y les preguntó qué sabían de la historia de su país. La falta de un mínimo protocolo que amenizara la mañana del primer día de clases dejó a los veintinueve alumnos de una pieza. No hubo osado que aventurara una respuesta, a lo que el profesor respondió preguntando si eran sordos. No, dijo algu del líder liberal…», y sin acabar la frase sentenció: ¡Mentira!; la violencia bipartidista contaba ya sus muertos en decenas de miles para 1948, la muerte no fue una muerte sino un asesinato, y Gaitán no puede ser considerado únicaien, y luego matizó: Yo no, quiero decir. Pequeñas risas se dejaron oír y hasta el malbarbado pareció aprobar el apunte. Serán mudos, entonces, dijo, y esta vez fueron varios los que declararon no serlo. Al menos aceptan que no saben nada, lo que, a pesar de no ser un comienzo alentador, es un comienzo. Renglón seguido se levantó, caminó hasta la parte de atrás del salón y de unos anaqueles raquíticos agarró un manual de texto, lo abrió en cualquier parte y volvió a mirarlos. Por ejemplo, dijo, y se puso a leer: «El periodo conocido como La Violencia comenzó con la muertemente un líder liberal teniendo en cuenta que los primeros en odiarlo fueron las mismas oligarquías liberales, que manejaban el partido y no me extrañaría que hayan sido quienes ordenaron cortarle el pescuezo, dijo, como si trabara conversación con el redactor de las líneas del texto.

Tomó aire y siguió. Habló durante más de una hora. Ante los oídos de Ana José desfilaron por primera vez en su vida los nombres de López Pumarejo y su Revolución en Marcha, a la que el profesor llamaba marchita; los nombres de conservadores falangistas a los que llamaba franquitos; el de Lleras Camargo y sus olas de represión

que denominaba como macheteadoras; el de Ospina Pérez y su Revolución del Orden, lema ante el cual el profesor consideró que no hacía falta comentario alguno. Luego levantó los ojos buscando en el techo del salón el auxilio de quién sabe qué. El discurso se cerró con un breve comentean por la caridad de evitarme el mal gusto de perder mi tiempo. Agarró el libro con el que había entrado al salón, lo levantó en el aire como exponiendo un trofeo y escribió en el tablero: *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Gonzalo Sánchez y Donny Meertens. El Áncora Editores. Bogotá, 1983.

Ana José salió del salón asaltada por un vértigo más fuerte que ella. Recordó las palabras de su madre explicándole las prelaciones en las propuestas pedagógicas de aquel lugar en donde, por supuesto, no tendría que rezar, no tendría que llevar uniforme y no tendría que estar rodeada sólo de niñas, un las mentiras escondidas detrás de la falsa relación entre clonación y recuperación de especies en extinción, Ana José tuvo la impresión de ser feliz.

Esa tarde era una tarde de viernes. Un aguacero que prometía inundarlo todo había hecho que las clases del último bloque fueran canceladas y los buses escolares despachagremio con el que Ana José no había tenido la mejor de las experiencias. Recordó esas palabras y pensó que tal vez, después de todo, las cosas estarían mejor. Incluso, una tarde, a pocas semanas de haber comenzado el año escolar, con el separador de página en la página 150 del libro de Sánchez y Meertens, e informada recién en una clase de biología sobre las bondades del fósforo y dos a la velocidad de avispones hambrientos. Fuera de lo acostumbrado, Ana José volvió a su casa a las dos y treinta, se preparó una arepa con queso, habló con su

mamá por teléfono, tomó algo de dinero y fue a encontrarse en un cine de Chapinero con varios de sus nuevos amigos del Liceo.

Vieron una película sobre el odio racial en la Francia de los ochenta.

Cuando salieron del cine caminaron hasta una pequeña tienda de barrio en donde pidieron cervezas. Estaban al clima; Ana José quería la suya fría, por lo que decidió traerla de otra tienda vecina. Cuando se disponía a hacerlo, uno de los chicos del grupo, de nombre Alfredo, se ofreció a acompañarla. Al fin y al cabo, él también prefería la suya fría, dijo. Bebieron y conversaron durante un par de horas, luego de las cuales cada uno regresó a su casa. En la mañana, cuando despertó, Ana José pensó con alegría en su hermana y decidió llamarla. Hacía meses no sabía nada de ella. Antes se puso a leer y en su pecho no encontró ansiedad alguna. Casi ni siquiera dolor. Un milagro.

Una semana después Ana José y Alfredo eran novios. Con él conoció el sexo.

Era un chico sensible y de maneras cuidadosas. Su timidez, lejos de resultar engorrosa, acabó por excitarla aún más. La quinta o sexta ocasión en que lo hacían, esta vez en un baño del Liceo, Alfredo tuvo la suerte de descubrirlo: a su novia le gustaba la carita de perro adolorido que ponía cuando no se atrevía a cometer las propuestas que ella le hacía, una impresión que supo murmurarle al oído, en pleno acto y a partir de una frase al borde de lo enigmático, una frase con la que consiguió que los gemidos de placer crecieran.

Ana, qué haces, le dijo Alfredo un día, tras volver de la cocina. Estaban en casa de ella estudiando para un examen semestral de física que presentarían al día siguiente. Alfredo había bajado a preparar sándwiches. Cuando regresó con la comida la encontró con el libro de Sánchez y Meertens abierto de par en par. La última clase sobre aquel texto había tenido lugar más de cuatro meses atrás. Ella, sin embargo, contrario a cualquier lógica de primera mano, no parecía poder desprenderse del libro.

Leo, contestó Ana José, sin inmutarse. Y luego añadió: Escucha: «En realidad la Violencia no había terminado. Durante los primeros gobiernos del Frente Nacional, simplemente, iba a cambiar de carácter, iniciándose así una nueva fase cuya expresión particular y dominante es el bandolerismo político. Se calcula que, en 1964, ya iniciada su crisis, había más de cien bandas activas constituidas por grupos de campesinos armados que prolongaron la lucha bipartidista. En primer lugar, con el apoyo militante o pasivo de las comunidades rurales de su misma identidad partidaria y, segundo, con la protección y orientación de gamonales que, utilizá lado como la expresión vaga de una insubordinación al proyecto político nacionndolos para fines electorales, los empujaban a una guerra de exterminio, debilitamiento o contención de sus adversarios en la estructura de poder local o regional… Este combinado y contradictorio apoyo de campesinos y gamonales es el que imprime esa tensión interna tan característica al bandolerismo colombiano: el cual aparece por unal de las clases dominantes, pero por otro lado, también, como punto de apoyo de las mismas clases dominantes para evitar que esa inconformidad adopte la vía revolucionaria…».

Alfredo escuchó hasta que entendió el pasaje a cabalidad. Luego, con la tesis aprehendida, levantó el mentón más de lo normal y la miró con esa mirada que sólo se concede a aquellos por los que se siente un cariño que está más allá del bien y el mal. ¿Qué pasa?, dijo ella, reparando en que él ya no prestaba atención a su lectura. Nada, dijo él, y aprovechando el abismo abierto por el párrafo inconcluso, le preguntó si alguna vez había hablado con Alejandra Fayad. No, ¿por qué? ¿Crndolos para fines electorales, los empujaban a una guerra de exterminio, debilitamiento o contención de sus adversarios en la estructura de poder local o regional… Este combinado y contradictorio apoyo de campesinos y gamonales es el que imprime esa tensión interna tan característica al bandolerismo colombiano: el cual aparece por unees que necesito ayuda?, le soltó Ana José como respuesta, amenazándolo con los ojos. Por supuesto que no, respondió Alfredo, y luego añadió: Lo que en realidad quiero saber es si conoces los detalles del asesinato de su padre. No, no los conozco. ¿Cuáles son esos detalles? No es nada, pero a mí la bendita historia no deja de darme vueltas en la cabeza. A ver, pues, cuéntame los detalles. Lo emboscaron en un apartamento en el barrio Quinta Paredes. Estaba con una señora de apellido Aguirre. Trabajaba en ese entonces en la ampliación de la Coordinadora Nacional Guerrillera. Querían que en un futuro acuerdo de paz estuvieran involucrados todos los movimientos armados. Hasta con los narcos trataron de hablar. En fin, lo cierto es que la señora Aguirre estaba acompañada de su hijo de diez años. Fayad cargaba una mini Ingram. ¿Sabes lo que es una mini Ingram? ¡Es una ametralladora poderosísima!, se respondió él mismo. ¿Y?, dijo Ana José. Alfredo guardó silencio. Luego dijo: No disparó una sndolos

para fines electorales, los empujaban a una guerra de exterminio, debilitamiento o contención de sus adversarios en la estructura de poder local o regional… Este combinado y contradictorio apoyo de campesinos y gamonales es el que imprime esa tensión interna tan característica al bandolerismo colombiano: el cual aparece por unola ráfaga de defensa. ¿No disparó? No, ni una sola bala. Los testimonios dicen que entre la entrada de la policía al apartamento y los disparos que lo mataron pasaron más de diez minutos. ¿Sabes lo que eso significa? Ana José no dijo nada. Yo supongo que quiso salvarlos negociando, dijo Alfredo. ¿Y los salvó?, preguntó Ana José. A ella también la mataron. Al niño lo dejaron vivo.

A dos meses de cumplir su segundo año escolar en el Liceo J. R. J., es decir, a falta de poco más de uno para graduarse, Ana José tuvo un altercado con una de las dueñas y su cupo no le fue renovado. Su mamá la regañó. Ana José nunca supo qué contestar, si se había peleado porque se quería ir, o si se tenía que ir porque se había peleado.

Durante aquellos dos últimos meses y como proyecto final para la clase de historia, Ana José escribió un ensayo al que se entregó en cuerpo y alma. El ensayo, plagado de ingenuidades que resultaban tanto asombrosas como conmovedoras, trataba sobre las deudas externas de los países latinoamericanos y lo que los periodistas llamaban *la bomba de tiempo de la pobreza*. Pese a que las cosas con Alfredo habían terminado meses atrás, fue este quien la ayudó con entusiasmo en todo el proceso de lectura, investigación y corrección del texto. Después de todo, y pese al desgaste natural

que los había separado, el tiempo juntos había sido para ambos un tiempo fantástico. El profesor de historia, por su parte, insistió en las posibilidades de otras perspectivas reflexivas, un consejo que, por lo demás, ella siempre agradeció, pese a la tremenda angustia que le producía.

Una vez fuera del Liceo, Ana José entró a un colegio de validación y obtuvo su título de bachiller en tres meses, luego de los cuales empacó y se marchó a vivir a La Habana, sola, sin su madre. El plan era estudiar cine y había sido conciliado a regañadientes. ¿Por qué volver a Cuba?, mi vida, no recuerdas acaso lo difíciles que allí son algunas cosas, tuvo a bien preguntarle Laura. Ana José guardó silencio, y luego se asombró al escuchar su propia respuesta: Cuba no es Colombia, mamá, y con eso por ahora me basta.

Los años siguientes a su llegada a Cuba fueron movidos, recuerda Ana José.

Al principio se instaló en una habitación diminuta en el barrio San Mariano y comenzó a tomar cursos libres de guion cinematográfico y fotografía. Unos meses después ingresó a la prestigiosa Escuela Internacional de Cine y TV de San Antonio de Los Baños. En medio del trajín académico pasó temporadas de insomnio tan largas que llegó a enfermarse y a pensar que iba a morir. Salió con dos cubanos que conoció en sus clases, con un brasileño amigo de otro amigo y con un irlandés cuyo español era impecable, pero quien sólo lo usaba para hablar hasta la fatiga del trasegar histórico de su pueblo. Contrario a las expectativas más obvias, Ana José tuvo que reconocer que el mejor sexo lo había tenido con el jodido irlandés.

Las noticias de Colombia la alcanzaban de diferente forias tanto cubanas como colombianas, celebraciones de las que Ana José, pese a ir gustosa, quería escapar temprano.

Dada la ubicación de las pensiones y los solares habitados por los amigos de su familia, las escapadas de Ana José acababan por lo general en extensos paseos a pie, bordeando el mar habanero, a la altura de playas que misteriosamente siempre le resultaban distintas. En ocasiones, por ejemplo, las murallas de latón corroídas por el salitre del mar que se levantaban cada ochocientos o novecientos metros fraccionando la costa, junto a los letreros que designaban los sindicatos o los rangos de los oficiales del ejército revolucionario autorizados para el uso de cada fraccionamiento, no causaban en la joven mayor sobresalto. Recordaba haberlos visto años atrás e incluso entonces bastó con una breve explicación de su madre para que la idea de un mar amurallado, o incluso la más delirante idea de un mar fraccionado, pasara a hacer parte de lo comprensible. En otros momentos, en cambio, la sola presencia de uniformados custodiando la arena podía ponerle los pelos de punta.

En una de esas caminatas, bajo el calor de un atardecer marcado por una opacidad inusual en el sol, Ana José se alejó tanto que alcanzó la altura de un lugar en donde no recordaba haber estado antes. A varios kilómetros del último fraccionamiento, la gente, de por sí escasa en aquellas playas, parecía haber desaparecido por completo, hecho que contribuyó a que el descubra, estaban apretadas con cadenas gruesas cerradas por sendos candados. Rematando el final del parque, una erimiento cobrara a sus ojos una dimensión aún más sorprendente. Sobre la arena misma, a no más de cinco metros de la línea más alta alcanzada por la marea, se

levantaban las ruinas de lo que alguna vez fuera un parque de diversiones. La mayoría de las rejas para entrar a los juegos, pese a no ser de más de un metro de altunorme estrella giratoria y pedazos de rieles de una otrora montaña rusa se esparcían por el suelo. Junto a aquellas ruinas tristes, un letrero oxidado y parado de cabeza anunciaba en letras coloridas otra más de las antiguas diversiones: el avión del amor. ¿El avión del amor?, se preguntó Ana José, y por más que miró con cuidado no pudo encontrar, en aquellos cerros de hierro, rastro alguno de lo que semejante diversión pudo haber sido.

Permaneció absorta contemplando las ruinas largo rato, hasta que, sintiendo la violencia de los colores que se formaban a su alrededor, levantó la cabeza. El sol caribe, observado a través de aquel bosque de lata, alcanzaba ya la línea del horizonte marítimo. Este tipo de belleza es insoportable, pensó Ana José, y retomó su caminata para evitar el llanto.

Con el tiempo y sus constantes viajes de La Habana a la provincia y viceversa, Ana José descubrió que lo suyo no era el cine. La decisión estuvo atada, en parte, a la comprensión de las dificultades prácticas inherentes al trabajo colectivo. Pero también a otras fuerzas que ella misma no podía explicarse del todo y que estaba segura, eso sí, se parecían mucho al tedio. Una vez renunció a la universidad decidió que era tiempo de buscar otro rumbo y enfiló hacia Barcelona. No tenía idea de lo que allí podía aguardarle y al tiempo confiaba en los favores de volver a huir. Eran los primeros días de septiembre de 1999.

En Barcelona corrió con la suerte de encontrar una habitación desocupada en el apartamento de Gema, catalana, a quien había conocido en Bogotá, años atrás, cuando ambas eran niñas. Los padres de Gema habían vivido durante un corto periodo de tiempo en Colombia, mientras oficiaban como observadores de la Corte Penal Internacional. En sus investigaciones sobre matanzas campesinas selectivas a manos de paramilitares, los padres de Gema habían conocido a Laura y se habían hecho amigos. Con el padre de Ana José nunca llegaron a hablar, un hecho que, de cualquier forma, siempre que podían calificaban de lamentable.

Gema era natural de Blanes y dos años mayor que Ana José. Trabajaba como asistente de cámara para Canal Plus y podía considerársele, en términos generales, la compañera de piso ideal, no sólo por su actitud comprensiva y conciliadora, sino por el apartamento mismo que rentaba en el barrio Gràcia, un lugar amplio, nada costoso y bien iluminado.

Ana José pasó sus primeros días en Barcelona caminando, aunque también recuerda haber comenzado a desempacar cajas de libros que en diferentes momentos de la vida sus padres habían dejado en aquella ciudad, cajas que ella recién rescataba de buhardillas y sótanos de amigos quienes ya casi ni recordaban tenerlas.

Desde que la primera caja apareció, Ana José empezó a llevarlas a su nueva habitación, en donde las acomodaba en un rincón para irlas abriendo esporádicamente. Sacaba parejas de libros que iba limpiando y cuyas portadas se quedaba contemplando tratando de imaginar el tipo de vida que habían tenido y la suerte de destino que los había conducido hasta ahí. Cuando algún título o cubierta o autor le llamaba la atención, Ana José sacudía el polvo de las hojas del

libro haciéndolas pasar completas en un solo movimiento. Luego lo abría y se quedaba leyendo hasta caer dormida.

Por aquellos días conoció a Carson McCullers, a Victoria Ocampo, a Gertrude Stein. Conoció la prosa de José Eustasio Rivera.

En ese proceso espaciado en el tiempo, desordenado y poco higiénico, Ana José se topó con el título de un libro diminuto, no sólo delgado sino al tiempo de pliego doblado al máximo. *Reportaje al pie del patíbulo*, leyó, y sin detenerse en el autor lo abrió y descubrió con sorpresa que, a diferencia de los demás libros que había desempolvado hasta ese momento, todos marcados como propiedad de su padre, aquel llevaba el nombre de su madre y estaba firmado por su puño y letra. Ana José regresó a la cubierta. Con la lectura del nombre del autor la voz materna resopló en su nuca como si ella estuviera ahí. Con que este es el famoso Julius Fucik, dijo en voz alta, y comenzó a leer.

Acabó el libro de un tirón y quedó con la impresión de haber estado en presencia, no sólo del testimonio impenitente de un hombre que escribía desde la peana de quien va a morir, sino sobre todo en presencia de un libro lleno de incertidumbres honestas. A pesar del cansancio resolvió salir a tomar aire. En la calle, todo el que se cruzó le pareció checo, y aunque aquello rayaba en lo ridículo y fácil de explicar teniendo en cuenta la nacionalidad de Fucik, no por ello dejaba de ser una impresión enigmática. A la hora de la verdad, ¿qué sé yo sobre los checos?, se preguntó, y tuvo que reconocer que nada.

A veces dormía hasta tarde y en las noches leía o caminaba o salía a ver a su creciente número de amigos. A veces ayudaba con las ventas en una tienda de ropa cerca del parque de la Ciutadella y con

ello hacía unos duros. A veces los duros los hacía ayudando a Gema en filmaciones de comerciales o cubriendo turnos de mesera en un bar del Raval en donde a veces tocaban un par de amigos colombianos con los que había venido a reencontrarse. A veces salía con amigos catalanes de Gema y a veces Gema salía con amigos suyos que bien podían ser colombianos, sudamericanos en general o españoles de otras regiones. A veces aprovechaban los fines de semana y viajaban al País Vasco a visitar amigos o amigas de Gema, amigos y amigas que comenzaron a llevarse bien con Ana José, al punto de invitarla a ella sin que Gema mediara o sin que Gema estuviera necesariamente incluida en el programa. A veces Ana José iba al cine y a veces se tumbaba en la playa, aunque iba más al cine que al mar.

Un mediodía del mes de agosto del año 2002, mientras Ana José preparaba el almuerzo, Gema volvió con el correo y le dijo que había una carta para ella y que la jodida carta venía de Bogotá. La carta es de Alfredo, un exnovio del colegio, tuvo que explicarle Ana José a su compañera, quien además quiso saber hasta el último detalle morboso que pudiera esconderse detrás del remitente.

La caligrafía de Alfredo era desastrosa. Ana José tuvo que esforzarse al principio para entenderla. Le contaba de sus días en Bogotá, de sus clases de derecho romano y de sus clases de derecho laboral, de algunos rollos menores con las mujeres, rollos que Ana José, a pesar de releer, no consiguió entender. Luego pasaba a hablarle, de improviso, de un artículo que se había encontrado hacía poco en la red acerca de su hermana y de su presente como

modelo. «En las fotos», decía, sin asomo de discreción, «tu hermana se ve muy buena. Deberías darme su teléfono». El artículo, en cambio, era en su opinión una mierda absoluta. «Llega a decir cosas como estas», y abría comillas: «… fue en Santo Domingo, una vereda del caserío de Tacueyó, lugar al que acudió el movimiento y en donde estuvieron replegados el último año, donde María del Mar gateó. Hoy, cuando tiene dieciséis años, vuelve a gatear, pero en un sitio menos montañoso, mas no menos difícil de transitar: las pasarelas del modelaje». Sin dar mayores explicaciones acerca de la indignación que la analogía le producía, Alfredo pasaba a preguntarle a Ana José por sus días mientras en una redacción dudosa intercalaba impresiones acerca de lo que llamaba «la reciente derechización de esta finca». «Esto se va a ir al carajo, Ana», escribía, y luego le contaba de viejos amigos comunes y de las impresiones que ellos también tenían acerca de la situación política del país y acerca de algo que entre todos habían dado en bautizar *el falso péndulo endémico*.

Para terminar la carta, Alfredo le resumía en siete líneas una anécdota acerca de lo que había sido la segunda intervención de Gaitán ante un jurado, en mayo de 1924. Un crimen pasional cometido por una mujer cuyo exceso de sadismo Gaitán utilizaba en defensa de la acusada como prueba de las injusticias sociales a las que el Estado la había sometido. A partir de aquel punto Ana José no entendió una palabra más, porque Alfredo se lanzaba a hablar de la furia y la miseria, de la alimentación en basureros públicos y de la disputa con los perros por cuevas donde dormir, aunque quizás esas no eran palabras suyas, sino palabras de Gaitán, pensó Ana José.

Junto a las dos hojas castigadas por su caligrafía, Alfredo había adjuntado otras dos que eran fotocopias de algo. Pero ¿qué es esto?, se dijo Ana José, y tras desplegarlas y leer el encabezado, entendió de inmediato. Era la carta pública que su padre le había escrito a su abuelo enfermo, desde la prisión, en enero de 1980. Producto de la agonía, el abuelo no había tenido las fuerzas necesarias para ir a la cárcel a despedirse de su hijo. Ana José conocía la carta. La había leído años atrás junto con otras tantas recogidas en un libro cuyo nombre le fue imposible recordar. Aquella lectura en particular, recordó Ana José, mientras sus ojos comenzaban a desplazarse por el papel y mientras sentía crecer una ligera aprensión en contra de Alfredo, había sido tormentosa. Quizás por el hecho irrelevante de haber descubierto entonces que su abuelo había sido vicealmirante de la marina colombiana, o porque ella era entonces muy niña, su impresión había sido la de estar leyendo un mensaje codificado. Letras que escondían una infinidad de pistas secretas acerca de algo ante lo que estaba expuesta, algo ante lo que estaba *obligada* a estar expuesta, y que no obstante estaba a años luz de poder comprender.

Leyó la fotocopia fantasmal. Esta vez le resultó asombrosamente transparente.

El texto, a pesar de su talante político y de la infinita tristeza que lo atravesaba, estaba escrito desde el ritmo de varios elementos repetidos. ¿Por qué nunca se escucha hablar de la marina colombiana, o de los almirantes de la marina colombiana?, se preguntó Ana José, y concluyó que tal vez todo se debía a que ella había pasado más tiempo cerca de las montañas colombianas que de los mares colombianos.

Sirvió el almuerzo, comió, conversó un rato con Gema y volvió a su cuarto con la excusa de hacer una siesta. Encendió un cigarrillo, probó el café que seguía hirviendo y se sentó a leer todo de nuevo, de principio a fin.

Cuando terminó la carta de Alfredo le entraron ganas de llorar, de escribirle, de contarle de sus caminatas por Barcelona y de las invitaciones ocasionales que recibía para formar parte de foros internacionales sobre víctimas de violencia política, foros en los que acababa hablando con sujetos que estaba segura sólo podían venir de Marte. Cuando terminó la carta de su padre pensó en Fucik y en sus últimos días en medio del hambre y de los azotes de Pankrác. Pensó en el pasaje indigerible del reportaje que discutía lo triste que resultaría ser el último soldado herido en el corazón por la última bala en el último momento del conflicto. Pensó en la mano de Fucik escribiendo: «si supiera que puedo ser yo, querría serlo aun ahora», y le entró la duda acerca de si la figura estaba construida con el último soldado *herido* en el corazón, o si en realidad se trataba, de plano, del último soldado *muerto* por un balazo en el corazón. Luego cerró los ojos y vio los de su padre y se dejó tentar por la idea de hablarle y preguntarle si al morir se había sentido solo, abandonado a su suerte en medio de una tormenta de sangre. Se dejo tentar, mas no lo hizo. No le dijo una sola palabra a esos ojos. El dolor seguía siendo crudo, pero era suyo. Con la locura, en cambio, no habría sabido qué hacer.

El café ya se podía tomar.

Embuchó un sorbo largo y recordó que esa tarde había quedado con un chico. Su nombre era Miguel, oriundo de Pamplona, aunque llevaba más de diez años viviendo en Barcelona. Lo había conocido

en la playa en el último San Juan. Tal vez le preste el libro de Fucik, pensó Ana José. Tal vez lo lleve al cine. Tal vez sea algo más que un buen polvo porque besa muy bien. Tal vez, con algo de suerte, podamos hacer un viaje antes de que se acabe el verano.

Ana José salió de su cuarto, se terminó el café, dejó la taza en el lavaplatos y se despidió de Gema. Voy a dar un paseo, le dijo mientras cerraba la puerta. En la calle se encontró con los huesos afilados de su cara y sus ojos profundos reflejados en el vidrio de la panadería del barrio. Los rastros de un llanto sereno le lucían bien.

Las ermanas Pizarro*

Dije Bueno. Así os doy en toda la jeta. Era un bueno vigoroso, pendenciero, casi buscarruidos. Pero buscarruidos no puede ser la palabra, porque a mi saludo telefónico le seguía siempre un deseo de silencio. Mi saludo tenía que ver con una cantidad de tiempo descorazonador malgastado en México trabajando como lector para una editorial comercial. Tenía que ver con Colombia, con sus ciudadanos halagüeños que decían Aló y luego se lanzaban meados de la dicha a contar una cosa y la otra, igual que el ruiseñor imbécil camino a la jaula.

Una voz al otro lado dijo Hola.

—¿Sí, bueno? —repetí yo.

—Hola —repitió la voz.

Nunca he sido bueno para este tipo de jueguitos. Fui directo al grano.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—¿Galvareza? —preguntó la voz con timidez.

—Sí.

—Soy Estela Lara, la madre de María José y María del Mar Pizarro.

Dos años atrás me las había arreglado para engañar a un inteligente y entusiasta parche de jóvenes editores. Les había hecho creer que era el autor de un buen libro de cuentos, un libro para el que había investigado y trabajado duro varios años. Todo un

monumento a la disciplina. El tipo de libro privilegio de la madurez. Dos tragos y cerramos negocio. Pedí apenas un millón de pesos. Insistí en que todas las ventajas estuvieran de su lado. Les dije que demandaba tan poco porque creía en las nacientes empresas editoriales independientes. Les dije que todos debíamos sacrificar un poco, ser solidarios. Brindamos y sonreímos. Con el millón de pesos me compré la vespa más vieja que encontré y me largué a ser feliz a un pueblo cerca de Bogotá.

En el libro había aplicado la técnica *como en botica* del poeta Rafael Alberti, es decir, agarré un cuaderno y lo llené con todo. Lo llené de amor y lo llené de política. En uno de esos cuentos, para ser claro, me valí de las figuras y del apellido sonoro de las niñas Pizarro, muchachitas a quien jamás en la vida había visto y de quienes apenas había oído mentar sus oficios: la una, modelo; la otra, joyera y promotora de arte callejero. ¿Apellido sonoro? El de su padre, claro, quien había sido comandante en jefe de un grupo guerrillero *sui generis*, y por *sui generis* quiero decir un grupo guerrillero democrático, mediático, urbano, de golpes simbólicos, militantes a lo largo y ancho de los setenta y ochenta y reinsertados a la sociedad civil a partir de los noventa. Al tipo, guapetón y convincente, una vez se hizo precandidato a la presidencia, un pelado con hambre en la estrechez de un pasillo de avión le descargó la munición de una ametralladora entregada para la causa, por si acaso el guerrillero se estaba haciendo ilusiones de poder. Hice un repaso veloz del cuento en cuestión. Si la madre garabateadas en la hoja de papel que la policía le encontró en ellamaba para insultarme necesitaba estar preparado. Como no recordé haber tildado a sus hijas de putas, ignorantes o insensibles,

me tranquilicé y la saludé. En el momento en que lo hice recordé las palabras del pelado sicario l bolsillo: «Por favor, páguenle el millón de pesos a mi mamá».

—Leí el cuento que escribió sobre mis hijas. Quiero invitarlo a un café —dijo la señora Lara.

Pensé explicarle tres o cuatro rudimentos de teoría literaria y sacármela de encima. Comencé a buscar las palabras. Señora, el cuento no es sobre sus hijas. Sus hijas están ahí porque su apellido paterno resulta un gancho político y comercial inmejorable... ¿Y si la señora ya sabía esto? Después de todo, ¿para qué tiene alguien una hija modelo si no es para enterarse de cosas así? Debía ser preciso, no fuera a pasarme igual que con mi madre, sobre quien también había escrito un cuento, el de la intimidad, y entre más le expliqué la trampa a la vieja más se convenció del cuento como el encadenamiento justo de sus desgracias.

En medio de semejante cálculo mental el estómago me avisó hambre. ¿Y si le enganchaba a ese café un sándwich de prochuto en pan ciabatta y muss de mango? Sólo era cosa de llevarla al lugar indicado.

—Señora Lara, ¿qué le parece si nos encontramos ahora mismo?

* * *

En el café, como era de esperarse, las cosas no fueron nada bien. La señora Lara se despachó quince minutos de preguntas entusiastas e impertinentes sobre mi vida y lo que ella gustosa llamaba *mi compromiso con la literatura*. Creí anticiparme a la debacle cortándola y preguntándole qué era lo que quería. El

sándwich había llegado y yo ya iba a mitad de camino de zampármelo.

—Quiero contarte la verdadera historia de mis dos hijas.

En aquel tiempo yo podía ser gorrero, pero no güevón. Me negué, categórico.

—Señora Lara, no tome a mal mi franqueza. Eso que usted llama «la verdadera historia de mis dos hijas» me tiene sin cuidado.

Acompañé la frasesota con el ademán de levantarme de la mesa. La madre de las hermanas Pizarro me agarró del brazo, ejerció presión y dijo:

—Qué hijueputa ¿ah? ¿Le pago un almuerzo entero y no es capaz de escucharme un par de hijueputas minutos más?

La fuerza de su mano reseca creció exponencialmente. Recordé los rumores sobre su propia participación guerrillera. ¿Y si eran verdad? ¿Y si esta vieja hijuemadre era capaz, ahí mismo, sobre las relucientes baldosas del café, de tirarme al suelo y aporrearme con una llave bien paila? Escruté sus ojos, regresé a la silla y me dejé comprar con dos cócteles. Estábamos en hora feliz. No estaba aprovechándome.

* * *

Reconstruir la historia de vida de cada una de sus hijas le tomó a la señora Lara veinte minutos. En el transcurso de la tortura perdí la cuenta de las veces que dijo amor y derechos humanos.

—Todo lo demás son mentiras de la prensa. María José vive con su hija Camila en Barcelona. María del Mar va a la universidad en

Puerto Rico. Los días de ambas son ahora más tranquilos —terminó, entre suspiros, y gracias al cielo no habló más.

Regresé a mi guarida y empecé a sentirme enfermo. Culpé al maldito sándwich. Maldije los cócteles. Me acusé a mí mismo por contrariar mi primer impulso. ¿Para qué había consentido escuchar semejante historia llena de ripios y manoseos sentimentales? ¿Cómo era posible que por un puto almuerzo y dos dos hijas. Peor aún: jugaba con la posibilidad de que un retorcido sentido de la tenacidad rezumara a su alrededor.

Me sentí mejor después de agarrar a cabezazos la espuma gruesa que tengo pegada en la pared al lado de mi escritorio. Los golpes me despejaron. Empecé a ver con claridad: el estuche de chuchería en el que esa tarde se me presentaba no me dejaba oler la mina de oro puesta ante mis narices. Tenía una historia de amor ytragos dulzones sometiera un órgano tan noble como el oído al suplicio de una épica maternal? Tal y como era fácil de prever, la madre de las hermanas Pizarro no sólo estaba llena de culpa por el tipo de niñez acosada y en fuga permanente a la que había sometido a sus el derecho a usar, con impunidad, la expresión *derechos humanos*. Escribiría una seudobiografía novelada del comandante Pizarro. Bien amarillista. De él y de las mujeres que orbitaron su cariño: su esposa, sus amantes, sus hijas tenaces. La una hippie irredenta y la otra joven promesa del modelaje nacional. Ambas con potencialidades explotables en la política. La información sobre la familia me perseguía, y en caso de hacer falta, estaba visto que la madre hablaría sin parar. ¿Lo relativo a las amantes? Sencillo: insinuaciones que la oscuridad de la selva y las penurias del monte sabrían proporcionar. Con tal combo femenino, sumado a la

redundancia mediática que ya de tiempo atrás había hecho del apellido Pizarro un icono redimido, alguien seguro invertiría sus pesos. En un país de colibríes complacidos en chupar guerra, drama y romance, lectores sobrarían.

Tanta productividad me permitió dormir como un bebé en pastillas.

* * *

Al día siguiente marqué a la oficina de mi amigo Armando Torres, un joven inteligente, conversador, mono y de ojo azules. Todo lo que una descomunal empresa nacional de papelería y libros con facturaciones anuales por ciento sesenta millones de dólares necesita para editar literatura y crónica. Le solté mi idea en todas sus implicaciones.

—Pero Galvareza, viejo, ¿usted no escribió ya sobre eso hace un par de años? —dijo el imbécil, alardeando de memorioso. Volví a explicarle. Esta vez le dije que abriera la cabeza y prestara atención. Esto era distinto, su anverso. La advertencia no debió gustarle, porque ni bien me repetí añadió:

—No, no me interesa. Es un tema trajinado, agotado, nada de inventiva veo yo ahí.

—No sea bruto, Torres. ¿Quién le dijo a usted que se trata de «inventiva»? —Era hora de jugarme con aquel zángano. Lo hice sin piedad—. La gente mira la realidad y la ve. La palabra no hace visible lo invisible. Romanticismo de mierda, Torres, ¿para aprender eso fue a la universidad? La palabra hace visible de nuevo lo que ya es visible y todo el mundo mira y nadie puede o nadie sabe o nadie

quiere ver. La vida de esta gente fue desagradable, espantosa, pactada por el destino de una sociedad y una clase dirigente maniquea y asesina, la vida de trapecistas a quienes se les encalambran los músculos en el aire. Y todo ¿para qué? Hay que tener los ovarios bien puestos para verlo sin cerrar los ojos o sin arrancar a correr, porque quien lo ve se destruye o se vuelve loco. Un negociazo, man.

—No, no me interesa. Voy a colgar.

Lo amenacé. Hablé de hacerle brujería al sello ese de mierda para el que trabajaba. Respiró alterado. Me le adelanté y colgué. Repasé tres o cuatro contactos editoriales más garabateados en mi agenda. Con todos había sostenido una conversación similar en los últimos seis meses. Mierda.

* * *

Dos días me tomó reponerme. Tres días me tomó evacuar la cabeza. Al cuarto día desperté radiante, sin rastro alguno del apellido Pizarro, sin rastro del negocio, sin rastro del mal aliento telefónico de Torres, nada de nada.

Al quinto día sonó el timbre de la puerta. Sobre los Cerros Orientales se pintaban las cuatro en punto de la tarde. Abrí y encontré el rostro fresco y afilado de una mujer joven. Pelo corto, en flecos modernillos. Botas rojas expuestas hasta la mitad de la pantorrilla. Lo mejor de su personalidad debían guardarlo sus bluyines apretados.

—Hola, soy María José Pizarro —dijo la sorpresita.

Puta vida. ¿Qué estaba pasando? Una mala broma, pensé.

—Lástima que no es su hermana —dije rápido—. ¿Qué quiere? ¿Cómo consiguió mi dirección?

—Me las arreglé... No quiero nada. Mamá me contó que eras medio ácido. Estoy de visita en la ciudad. Por esta tierra no se ven muchos, así que decidí darte una vuelta.

—Hubiera llamado. Habría podido decirle que no es bienvenida.

—¿Mi hermanita sí hubiera sido bienvenida?

—No sé. Dependería de cómo venga vestida —mentí. En mi investigación para los cuentos aquellos había echado ojo a varias fotos de la joven modelo. Incluso la habría dejado entrar a zurrarme.

—¿Significa que te parezco fea y vengo mal vestida?

Volví a mirarla. La verdad era que no estaba nada mal. Uno miente. Pero uno también no miente.

—No; aguanta.

—¿Qué aguanto?

—Bueno, aguanta…

Apenas me vio sin palabras se escurrió entre mi brazo y la puerta, ágil, rozándome la axila con su coronilla. Ya adentro dijo:

—No cierres, mi hermana viene subiendo.

—¿Ah?

—¿Qué pasa? ¿Te ponen nervioso las modelos?

—La verdad es que hoy no estoy de humor para estas cosas. Quéjense por escrito y déjenme en paz.

—Nada de e traíamos se nos quedaron en el taxi. Mi hermana fue al frente a buscar otras —dijo, y soltó una sonrisa.

La hermana apareció en el umbral de mi puerta, falda de floretas de cerveza. Se veía tan dulce como un kiwi maduro.

—¿Este es Galvareza? —le preguntó a su hermana apenas me vio, apocándome.

—Imagínate —le respondió María José.

No dije nada. Me sentí agotado.

—Cariño, es broma —retomó la modelito, dirigiéndose a mí.

—Broma su nombre. ¿A quién se le ocurre bautizar a alguien María del Mar? —dije.

—Sólo a un par de chiflados, es cierto. Será por eso que tampoco nos bautizaron —dijo, rio igual que la hermana y caminó hasta la cocina. De regreso trajo dos latas de cerveza por cabeza. Había que reconocer que las hermanas Pizarro hacían méritos para caerme bien —. ¿Sabes lo que opinaba mi padre sobre el catolicismo en Colombia?

—¿Por qué iba a saber?

—Decía que era mierda, pelecha inextinguible, moho corruptor como ningún otro. Así hablaba el caballero guerrillero.

Abrió su lata y se metió un trago largo llena de alegría. Luego quiso saber si su hermana me había contado ya los motivos de la visita.

—Sí, dijo que no venían a nada.

—Exacto. Vinimos a eso y también a cerciorarnos de la clase de tipo al que nuestra dulce madre le anda contando lo que ella cree ha sido nuestra vida. A propósito, no serás tan ingenuo como para creer que las madres saben la historia de sus hijas, ¿o sí?

—Me da igual. Hace unos días pensé en hacer un negociazo con ustedes y la figura de su padre. Por suerte el mundo editorial de este país se encargó de desalentarme semejante estupidez.

—Te creo. El desaliento en este país es bravo. Será por eso que nosotras nos largamos. Aquí les ponen al frente a un comerciante de bien procesada y empacada cocaína, y a un hijueputa hampón que anda por la vida con motosierra descuartizando campesinos que le disgustan, y ambos les resultan espeluznantes por igual. Chupados, carevergas, ¡malparidos!

—Epa epa, que esta es una casa decente —tuve que cortarla—. Para ser modelo usted tiene la boca bien sucia.

—Y eso que no la has escuchado hablar de sus colegas, imitar a Viena Ruiz o contar la historia del hijo menor del presidente —terció María José.

—¿Cuál es la historia del hijo del presidente?

—¿No sabes? Pensé que andabas en la jugada. Cuéntale, María.

La modelo hizo cara de preferir pegarse un tiro antes que perder el tiempo en eso. Su hermana mayor le hizo mohínes por antipática. Luego dijo:

—Te la cuento yo, pues, porque es importante.

Lo que empecé a oír arrancó así: la familia presidencial se extraña porque nota que, de un tiempo para acá, al hijo menor casi no le gusta salir de Palacio. A diferencia del mayor, que aprovecha cada oportunidad que tiene para viajar con su padre por las regiones del país, el menor siempre encuentra, en el estudio o en su salud precaria, una excusa para encerrarse. Un día el padre regresa temprano de una visita a pueblos del Pacífico asolados por aguaceros torrenciales. Viene exhausto porque ha tenido que posar varias horas, entre otras cosas, besando las coronillas de niños negros abandonados a la suerte feroz de la pobreza. ¿Qué encuentra? Su vástago menor en cuatro aullando de la dicha

mientras un soldado moreno de la guardia presidencial se la mete por el culo con el uniforme hasta las rodillas. La escena tiene lugar en el baño privado del hermano mayor, de donde el presidente los saca a ambos de un tirón, los agarra a golpes y luego lanza al hijo por las escaleras de Palacio, mientras grita, ¡Cerdo asqueroso marica!

—No puede ser.

—Así fue.

—¿Y qué pasó con el soldado? —pregunté.

—¿Qué pasó con el soldado? —repitió María José, como sorprendida.

—Sí, ¿qué pasó con él?

—¡Qué putas voy a saber yo lo que pasó con el soldado!, Galvareza, por favor.

—Al soldado lo transfirieron o le dieron una medalla o se convirtió en héroe del batallón guardia presidencial —intervino María del Mar —, ¿qué más da? Te estamos hablando de la maldita caída por las escaleras de Palacio del hijo del presidente Uribe. Tres costillas rotas, un brazo roto, una ceja rota, puta, Galvareza, ¿qué parte no entiendes? Averigua y verás que encontrarás el año pasado un periodo de tres meses en el que al mancito no se le vio en público ni una sola vez.

Abrí la segunda cerveza y me bajé la mitad de un trago.

* * *

—Oye, guapito —interrumpió María del Mar, una hora más tarde. El naranja colorado sobre los cerros me estremeció—. Es hora de

que sepas la verdad. Mi hermanaca y yo hemos venido a buscarte para invitarte a dar un paseo.

—¿Están locas? Con esa frase en este país han comenzado historias terribles.

—No digas pendejadas, que no vamos a hacerte nada, nenita sacacuerpo.

Lo que siguió fue una oferta que consistía en acompañarlas, al día siguiente, a una finca cerca de Fusa. Era una casa en la que alguna vez el comandante Pizarro se había refugiado. Iban ahora porque hasta hace muy poco su madre les había contado del lugar. Todo indicaba que encontrarían cajas con documentos del padre. Libros, fotografías, cuadernos de notas. Incluso prendas de su tiempo guerrillero. La verdad era que todavía no sabían con exactitud qué iban a encontrarse. Fuera lo que fuera, se les había ocurrido que yo era la clase de sujeto al que un material así podía importarle. Si encontrábamos algo de interés me dejarían trabajarlo. Derechos de edición, de explotación, lo que quisiera. La idea era salir a primera hora.

—Hay piscina, Galvareza. El único riesgo es que te broncees esa piel amarilla.

Debo reconocer que alcancé a considerarlo. La cosa era tentadora y las hermanas Pizarro merecían. Pero se hacía tarde y era hora de que les hablara con rigor. De un tiempo a la fecha no venía sintiéndome bien, dije. Había ido al médico y me habían diagnosticado un problema menor y sin embargo de cuidado: sudoración colicuativa. Cuando terminé la frase las hermanas Pizarro se movieron un tanto hacia atrás en el sofá.

—Tranquilas, que no es para que hagan esa cara.

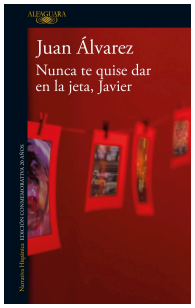
Continué explicándome. Estaba en juego mi reputación, y con mi reputación no se juega.

—No tiene nada que ver con el culo. Se trata de secreciones patológicas que producen enflaquecimiento por los poros. Ando débil y debo cuidarme. Salir de viaje, caminar llanuras, descubrir documentos, tomar el sol, todo el entretenimiento de un paseo a las afueras de la ciudad puede hacerme daño.

Se rieron. El resto de la tarde pasó como el suspiro de un gigante. Nadie dijo ni derechos humanos ni amor. Nadie dijo política.

En cierto momento del oleaje etílico cruzaron por mi cabeza los términos de alguna guachada sexual. No los expuse. La sudoración colicuativa puede ser fatal. Por fortuna la invasión de las hermanas Pizarro nunca llegó a los oídos de mis amigos mexicanos. Les habría resultado ofensiva mi falta de acción ante dos bomboncitos así. En la patria era tiempo de pelícanos cegatones, pajarracos cuyos picos rectos y fuertes apenas si les servían de bastón. Yo contestaba el teléfono con un Bueno. Era un bueno vigoroso, pendenciero, casi buscarruidos. Pero buscarruidos no puede ser la palabra.

* «Las hermanas Pizarro» fue publicado en la revista digital *The Buenos Aires Review*, 20 de noviembre de 2013.



Unos MAMARRACHOS se cuelan en una fiesta de un lujoso barrio neoyorquino para celebrar el fin del milenio; varios amigos se meten a una iglesia en busca de una Biblia que contiene imágenes pornográficas; cuatro jóvenes son detenidos por un retén de la policía tras una noche de excesos; una salida inocente termina con la revelación de una atracción imposible…

Esas son algunas ESTUPIDECES que componen el presente volumen, ganador del Premio Nacional de Cuento «Ciudad de Bogotá» en 2005. Veinte años después, Alfaguara publica la edición definitiva y ampliada de esta antología ecléctica, reflejo de los anhelos y las exploraciones de personajes generacionales que tratan incansablemente de encontrarse a sí mismos.

«La incuestionable vigencia de este libro de Juan Álvarez radica en la urgencia de su pregunta sobre cómo ser joven en un mundo para el que siempre es demasiado tarde.
El cuento, como forma, es su respuesta al carácter fragmentado de nuestro relato personal y colectivo. Cada pieza de este libro aventura una nueva técnica. Cada cuento es una oportunidad para entender

que “los caminos son estrechos”, y por ellos esparcimos la promesa rota, nuestro atado de fuego. Desde la intensidad y el fulgor de los que son capaces estas páginas, escribir quiere decir arder».

ANDREA COTE



JUAN HÁLVAREZ

Ha publicado el libro de cuentos *Nunca te quise dar en la jeta, Javier* (2005), las novelas *Candidatos muertos* (Alfaguara, 2011), *La ruidosa marcha de los mudos* (2015), *Aún el agua* (2019) y *Dónde viven las preguntas que seguimos sin hacernos* (Alfaguara, 2022), el libro de ensayos *Insulto: breve historia de la ofensa en Colombia* (2018), una adaptación del clásico de terror de H. G. Wells *La isla del Dr. Moreau* (2019) y la obra de no ficción *Recuperar tu nombre* (Alfaguara, 2024). En 2005 ganó el Premio Nacional de Cuento «Ciudad de Bogotá». En 2011 fue elegido entre «Los 25 secretos mejor guardados de América Latina», selección convocada por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. En 2015 fue finalista del Premio Espartaco a la mejor novela histórica convocado por la Semana Negra de Gijón en España. Desde 2015 participa en la línea de investigación en escritura creativa del Instituto Caro y Cuervo, donde ha trabajado en la práctica de la escritura con comunidades y ha sido coordinador creativo de las publicaciones *Maletín de relatos pacíficos* (2017), *Naturaleza común* (2021) y *Agua corriente: relatos de no ficción de excombatientes para la reconciliación* (2022). En 2022 entró a hacer parte de *Presunto Pódcast*, un espacio independiente de análisis y crítica de medios.

JuanAlvarez juanalvarezgamez

Diseño de cubierta: zzΩ Penguin Random House Grupo Editorial / Patricia Martínez Linares (los créditos de las imágenes usadas aparecen en la página legal)

© Daniel Lara Cardona



Título original: *NUNCA ME CANSARE*
Título de la presente edición: *Nunca te quise dar en la jeta, Javier*
Primera edición en Alfaguara: junio de 2025

© 2025, Juan Álvarez
© 2025, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia
PBX: (57-1) 7430700
penguinlibros.com

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Fotografías de cubierta: Cuarto oscuro: © Freepik
Fotografías pequeñas: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en

cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN: 978-628-7778-33-7

Conversión a formato digital: Numerikes

Índice

Nunca te quise dar en la jeta, Javier
Dedicatoria
Epígrafe
Nota del autor
Nunca te quise dar en la jeta, Javier
31 de diciembre de 1999
Puntos de arena
Nadie iba a venir a jodernos
El cuarto oscuro de Natalia
Retén
Idioma
Traducción
Noches caras
Falsas alarmas
Una historia armada
Las hermanas Pizarro
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos